



MARIO ESCOBAR

EL ORÁCULO

JUEGOS DE GUERRA -1-

de

Lectulandia

En un oscuro futuro no tan lejano la vida de los jóvenes atenienses es dura: viven una existencia de semiesclavitud que se reparte entre trabajar para los adultos y prepararse para los Juegos de la Guerra. Esta competición a muerte fue ideada tiempo atrás por los Consejos de Ancianos de Atenas y Esparta como sustituto de la guerra de adultos. Quien gane los juegos tiene derecho a imponer sus costumbres al rival. El problema es que los espartanos llevan ganando diez años seguidos los juegos, y un legado ateniense, enviado a Esparta para investigar la cuestión, desaparece sin dejar rastro. Su hija Elena, acompañada por sus amigos, emprenderá un viaje a lo prohibido en pos de la verdad, la justicia y la abolición de los juegos que los sentencian a muerte cada año. Lo que ellos desconocen es que no están en el lejano periodo heleno y que son los supervivientes de un mundo destruido en terribles guerras.

Lectulandia

Mario Escobar

El Oráculo

Juegos de Guerra-1

ePub r1.0

fenikz 21.10.16

Mario Escobar, 2013

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

- Recuerda siempre... todo lo que hiciste por mí.
- No hice nada por ti.
- Me amaste y tu amor me hizo... humana.

Hacia la Fundación, Isaac Asimov

Existe una diferencia entre la osadía y la ceguera. La acción decisiva está indicada cuando se conoce al enemigo y se pueden calcular aproximadamente los riesgos; pero moverse contra un potencial desconocido ya supone una osadía de por sí. Sería lo mismo que preguntar por qué un hombre salta con éxito en una carrera de obstáculos durante el día y tropieza con los muebles de su habitación por la noche.

Fundación e Imperio, Isaac Asimov

Muchos de los que viven merecen morir y algunos de los que mueren merecen la vida. ¿Puedes darles la vida? Entonces no te apresures a la hora de dispensar muerte o juicio.

J. R. R. Tolkien

PRÓLOGO

Esparta, 26 de esciroforión de 2200

La fiesta se prolongó hasta bien entrada la noche y Diácono salió del salón de audiencias algo aturdido. Sabía cuál era su misión, pero no se había atrevido a retirarse de la presencia de los ancianos hasta que estos se fueron a descansar. Atenas mandaba siempre su comitiva quince días antes del evento, pero en este caso, la misión de Diácono era mucho más importante que elegir a los jóvenes que se enfrentarían en los próximos juegos: algunos de los hombres de su ciudad deseaban que el más joven de sus legados descubriera el secreto que había dado la victoria a los espartanos cada año desde hacía más de diez.

Diácono se ajustó la toga para que no lo entorpeciera al caminar e intentó que sus finas sandalias de cuero hicieran el mínimo ruido posible en el empedrado patio que llevaba hasta el gimnasio. Después bajó la lámpara de aceite, para que su fulgor no despertara a los atletas y, abriendo suavemente la puerta, se internó en la gran sala de entrenamiento.

Algunos de los ancianos de su amada Atenas creían que los espartanos hacían algún tipo de trampa; su misión era descubrirlo y llevar las pruebas al otro lado del río.

Diácono levantó la lámpara hasta iluminar una minúscula parte de la gran sala y las sombras se alargaron. Después caminó hacia los aposentos destinados al descanso, en los que los atletas recibían los masajes y las curas de las lesiones producidas durante los entrenamientos. Cuando cruzó el umbral de la entrada, un espectro pareció reflejarse ante él. Dio un salto hacia atrás y estuvo a punto de perder el equilibrio, lanzar la lámpara al fantasma y escapar corriendo, pero unos segundos más tarde observó que lo único que había ante él era el reflejo de su rostro en un espejo desgastado.

Su aspecto le pareció patético, él era uno de los últimos vencedores de los juegos a favor de Atenas, pero en solo dos décadas su apariencia había pasado a ser muy distinta a la del joven de diecinueve años que había luchado por su ciudad. Había perdido todo el pelo, una prominente barriga ocupaba el lugar del vientre plano de su juventud y los huesos comenzaban a dolerle. La vida de un ateniense raramente superaba los sesenta años, pero a partir de los treinta el declive físico era evidente.

Las viejas leyendas hablaban de una época mítica en la que los hombres llegaban a vivir hasta cien años, pero todo aquello era parte del pasado. Los atenienses, al igual que sus mortales enemigos, los espartanos, vivían de la caza de antílopes, la pesca en el río y la cría de cabras y gallinas. En aquella región el trigo crecía escasamente y las únicas verduras que se daban bien eran las calabazas y las patatas.

Los jóvenes solían ser alimentados por debajo de sus necesidades hasta llegar a los veinte años de edad, pero en cambio eran los encargados de realizar los trabajos más duros y los mayores sacrificios. Se les separaba de sus madres a los cuatro años y vivían en comunidad, niños por un lado y niñas por otro, hasta los doce, cuando empezaban a prepararse para los juegos en grupos mixtos. Los únicos con derecho a salir de ese sistema de semiesclavitud eran los ganadores de los juegos.

Diácono se acercó a una de las estanterías y observó las pociones con detenimiento. No vio nada anómalo. Algunas cremas para aliviar los dolores musculares o varios aceites curativos y algunos extractos de vino para limpiar las heridas. Estaba a punto de regresar a la fiesta cuando escuchó unos pasos a su espalda. Cuando se giró, una figura descomunal se presentó ante sus ojos.

—¿Espionando a tus hermanos espartanos? —preguntó la enorme sombra.

Diácono comenzó a temblar y soltó la lámpara, aterrorizado. La oscura presencia lo agarró por el cuello y con una sola mano lo levantó. El hombre no pudo zafarse de aquella garra mortífera y tras unos segundos perdió el conocimiento.

Primera Parte

La frontera

1: Atenas, 27 de esciroforión de 2200

El agua estaba muy fría, todavía no había llegado el verano y el río Son bajaba gélido. Cuando Pericles se lanzó al agua, las gotas que me salpicaron parecían flechas taladrando mi piel blanca y escalofriada. Estábamos lejos de la zona permitida, pero cada año, desde que cumplimos los doce, nos dirigíamos hacia el norte de la isla en la que se encontraba nuestra ciudad, acercándonos cada vez más peligrosamente a la frontera.

Atenas era grande, más que Esparta, según nos habían contado en la escuela de la acrópolis, pero sus habitantes no superaban los veinte mil, aun contando a los esclavos del norte y todos los jóvenes menores de veinte años.

Leónidas siguió a Pericles y Damara y yo nos miramos divertidas. Era mejor lanzarse de una vez y experimentar el frío gélido del agua que imaginarse cómo sería sumergirse en las profundidades turbias del río.

—¡Venga chicas, está estupenda! —gritó Pericles. Su pelo rubio estaba pegado a sus sienes blancas y sus grandes ojos grises parecían dos inmensas gotas de agua robadas al Son.

Damara se lanzó al río entre risas y yo la seguí. Aquellos amigos eran todo lo que tenía. Mis padres, a los que apenas veía fugazmente, se habían convertido en dos desconocidos para mí, y el único amor que había sentido en todos aquellos años de soledad había sido el de mis amigos.

Los segundos debajo del agua me parecieron eternos. La piel me quemaba y tuve la tentación de dirigirme a la orilla y arrojarme con un paño de algodón para protegerme del frío, pero al final me decidí a nadar río arriba hasta Leroy, la pequeña península cuadrada que quedaba más al norte.

Llevábamos casi ochocientos metros nadando cuando comencé a sentir que el corazón me latía a mil; el último tramo siempre me costaba un poco más, pero si el año anterior, con dieciséis años, lo había conseguido, ahora con diecisiete lo debería

superar sin problemas.

Pericles fue el primero en llegar. Salió del agua y se subió a las rocas desgastadas de lo que parecía un viejo anfiteatro; después llegó Leónidas, que, a pesar su pequeño tamaño y su barriga, nadaba formidablemente. Damara y yo competimos durante las últimas brazadas, pero al final yo llegué primero.

Bueno, todavía no me he presentado, mi nombre es Helena, mi pelo es rojo como el carbón encendido que calienta los hornillos de las casas en los meses blancos y mis ojos son más azules que el agua del océano un día de sol brillante. Dicen que me parezco a mi madre, Atenea, una de las nobles de la ciudad, aunque yo creo que me parezco a mi padre, Diácono.

Llevo sin vivir con ellos desde los cuatro años. Los atenienses, como nuestros hermanos los espartanos, somos criados en comunidad. El fundador de nuestra sociedad, Zeno, así lo ordenó en el principio, cuando el mundo se levantaba de su última guerra con el imperio de Oriente, y de esa forma hemos vivido desde entonces; nos ha hecho fuertes, pero también solitarios y tristes.

Sentía el frío sobre mi piel y todo el vello del cuerpo erizado. Frente a mí estaba Pericles, mirándome con sus ojos picarones y su media sonrisa. Lo conocía desde que teníamos uso de razón. Él era el que se quedaba conmigo por la noche, cuando el miedo a la oscuridad me atenazaba y veía monstruos reales o imaginarios.

—Eres rápida y atrevida, querida Helena. No reconozco a la niña asustada que se apretaba contra mí hace años —dijo Pericles, sonriente. Un bigote moreno comenzaba a sombrear su labio superior, signo de madurez que los atenienses y espartanos valoraban. Los hombres adultos no se afeitaban, sus barbas crecían cada año como muestra de que los dioses los bendecían.

—El miedo es un lujo que no me puedo permitir, sobre todo si me vengo a nadar con vosotros al lado de la frontera —le contesté mientras intentaba que el viejo sol del mundo me templara la piel.

—Cada año lo hacemos y nunca ha sucedido nada —dijo Leónidas, el amigo más cercano de Pericles, aunque muchos lo llamaban León Negro, por su melena rizada y el color de su piel.

Damara llegó a tierra y salió del agua. En otro tiempo, aquel saliente cuadrado había sido un estadio en el que los ancestros jugaban sus juegos. No sé si eran cruentos, si los gladiadores se jugaban la vida o si simplemente representaban una ofrenda para sus dioses. Nosotros únicamente llegamos hasta aquí una vez al año, cuando se celebran los Juegos de la Guerra, en otras épocas tenemos prohibido llegar más allá de Worth.

Este año participaremos todos nosotros en los Juegos de la Guerra. El candidato debe tener entre dieciséis y diecinueve años, estar sano y manejar uno de los cinco artes de la guerra. Yo soy una experta en el uso del xifos, la espada de los guerreros de Atenas.

—Otra vez habéis hecho trampas —dijo Damara mientras salía del agua. Era algo

baja para su edad y estaba gordita, pero sus rasgos eran iguales a los de una princesa. Grandes ojos negros, pelo castaño y liso y una nariz respingona, que parecía un minúsculo monte alrededor de sus mejillas pecosas.

Pericles subió a los graderíos y se puso la mano sobre los ojos, intentado evitar el sol. Todos lo seguimos. El estadio vacío era más impresionante cuando estaba repleto de gente vociferando a sus campeones, cada uno al de su clan, aquellos que conformaban las dos ciudades-estado: Esparta y Atenas.

—Tengo una sorpresa para vosotros. Nos adentraremos en la frontera. He escuchado una leyenda que habla sobre edificios abandonados de la vieja Unión de Ciudades, antes de que el Imperio del Oriente destruyera toda esta parte de la Tierra —dijo Pericles.

Sabía que mi amigo era tozudo como una de las mulas de carga del puerto, incapaz de entrar en razón, pero de todas maneras intenté disuadirlo.

—Tenemos que estar antes de que el sol se ponga en la ciudad. Todos creen que hemos ido a inspeccionar las cloacas del norte. Si no regresamos en un par de horas nos exponemos al Consejo de Nobles —le comenté sin mucha esperanza, pero con la idea de que Leónidas o Damara me dieran la razón.

—Precisamente he encontrado un camino por las cloacas hasta más allá de la frontera. El muro de cuatro metros de altura es casi infranqueable y únicamente los autorizados tienen derecho a navegar, pero a alguien se le olvidó sellar alguna cloaca —dijo Pericles, que se puso la ropa y se colocó su maza en el cinto.

—¿Estás seguro de que es buena idea? —preguntó Leónidas, dubitativo.

—Sí, es una buena idea. Nos quedan tres y cuatro años para convertirnos en adultos y que nos introduzcan en el tabú, eso si no morimos en los Juegos de la Guerra. Suficientemente humillante es ser un siervo menor, como los adultos nos llaman, ya que nos dispensan un trato solo un poco mejor que el que reservan a los esclavos —dijo Pericles frunciendo el ceño y cruzándose de brazos.

Mi amigo era convincente. Su talento para la retórica me recordaba al de mi padre, Diácono, el más joven de los legados, que a pesar de tener solo cuarenta y un años era uno de los hombres más reconocidos de Atenas. Sus memorables discursos en las escaleras de la sede del Consejo de Nobles eran admirados por todos. Con el tiempo, sus ideas se habían radicalizado, y ahora se declaraba abiertamente partidario de romper las relaciones con Esparta, que había impuesto su cultura a Atenas. Creo que, cuando nos tuvo a mi hermano y a mí, algo cambió en su forma de ver las cosas, ya que desde entonces había dejado de apoyar la separación de los jóvenes del resto de la sociedad. Algunos miembros del Consejo no veían ese giro de mi padre con buenos ojos, lo consideraban como un revolucionario que proponía volver a las costumbres bárbaras de la hora más oscura del mundo, antes de que Zeno dictara sus famosas leyes y se pactara la paz con los espartanos.

Pericles nos llevó hasta la Cloaca Máxima, un gran agujero de casi diez metros de diámetro. Su aspecto era mucho más impresionante que el de las cloacas normales.

Siempre había algo de agua circulando por el suelo, pero aún podían verse las grandes tablas de hierro oxidado que, de manera interminable, recorrían el gran túnel de ladrillo. Nunca nos habíamos introducido en ella, por eso sentí un escalofrío cuando comenzamos a avanzar a la luz de las lámparas de aceite.

Llevábamos media hora de camino cuando llegamos a una amplia sala. Allí había una plataforma, subimos a ella por unas escaleras de hierro incrustadas en la pared. En la gran superficie había algo semejante a unos murales destrozados, pero se podían ver algunas letras en un idioma antiguo. También otros objetos que no habíamos visto nunca.

—Hay unas escaleras que llevan al otro lado de la frontera —dijo Pericles señalando los escalones mugrientos al fondo.

Nos dirigimos tímidamente hasta ellos, pero un destello de luz nos paralizó. Apagamos las lámparas y nos quedamos en silencio intentando aguantar la respiración.

El primer pensamiento que pasó por mi mente fue que los dioses nos habían castigado por nuestra osadía, que caeríamos fulminados por su ira, pero lo siguiente que escuchamos fueron unas voces tan humanas como las nuestras, pero con el acento inequívoco de los espartanos.

2: Frontera, 27 de esciroforión de 2200

Los espartanos siempre nos habían dado miedo. Las únicas ocasiones en las que los veíamos eran durante los Juegos de la Guerra y su aspecto era feroz. Siempre llevaban una capa larga y roja, una máscara de bronce y el pecho descubierto, aunque en invierno nos habían contado que se cubrían con pieles de oso y lobo. Su ciudad era más pequeña que la nuestra, pero estaba protegida por una gran muralla. Los espartanos eran todos blancos y con el pelo rubio o pelirrojo, y tenían esclavos mestizos a los que llamaban ilotas. Los privilegiados eran como nuestra clase alta ateniense, los educaban en la agogé. Cada niño y niña recibía esa formación, que era obligatoria. Todos los no perfectos eran eliminados y hasta los veinticinco años de edad no tenían derechos de ciudadano. Los espartanos que aún no habían alcanzado la mayoría de edad defendían la ciudad y hacían trabajos serviles, aunque no tan bajos como los de los ilotas o esclavos.

Noté que los ojos de Pericles brillaban a la luz de las lámparas de los espartanos y supe lo que se le pasaba por la mente, por eso tomé su mano y le hice un gesto negativo con la cabeza.

Los espartanos caminaron hasta cerca de la escalinata sin vernos, después se detuvieron a los pies de la misma y no se decidieron a subir.

—Será mejor que regresemos a la barca —comentó una voz femenina.

—Es pronto y nadie nos echará de menos todavía —dijo la voz ronca de un chico.

—Ya hemos visto el estadio y hemos entrado hasta aquí, será mejor que dejemos el resto de la expedición para otro momento —comentó un tercero.

—¿Sois cobardes atenienses? —preguntó la voz ronca de nuevo.

Pericles no se pudo resistir y sacó la maza del cinto, dirigiéndose hacia los espartanos, pero logramos detenerlo de nuevo, aunque al golpear una piedra, su chasquido alertó a los guerreros.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó la chica.

—Seguramente una de las gigantescas ratas que hay en esta maldita isla —respondió la voz más ronca.

El espartano levantó su lámpara y nos vio a pocos metros, pegados a la pared y con las manos puestas en nuestras armas. Se sobresaltó y, dando un paso atrás, sacó su espada. Por unos instantes, la mirada de Pericles chocó con la del espartano, que aún a lo lejos se veía que era más alto y musculoso que mi amigo.

—¡Malditos atenienses, son como ratas metidas en la cloaca más infecta de esta isla! —gritó el guerrero blandiendo su espada.

El resto de sus amigos, dos en total, un chico y una chica, se lanzaron tras él. Saqué mi xifos y se escuchó la afilada hoja cortando el viento. Damara tensó el arco y apuntó a uno de los enemigos y Leónidas aferró con dos manos su hacha de doble filo.

Se escuchó el chasquido del metal al golpear y noté que una flecha pasaba rozándome la cara.

—¡Espartanos, salid de nuestra isla! —gritó Pericles. Después propinó un mazazo en el escudo de unos de ellos y saltaron chispas que cayeron al suelo polvoriento y oscuro.

Logré saltar y, dando una vuelta completa sobre mí, pude cortar la punta de una de las flechas lanzadas por la chica. Después de otro brinco me puse frente a ella. Tiró el arco y se sacó de la espalda un cuchillo largo y afilado. Mi espada hizo que vibrara la hoja de su cuchillo y la chica tuvo que sujetar con sus dos manos la empuñadura para resistir el golpe.

—¡Alto! —gritó la chica.

Por unos segundos seguimos luchando, hasta que Pericles levantó las manos y todos nos detuvimos a la vez.

—¿Por qué peleamos? —preguntó la chica.

—¿Porque nuestros pueblos han sido enemigos durante más de doscientos años? —dijo irónicamente Pericles.

—Por eso se crearon los Juegos de la Guerra, para que no tuviéramos que seguir matándonos —dijo la chica.

—Estáis en nuestro territorio —afirmó Leónidas.

—¿Vuestro territorio? Estamos más allá de la frontera. No nos encontramos en la jurisdicción de Atenas —dijo uno de los chicos de Esparta.

—Será mejor que nos separemos en paz, dentro de pocos días podremos enfrentarnos en la arena de los juegos —comenté a los dos grupos.

—¿Luchar en la arena? Pensaba que los atenienses mandaban a sus más nobles y fieros guerreros —dijo el chico de la voz ronca.

Pericles estuvo a punto de responder a la provocación, pero yo le detuve el brazo.

—Mi amigo Pericles es hijo de un magistrado. Yo soy hija de Diácono, el legado más joven de Atenas, y estos son Leónidas y Damara, que también descienden de grandes familias —comenté muy enfadada.

—Mi nombre es Dracón, hijo de Thanos, el presidente del Consejo de Ancianos de la muy noble ciudad de Esparta —dijo uno de ellos—. Estos son mis amigos Nereida, hija de la sacerdotisa Timandra, y Alexandre, hijo de Evander.

—Bienvenidos a la frontera —comentó Pericles—. ¿Qué hacéis tan alejados de vuestro hogar?

Se hizo un breve silencio, después los espartanos se echaron a reír y se nos contagió la risa.

—Lo mismo que vosotros, creo. Traspasar los límites de nuestro mundo. La vida de un joven en Esparta es dura y aburrida. Nuestra existencia está destinada a servir al pólemos^[1] —comentó Dracón.

—La vida de los jóvenes en Atenas no es mucho mejor, aunque en nuestra ciudad tenemos un gusto más refinado por la ropa y las artes —comentó graciosamente mi amiga Damara.

Las mujeres en Esparta vestían de una manera tan poco elegante que se las confundía con hombres. La chica llamada Nereida dio un paso al frente y, encarándose con Damara, le dijo:

—Puede que nuestras ropas sean sencillas, pero no hay mujeres más bellas que las espartanas. Mira tu cuerpo y tu rostro aniñado, nosotras somos mujeres de verdad.

Damara frunció los labios y tuve que sujetarla para que no se lanzara sobre la espartana. Pericles intentó calmar los ánimos e invitó a los espartanos a que lo siguieran por las cloacas hasta el estadio. Cuando llegamos, mi amigo Leónidas ofreció comida a los espartanos y estos nos enseñaron su embarcación.

Era una barca de madera pintada de negro. Su vela parecía fuerte y ligera, la nave de un noble espartano.

—¿Es vuestra? —preguntó Leónidas.

—Es de mi padre —confesó Dracón—. Tenemos que volver antes de que la eche en falta.

—Os propongo una cosa. Ya que nos enfrentaremos en unos días en el estadio, me gustaría medir con vosotros nuestras armas y, si el tiempo nos acompaña, explorar juntos lo que se encuentra más allá de la frontera —dijo Pericles.

Los espartanos miraron a su líder. Dracón se lo pensó unos momentos, pero al final afirmó con la cabeza. Después subieron al barco y se perdieron poco a poco en el horizonte.

El cielo comenzaba a ponerse gris y amenazaba lluvia. El invierno ya había sido muy duro, pero las primaveras en Atenas eran lluviosas y si los dioses se enojaban, también frías. Nos dirigimos hacia la ciudad. Una hora más tarde habíamos dejado atrás los bosques reverdecidos y nos encontrábamos ante la urbe más hermosa del mundo, nuestra querida Atenas.

3: Atenas, 28 de esciroforión de 2200

Aquella mañana, Leónidas tenía que pasar el duro ritual de flagelación en el templo de Artemisa Ortia, pero también debía pasarlo mi hermano Melancton. Los espartanos nos habían impuesto esta cruel costumbre hace unos años, y ahora todos los chicos de catorce a dieciséis eran obligados a someterse a ese duro trance. Mi hermano y yo no nos habíamos visto mucho desde que yo dejé prácticamente de recibir visitas de mis padres, a los siete años, ya que las leyes permitían a las familias reunirse una vez al mes solo hasta esa edad. Aunque Melancton y yo nos entrenábamos para los juegos en la misma escuela, él estaba con los pequeños, así que era raro que coincidiésemos. Aun así, era mi hermanito, y por muy pesado que fuera a veces, lo adoraba, y me dolía pensar en lo que iba a tener que sufrir durante el ritual.

Me vestí con el traje ceremonial y me dirigí con mi amiga Damara hacia el templo. La ciudad parecía adormilada entre las nieblas, pero el puerto ya estaba en plena actividad. Por allí entraban el trigo de las ciudades del sur, los esclavos de la tierra de las flores, el oro del Viejo Mundo y muchas otras mercancías. Siempre que podía, me gustaba caminar entre las sucias calles del puerto, ver a toda esa gente de miles de acentos y razas, olfatear el misterioso olor de las frutas tropicales y observar el caos del mundo.

Cuando llegamos al templo, las sacerdotisas estaban en círculo y los diez chicos con la espalda al descubierto, a pesar de la frescura de la mañana. Observé el pelo liso y rubio de mi hermano. A su lado se encontraba Leónidas, que parecía sudar a pesar del frío. Al girar la cabeza vi a mi madre. Estaba tan guapa como siempre. Vestía un elegante manto burdeos, adornado con un broche de oro moldeado con la forma de nuestro clan. Ella me miró de lejos. Hasta que no alcanzásemos la edad adulta, estaba prohibido que habláramos con nuestros padres, pero con sus ojos grises me lo dijo todo: algo la preocupaba.

Me acerqué lo más que pude, intentaría escabullirme mientras se hacía el ritual del sangrado y hablar con ella detrás de las paredes del templo.

El primero en flagelarse fue Leónidas. Mi amigo avanzó hasta el centro del círculo con paso firme. Miró a la sacerdotisa madre y esta le entregó el pequeño látigo de cuero con piedras punzantes. El silencio era absoluto, por lo que escuchamos el silbido del látigo y el chasquido del cuero sobre la piel con cruda nitidez. Cuando la espalda de mi amigo comenzó a sangrar, noté cómo el estómago me daba un vuelco y tuve que contener mi angustia. Leónidas se retiró del círculo y le entregó el arma a la sacerdotisa madre. Pericles estaba esperando con un paño blanco de algodón con el que cubrió a nuestro amigo, mientras este intentaba dibujar una sonrisa que más bien parecía una mueca de dolor.

El segundo en fustigarse fue un joven pelirrojo. Tras el primer golpe, su piel pálida y pecosa enrojeció para después sangrar abundantemente.

El tercer muchacho fue mi hermano. Sus ojos eran muy parecidos a los de mi madre, también la forma de la cara y la expresión melancólica, pero los finos labios rojos eran los de mi padre. Melancton pasó al centro del círculo, tomó el látigo y lo levantó en el aire. Sus delgados brazos se movieron a los lados antes de propinarse el primer latigazo. Miré su dulce cara rota por el dolor y tuve ganas de acercarme hasta él para quitarle el látigo.

¿Por qué los adultos nos hacen pasar por todo este sufrimiento?, pensé mientras mi hermano seguía azotándose. Aquellas costumbres espartanas no tenían nada que ver con el carácter de la gente de mi ciudad. No éramos rebaños humanos, como a ellos les gustaba definirse. Éramos paidiskos^[2], pero ellos nos consideraban como bestias o ilotas.

Mi madre me hizo un gesto cuando mi hermano abandonó el círculo y me dirigí rápidamente a la parte trasera del templo. No era la primera vez que hablábamos, aunque desde hacía diez años oficialmente no podíamos hacerlo. Mis padres se oponían a las leyes espartanas, pero en público mantenían las formas para no ser exiliados de la ciudad.

Cuando me acerqué a ella me abrazó y después se apartó rápidamente, mirando de un lado al otro.

—¿Qué os sucede, madre? Nunca os había visto en este estado —le pregunté, inquieta.

—No he dormido nada en tres días. Tu padre no regresó con el resto de legados. Ya sabes que, aproximadamente quince días antes de los juegos, los legados van a la ciudad ganadora para organizarlo todo, pero tu padre no ha regresado —dijo mi madre casi sin aliento.

—Pero ¿dónde está? —le pregunté, preocupada.

—Los legados lo vieron por última vez después de la sisitia, pero tras el banquete desapareció —comentó mi madre.

—¿Qué han dicho los espartanos? La seguridad de los legados es su

responsabilidad —le dije.

—Ellos comentaron al resto de legados que posiblemente bebió más de la cuenta y se cayó al río —dijo mi madre, sin poder aguantar más las lágrimas.

Me quedé totalmente paralizada. ¿Cómo era posible que eso le pasara a un noble de Atenas y nadie dijera nada? ¿Éramos los atenienses unos cobardes?

—Yo descubriré lo que pasó y dónde se encuentra —le dije a mi madre.

—No, Helena. Es peligroso. Si te ven en Esparta morirás, o podría ser la excusa que buscan para iniciar una guerra —dijo mi madre, angustiada.

—¿De qué sirve la paz de los cobardes? —pregunté antes de que escucháramos que la ceremonia llegaba a su fin.

Mientras me dirigía de nuevo al templo, las lágrimas corrían por mis mejillas arboladas por la congoja. Damara se acercó a mí y me abrazó.

—Tu hermano está bien, amiga —dijo en un susurro.

—Lo sé, no es por eso por lo que lloro —le contesté, entre sollozos. Miré a mi madre, que se había cubierto la cabeza y la cara para disimular sus lágrimas.

Mis amigos y yo nos dirigimos hasta los barracones. Damara consolaba a mi hermano, mientras que Pericles charlaba con Leónidas. Yo estuve callada todo el rato, pero al llegar al comedor Pericles me preguntó:

—¿Qué te sucede, Helena?

—Mi padre ha desaparecido —comenté sin más rodeos.

Todos me miraron sorprendidos. Diácono, además de ser mi padre, era el legado más popular entre los jóvenes.

—Hay que avisar al Consejo de Nobles —dijo Leónidas.

Mi hermano levantó la vista y me miró con sus ojos aún húmedos. Su cara reflejaba un temor que no había visto antes.

—¿Qué harás? —me preguntó.

No supe qué contestar. Es normal que esperemos de nuestros hermanos mayores una respuesta a todos los problemas, pero estaba sin palabras, asustada y triste por la situación.

—¿Os acordáis de los chicos que conocimos ayer? Ellos nos ayudarán a entrar en Esparta y a buscar a tu padre —afirmó Pericles.

—¿Entrar en Esparta? —preguntó asustado Leónidas.

—Sí, en Esparta, o en el mismo Hades si fuera necesario —aseguró Pericles.

Yo lo miré con gratitud. Su valor me infundió ánimo y, levantando la vista, les dije:

—Encontraremos a mi padre y, si detrás de esto están las sucias manos espartanas, buscaremos la manera de que paguen su afrenta.

Todos asintieron con la cabeza. Nos dirigimos hasta los vestuarios; nos tocaba hacer la ronda norte y no dudaríamos en ponernos en contacto con los jóvenes espartanos. ¿Aceptarían introducir a unos enemigos en su ciudad? No dejaba de hacerme esa pregunta mientras caminábamos hacia las cloacas.

4: Frontera, 28 de esciroforión de 2200

Mi hermano quiso venir con nosotros, pero no podía permitir que mi madre perdiera a un marido, a una hija y a un hijo al mismo tiempo. Lo convencí para que se quedara en Atenas. Intentar entrar en Esparta ya era lo suficientemente complicado como para además tratar de cuidar de mi hermano al mismo tiempo.

Estábamos cerca del sitio en el que solíamos comer, cuando no pude aguantar más tiempo mis dudas y les dije a mis amigos:

—No quiero meteros en un lío. Si pasamos una noche fuera de Atenas, puede que nos exilien o nos quiten nuestro derecho a convertirnos en ciudadanos. No puedo pedirlos que renunciéis a todo por buscar a mi padre.

—Estoy harto de la vida que tenemos en Atenas. No creo que se perdiera mucho si al final nos exilian. Somos esclavos de los adultos y estos, desde que empezamos a perder los Juegos de la Guerra, cada vez más esclavos de los espartanos —dijo Pericles.

—La amistad es lo único que importa. ¿Qué otra cosa tenemos los jóvenes? No tenemos posesiones, tampoco podemos participar en política ni vivir fuera de los barracones —se quejó Leónidas, que era al que más le quedaba para convertirse en adulto.

—Y no has mencionado morir en los Juegos de la Guerra. Los adultos nos obligan a luchar entre nosotros para evitar tener que hacerlo ellos en una guerra de verdad —dijo Damara.

—Todo eso es cierto, pero es mejor que un futuro incierto. ¿Qué haréis si os mandan a las minas de sal u os venden como esclavos a las ciudades del sur? —les pregunté, pero todos permanecieron callados.

Llegamos al estadio al mediodía. Sacamos nuestro liviano almuerzo y comimos en silencio, hasta que escuchamos unas voces.

—Los atenienses siempre glotones y malas bestias —dijo la voz ronca de Dracón.

Aún no me había acostumbrado a escuchar el acento de un espartano sin sobrecogerme. Dracón, Nereida y Alexandre se aproximaron hasta donde estábamos comiendo y se sentaron. Después sacaron un pan negro y un poco de queso mohoso y comieron con avidez, como si estuvieran saboreando el mejor de los manjares. Masticaban con la boca abierta y eructaban sin cesar, como si tuvieran en el estómago al propio Hefesto, el dios del fuego.

—¿Cuándo mediremos las armas? —preguntó Alexandre.

—Hoy mismo —contestó Pericles.

Media hora más tarde, estábamos en la arena del estadio. Los primeros en luchar fueron Alexandre y Leónidas. Mi amigo llevaba su famosa hacha de dos filos, mientras que el contrincante mostraba su espada ligera. Pericles ejercía de árbitro. Se puso en medio de ellos y les explicó brevemente las reglas.

—No podéis salir del cuadrado; el que se salga, perderá. El que dé con su arma en la tierra, perderá. Vence el que desarme y paralice al otro. ¿Entendido?

Los dos chicos afirmaron con la cabeza. Recordé que Leónidas todavía estaba dolorido por los latigazos de la mañana, pero era un chico fuerte y musculoso, a pesar de su barriga. Alexandre parecía una hermosa muchacha, más que un guerrero espartano. Tenía el pelo rizado y largo, aunque su cara aniñada parecía ocultar una gran furia y determinación.

Pericles salió del campo y los dos guerreros se estudiaron durante un rato sin enfrentarse. Después, Leónidas golpeó con el hacha en el escudo de Alexandre y este pareció aguantar bien la sacudida. El espartano respondió con su espada ligera, logrando atravesar la protección de mi amigo y rozando su costado. Leónidas aprovechó el impulso de Alexandre para golpearlo con el escudo en los riñones. El espartano cayó al suelo de rodillas, pero logró ponerse en pie de nuevo.

—¡Vamos, espartano! —gritó enfurecido Dracón.

—Parece que vuestros guerreros son más bravucones que valientes —escuché que le decía Pericles.

Leónidas lanzó un nuevo golpe al escudo y el hacha se quedó clavada en el metal. Alexandre aprovechó para tirar de él e intentar desarmar a su contrincante, pero la mano de mi amigo era de hierro. Levantó el brazo con todas sus fuerzas y dejó suspendido en el aire al espartano, que, temeroso de recibir un golpe bajo, soltó su escudo.

—Maldito ateniense —dijo Alexandre. Después atacó con la espada, que rozó el pectoral de mi amigo.

El espartano estaba en desventaja sin escudo, por eso Leónidas lanzó el suyo al suelo y quitó el hacha del de su contrincante. La espada de Alexandre rozó la mejilla de mi amigo, haciéndole sangre. Después, Leónidas golpeó con fuerza al espartano, que se apartó a tiempo. El ímpetu del golpe desequilibró a mi amigo, que cayó al suelo. El espartano se puso encima de él e intentó ponerlo de espaldas, pero Leónidas se giró y derribó a Alexandre.

—¡Ríndete, espartano! —gritó mi amigo, mientras con todas sus fuerzas apretaba a su enemigo contra el suelo.

La espalda de Alexandre tocó la tierra y Pericles comenzó a contar. Unos segundos más tarde, el espartano estaba derrotado.

—¡Maldición, maldición y maldición! —gritó Dracón, mientras tiraba su escudo hacia el graderío.

—Ya te he dicho que los atenienses ganaremos este año los Juegos de la Guerra.

Nos interrumpió el ruido de medio centenar de pies caminando a mi espalda. Me giré y vi algo insólito: un grupo de soldados atenienses se dirigían al estadio armados hasta los dientes.

—¡La guardia de la ciudad! —dije para advertir a mis amigos. Si nos pillaban en el estadio, con enemigos, podrían acusarnos de traición y a ellos ejecutarlos como espías.

Corrimos hacia lo más alto de los graderíos y miramos los riscos. El agua estaba a unos diez metros de altura, pero el río era poco profundo en ese punto y las rocas sobresalían en algunas partes. Dracón fue el primero en arrojarse, le seguimos el resto. Mientras mi cuerpo se sumergía en las aguas del río, mi mente no dejaba de pensar en lo que había sucedido en las últimas horas. Siempre había pensado que mi vida no podía ser más triste y monótona, pero sin duda estaba equivocada.

5: Frontera, 28 de esciroforión de 2200

Nadamos hacia el norte. No sabíamos si nos habían descubierto, aunque sin duda habrían visto los restos de nuestra comida. Después de una hora en el agua gélida, apenas sentía las piernas ni los brazos. La armadura pesaba mucho y notaba los músculos doloridos. Nos acercamos a la orilla. Nunca habíamos estado tan al norte. En ese punto, las dos orillas no parecían tan distantes. El bosque avanzaba casi hasta el margen de la playa, pero prefería adentrarme entre las sombras de los árboles que seguir nadando. Afortunadamente, Pericles se dirigió a tierra firme y todos lo seguimos.

No sentamos, exhaustos y congelados, al borde del río. Pericles se puso en pie un par de minutos más tarde e intentó averiguar dónde nos encontrábamos. Todos lo seguimos como autómatas. Estábamos cansados, helados y hambrientos, pero hasta dentro de unas horas no podríamos regresar. La única entrada a nuestro mundo era por el río o por la cloaca, pero seguramente los dos caminos estarían vigilados.

Pericles se adentró aún más en la espesura, hasta que encontró un sendero. A los lados, entre los árboles, había restos de edificios. Montones de ladrillos salpicados de flores y hierba, pero al final del sendero se veía una gran torre que parecía encontrarse en buen estado. En el camino había amasijos de hierro de lo que parecían carrozas sin caballos, también unas grandes lámparas de hierro totalmente apagadas. Todo aquello era nuevo para nosotros, como si en unos segundos hubiéramos accedido a un mundo nuevo.

A medida que nos acercábamos, la sensación de estar entrando en un lugar prohibido y misterioso parecía acrecentarse.

Tras media hora de caminata por el sendero, el edificio al que nos dirigíamos nos pareció el más colosal que habíamos visto nunca. No era muy alto, pero su tamaño era enorme. Rodeamos el edificio para encontrar una entrada.

En uno de los laterales había una escalinata doble y la fachada estaba adornada

con torres circulares. Los ladrillos anaranjados parecían brillar bajo el sol intenso de la tarde, aunque lo que en otro tiempo debía de haber sido un jardín cubría gran parte de la entrada.

—¿Qué es eso? —preguntó por fin Dracón, rompiendo el silencio autoimpuesto de la última hora.

—No lo sé. Es parte de la zona prohibida —comentó Pericles.

—Nosotros nos hemos adentrado en esta zona varias veces, pero siempre más al sur y cerca del río. No pensábamos que existiera algo así en la isla —dijo Dracón.

—Mi padre me contó una vez un secreto que únicamente conocen los adultos que pertenecen al Consejo de los Nobles —solté.

Todos se giraron y me miraron sorprendidos.

—¿Por qué nunca nos lo habías dicho? —preguntó Damara.

—No me parecía importante —le dije.

—¿Qué es lo que te contó tu padre? —preguntó Leónidas.

—Al parecer, en nuestra isla antiguamente hubo una ciudad grande y próspera que fue destruida —les expliqué.

—Todo eso son patrañas de los atenienses —dijo Dracón—. Siempre hablando de su glorioso pasado. El mundo antes de que los espartanos llegáramos aquí era un caos. Nosotros venimos de la Academia, río arriba, allí todo era orden y disciplina. Cuando llegamos al océano, Atenas era una aldea desorganizada y dominada por clanes salvajes —dijo Dracón.

Los espartanos se creían fundadores del nuevo mundo. Sus consignas eran tan austeras y cerradas como su mollera. «Deber, Honor y Patria». Para ellos no existían los individuos como tales, únicamente la comunidad y el deber de protegerla. En Atenas las cosas habían sido diferentes, pero ahora vivíamos prácticamente bajo su yugo y según sus costumbres. Solo ganando los próximos Juegos de la Guerra conseguiríamos recuperar nuestra libertad.

—¿Qué os parece si dejamos de discutir y entramos? —preguntó Nereida.

Seguimos el consejo de la espartana y abrimos caminos con nuestras espadas hasta llegar a la escalinata. Al caminar por el sendero vimos un cartel con unas letras doradas.

—¿Qué pone en ese cartel? —preguntó Alexandre.

—Está en un idioma arcaico que no logro entender —dijo Damara.

—Es alfabeto latino, y no griego, como el nuestro —les comenté.

Entramos en el edificio por lo que quedaba de un gran portalón de madera. Dentro había bastante luz. Nos encontrábamos en una gigantesca galería que se dividía en tres caminos alternativos. Decidimos ir a la derecha. Pericles y Dracón caminaban los primeros, seguidos por Damara y por mí, detrás iba el resto.

—Mira, parece nuestra isla —comentó Nereida señalando uno de los gigantescos paneles de la pared.

La forma alargada de la isla era muy parecida a la que habitábamos. También se

veían claramente el río y su desembocadura.

—Estos son los animales que viven en esta zona —dijo Alexandre señalando paneles con osos, lobos, ciervos y demás fauna.

La siguiente sala representaba un bosque muy parecido al que habíamos tenido que atravesar para acceder al edificio. Caminamos siempre a la derecha hasta que vimos una gran sala en semipenumbra. Entramos despacio mirando a todas partes, hasta que Damara pegó un grito:

—¿Qué es eso? —preguntó, histérica, mi amiga.

Un animal gigante, parecido a un pez, colgaba del techo altísimo. Era azulado y parecía volar sobre nuestras cabezas.

Damara y Nereida apuntaron al monstruo, pero enseguida nos dimos cuenta de que estaba tan muerto como el resto de los animales que habíamos visto.

Pericles comenzó a reírse a carcajadas, hasta que al otro lado de la sala escuchamos unos extraños gruñidos, pero para nuestra desgracia estos sí eran reales.

Una manada de lobos grises se acercó desde el fondo. Sus ojos brillaban en la penumbra y, cuando estuvieron a poco más de tres metros, pudimos apreciar el tamaño de sus afilados colmillos.

—No hagáis ningún movimiento brusco —comentó Dracón. Después sacó lentamente su espada.

—Apuntad bien con el arco; si eliminamos a dos de los seis, será más fácil enfrentarse a ellos —dijo Pericles.

Damara tensó el arco al lado de Nereida. Apuntaron a la vez y dispararon justo cuando los lobos se lanzaban hacia nosotros. Las dos flechas alcanzaron su objetivo. Primero cayó uno de los animales y unos segundos más tarde, el otro. La muerte de sus compañeros no pareció asustar al resto de la manada, que comenzó a atacarnos ferozmente.

Pericles blandió su maza y golpeó la cabeza de una de las bestias, derrumbándola. La misma suerte sufrieron otros dos lobos a manos de Leónidas y Dracón, pero el último lobo huyó entre gemidos.

—Puede que haya más. Será mejor que regresemos —dijo Pericles.

Nos dirigimos a la entrada principal, y allí nos topamos con la estatua de un hombre vestido con ropas extrañas y con gafas. En sus manos llevaba una especie de lanza sin punta. Salimos al exterior. Frente a nosotros había un gigantesco bosque que se perdía en el horizonte, pero a la izquierda vimos algo que nos dejó estupefactos. Edificios enormes que parecían tocar el cielo, refulgiendo como torres de brillantes en mitad del bosque.

—Tendremos que seguir explorando esta zona, pero será mejor que ahora regresemos a casa. El sol está a punto de ponerse —dijo Dracón.

—¿No vigilarán la cloaca? —preguntó Alexandre.

—No creo. Los guerreros prefieren estar dentro de las murallas cuando se pone el sol —comentó Pericles.

—A pesar de los sobresaltos, ha sido una aventura fascinante —dijo Dracón.

—Mañana iremos hasta esas torres que brillan en el horizonte, pero con una condición —dijo Pericles a los espartanos.

Dracón frunció el ceño. No le gustaba que nadie le diera órdenes, pero se notaba que Pericles le caía bien.

—¿Qué condición? —preguntó Dracón.

—Tendréis que ayudarnos a entrar en vuestra ciudad pasado mañana —dijo Pericles.

—¿Entrar en nuestra ciudad? Eso puede causarnos muchos problemas. Una cosa es explorar este antiguo mundo con unos atenienses, pero otra muy distinta es meter al enemigo en casa —dijo Dracón.

—Os juro solemnemente que no vamos a vuestra ciudad ni como espías ni como enemigos. El padre de Helena ha desaparecido hace unos días allí y tenemos que intentar encontrarlo —dijo Pericles.

Dracón nos miró incrédulo, después se acercó hasta mí. Nunca había observado sus hermosas facciones. Su fiereza parecía ocultar a un chico más sensible y amistoso de lo que parecía a simple vista.

—¿Me prometes que es cierto que tu padre ha desaparecido?

—Sí, cuando fue con los legados para ultimar los detalles de los Juegos de la Guerra —le contesté muy seria.

—Después de explorar esas torres mañana, no regresaréis a casa, vendréis en mi barco hasta Esparta. Conozco a alguien que puede dar con tu padre —comentó Dracón.

—Gracias —le contesté. Sus grandes ojos verdes me miraron de una manera especial. Sentí un escalofrío en la espalda y respiré hondo, como si algo me estuviera oprimiendo el pecho y no me dejara respirar.

—Nunca pensé que les diría esto a unos atenienses, pero he disfrutado de este viaje —dijo Alexandre.

Todos sentíamos algo parecido. A veces el miedo y el desconocimiento son los mejores aliados de la ignorancia. Aquellos espartanos eran iguales que nosotros. Ninguno había elegido dónde nacer, quiénes iban a ser sus padres o sus amigos. La vida era misteriosamente caprichosa, como si en cierto sentido los dioses ya hubieran escrito nuestro destino en las estrellas.

Mientras el sol comenzaba a debilitarse, nos dirigimos rápidamente hacia la muralla de la frontera. Si alguien descubría nuestra ausencia, podíamos tener serios problemas.

6: Atenas, 29 de esciroforión de 2200

Aquella mañana fue fácil escabullirse de la ciudad. Los custodios estaban algo inquietos. La guardia de la frontera había descubierto a jóvenes merodeando por el estadio. Las autoridades temían que se tratara de espartanos, y que tuvieran la intención de sabotear los próximos Juegos de la Guerra.

La custodio Diana pasó por las filas que habíamos formado cerca de los barracones y se paró justo enfrente de mí.

—Helena, ¿no estabais vosotros ayer vigilando las cloacas cerca de la frontera?

—Sí, señora —le contesté.

—Los soldados no os encontraron por allí, pero sí vieron a un grupo de chicos y chicas que se lanzaron al agua cuando los vieron llegar —comentó Diana.

—Estábamos lejos del estadio —mentí.

—Ayer llegasteis muy tarde, justo antes de que se cerraran las murallas de la ciudad. ¿Se puede saber dónde estuvisteis tanto tiempo? —preguntó Diana frunciendo el ceño.

—Estuvimos siguiendo a una manada de lobos que se había introducido en nuestro territorio —le comenté.

—Mientes, ¿crees que puedes engañarme tan fácilmente? Tu padre y tu madre son unos traidores y de tal palo, tal astilla —afirmó Diana.

—Mi padre es un noble, un legado y el miembro más joven del Consejo de Nobles. No podéis faltarle al respeto de esa manera —dije enojada.

Diana me dio una bofetada tan fuerte que estuve a punto de perder el equilibrio. Casi se me saltaron las lágrimas, pero logré contener el llanto en el último segundo.

—Hoy, tu grupo y tú os quedaréis en la ciudad. Tengo un trabajo para vosotros. Limpiaréis los desperdicios de la lonja de pescado del puerto —dijo Diana.

Era la única mujer custodio, por eso se mostraba más despiadada con los jóvenes que sus colegas. Me miró con sus ojos pequeños y marrones, esperaba algún tipo de

insulto o burla, pero yo me limité a sostenerle la mirada.

Una hora más tarde estábamos limpiando el repugnante mercado de pescado. El hedor era insoportable, pero intentamos obedecer hasta encontrar una ocasión para escapar. Mi hermano Melancton había sido asignado a mi grupo, como si Diana hubiera querido castigar a mi familia con aquel apestoso y humillante trabajo. Aquel era otro contratiempo. No quería que Melancton viniera con nosotros más allá de la frontera ni a Esparta, pero era muy difícil mantenerlo al margen.

Aprovechando uno de los descansos, mis amigos y yo tomamos nuestras armas y buscamos en el puerto alguna embarcación pequeña que nos permitiera llegar hasta el otro lado de la frontera de manera rápida.

Al fondo del embarcadero, un pequeño velero de recreo, seguramente perteneciente a un destacado miembro del Consejo, estaba libre. Nos miramos entusiasmados. Mientras todos subían a bordo, yo me quedé hablando con mi hermano.

—No puedes venir —le comenté.

—Esa bruja me despellejará cuando vea que os habéis ido —comentó mi hermano, angustiado.

Sabía que tenía razón en parte, pero era más peligroso venir con nosotros que soportar la ira de Diana. Desaté la cuerda y me dirigí al barco. En ese momento vi por el rabillo del ojo que se acercaban dos soldados.

—Salta, rápido —apremié a mi hermano.

Después empujé el barco con el pie para separarlo del muelle. Leónidas izó la vela, mientras Damara y Pericles comenzaban a remar con fuerza. Los soldados corrieron hacia nosotros y al llegar a la altura del barco nos hicieron gestos para que regresáramos, después nos apuntaron con sus arcos y comenzaron a disparar.

Las flechas cayeron a nuestro alrededor, pero afortunadamente ninguna acertó en el blanco.

—¡Volved, por orden del Consejo de Nobles, o ateneos a las consecuencias! —gritaron.

Mientras el barco se alejaba de la costa, nuestro temor se iba atenuando. En cierto sentido no éramos conscientes de lo que habíamos hecho. Si no regresábamos con mi padre, el Consejo nos acusaría de traición. Lo más probable era que nos desterraran, pero no podíamos descartar la condena a muerte. Nos habíamos convertido en unos fugitivos.

—¿Crees qué mandarán barcos para seguirnos? —le preguntó Leónidas a Pericles.

—Lo dudo. Pensarán que esto es una chiquillada, imagino que esperan vernos de regreso dentro de unas horas —contestó.

Mientras el viento nos acariciaba la piel, las preocupaciones comenzaron a disiparse e intentamos disfrutar del viaje. Aquella mañana el río parecía brillar bajo los reflejos del sol como si navegáramos sobre una hermosa bandeja de plata.

7: Frontera, 29 de esciroforión de 2200

Por lo precipitado de nuestra huida, no teníamos ni comida ni agua. Nuestras ropas apestaban a pescado y no sabíamos si Diana enviaría a alguien en nuestra busca, pero a pesar de todo nos sentíamos optimistas. Disfrutamos del sol, de la luz y de la hermosa vista. Apenas llevábamos una hora de viaje cuando Leónidas emergió de la bodega del barco, eufórico.

—Mirad lo que he encontrado —dijo mientras intentaba sujetar un montón de comida con sus brazos.

—Tenemos queso, jamón, pan, ciruelas, manzanas, peras... —dijo Damara, mientras ayudaba a Leónidas a dejar aquellos manjares sobre una pequeña mesa.

Nos sentamos a comer. Los alimentos del barco eran verdaderas exquisiteces. Nunca había probado un queso tan suave, un pan tan tierno ni una malvasía tan dulce.

Tras llenar el estómago, nos sentíamos aún más eufóricos. Cuando detuvimos nuestro barco junto al estadio, la nave de nuestros amigos espartanos ya se encontraba anclada junto a la orilla.

Desembarcamos y nos dirigimos a la otra embarcación, pero estaba vacía. Después caminamos hasta el estadio; seguía sin haber ni rastro de ellos.

—¿Dónde se han metido? —preguntó Pericles, desesperado. No podíamos esperar mucho más. Sin ellos no podríamos ir a Esparta y, por otro lado, la excursión al otro lado de la frontera se complicaba a medida que avanzaba el día.

Leónidas se quedó mirando un punto en la distancia, como si hubiera observado algo. Después señaló con el dedo.

—En el otro extremo del estadio hay alguien.

Corrimos por la arena hasta acercarnos a los graderíos. En la parte más alta se encontraba una figura atada de pies y manos y con una mordaza en la boca.

—Parece Nereida —aventuré, preocupada.

Subimos los graderíos, pero antes de llegar hasta la espartana vimos a soldados

que corrían hacia nosotros por ambos lados.

—¡Es una trampa! —gritó Pericles.

Desenvainamos las armas, pero los soldados eran muchos más, tal vez una veintena.

—No podremos con ellos, será mejor que nos rindamos —comentó Damara.

—¿Rendirnos? No regresaré a Atenas sin mi padre —le contesté.

Vimos a un grupo de chicos corriendo por la arena. Eran nuestros amigos espartanos, que, al vernos enfrentarnos a los soldados, venían en nuestra ayuda. Los soldados seguían superándonos en número, pero ahora las fuerzas estaban más igualadas.

Ascendí hasta el graderío en el que estaba Nereida y la desaté. Después le ofrecí mi cuchillo y bajamos a reunirnos con el resto del grupo. Nos pusimos en círculo para resistir la primera embestida, mientras Dracón y Alexandre corrían en nuestra ayuda.

Los soldados atacaron con todas sus fuerzas. Sus espadas golpearon nuestros escudos, pero unos segundos más tarde, eran ellos los que recibían nuestros golpes. Dracón se lanzó sobre la espalda de dos soldados, mientras Alexandre atacaba a un tercero. Logramos herir a varios y el resto se sintió tan desconcertado al recibir nuestro feroz ataque que comenzó a correr despavorido.

Cuando al final nos quedamos solos, nos abrazamos emocionados.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Pericles a Dracón.

—Cuando desembarcamos, unos soldados nos atacaron. Nosotros logramos escapar, pero capturaron a Nereida. Después esperamos a que llegara, sabíamos que solos no podríamos vencerlos —dijo el espartano.

—Estaban esperándonos. En Atenas las autoridades sabían que unos espartanos merodeaban por esta zona —dijo Pericles.

—¿Estáis preparados para ir al otro lado de la frontera? —preguntó Dracón.

—Para eso hemos venido —le contestó Leónidas.

Bajamos los graderíos y nos dirigimos a los barcos. Después de aprovisionar bien el de los espartanos, tomamos rumbo al norte. Esta vez queríamos ir más allá que el día anterior. Estábamos entusiasmados con la idea de llegar hasta las torres brillantes que habíamos visto a los lejos.

8: Ciudad de Brillantes, 29 de esciroforión de 2200

La emoción que nos produce siempre lo desconocido es mucho mayor que la que sentimos con lo cotidiano, pero a veces el riesgo es real. Puede que perdamos a muchas personas y cosas que amamos, descubriendo demasiado tarde su verdadero valor. Mientras nos dirigíamos a la Ciudad de Brillantes, el nombre que yo le había puesto a aquel lugar con enormes edificios hechos con lo que parecía ser cristal, mi cabeza no dejaba de pensar en mi padre. ¿Dónde estaba? ¿Cómo podríamos dar con él? Pero mi mente también se preocupaba por mi hermano que, con apenas catorce años, se adentraba conmigo en un mundo que muy pocos habitantes de Atenas habían visto antes. Tampoco me tranquilizaba la situación en la que quedaba mi madre. Toda su familia había desaparecido y a sus hijos se los acusaría de alta traición.

Atravesamos el bosque lo más rápido que pudimos, si queríamos regresar al barco antes de que se hiciera de noche teníamos que darnos prisa. Mientras pasábamos entre los árboles centenarios nos dimos cuenta de que el día anterior habíamos tenido una perspectiva errónea de dónde se encontraba la Ciudad de Brillantes. Estaba más al sur, casi al otro lado de la isla. A los atenienses nos habían enseñado que el río rodeaba Isla Larga. La zona que envolvía nuestra isla no estaba muy habitada y las gentes que se habían instalado a lo largo de la bahía eran salvajes, que vivían de la caza y de la pesca. Al otro lado había un gigantesco entrante de mar.

—Parecía que estaba más cerca cuando la vimos ayer —se quejó Leónidas.

—Cállate y camina más rápido —lo reprendió Pericles.

Al traspasar el último tramo del bosque, llegamos a unos caminos pavimentados. Allí comenzaban los extraños edificios de cristal.

—Mirad eso —comentó mi hermano señalando el primer mastodonte de vidrio.

—¿Cómo se sostienen? —preguntó intrigado Dracón.

Ni los atenienses ni los espartanos habíamos conseguido construir edificios de más de cuatro plantas. En mi ciudad había alguno de seis, pero estaba allí antes de que los atenienses se instalaran en la zona. ¿Quién había construido esa inmensa ciudad de cristal que ahora contemplábamos? ¿Por qué nuestros libros de historia no decían nada de aquel lugar?

Entre edificio y edificio había algunas montañas de escombros, sobre las que había crecido la maleza y algunos árboles. En los caminos, los carros oxidados se sucedían por doquier. Aquel mundo era un gran enigma.

—¿Entramos en uno de los edificios? —preguntó Alexandre.

—Ayer casi nos cuesta la vida —aventuró Damara.

—No creo que todos estos edificios estén llenos de alimañas —dijo Pericles.

—Podemos subir a cualquiera, pero ese azulado parece de los más altos —comenté.

Todos miraron a la gigantesca torre. Parecía realmente complicado llegar hasta allí arriba. No sabía cuántos escalones tendría, pero, como todos, estaba deseando contemplar las vistas. Desde ese edificio estaríamos más cerca del cielo y de los dioses, pero sobre todo podríamos hacernos una idea más precisa de la ordenación de nuestro mundo.

—Vamos a por ello —dijo Pericles mientras se paraba enfrente.

En la parte baja había unos grandes paneles azules con números gigantes, al lado de unas puertas de cristal rotas que no nos costó atravesar. Más adelante había otras puertas en buen estado y cerradas, lo que nos tranquilizó. Un animal no podía abrir aquellas puertas y acceder al edificio.

Todo estaba revuelto. Mesas, extrañas sillas de metal, unas cajas cuadradas con cristales rotos y unos trozos de papel con cosas escritas en un idioma desconocido.

Buscamos las escaleras y comenzamos la ascensión. Fue mucho más dura de lo que imaginábamos. Después de media hora habíamos subido únicamente la mitad del edificio y nos encontrábamos exhaustos.

—Dejadme echar un vistazo mientras descansáis —dijo Pericles entrando en una de las plantas.

Me fui detrás de él y mi hermano nos acompañó. No me dejaba sola ni a sol ni a sombra. Había una gigantesca sala diáfana separada por paneles de un extraño material, los muebles estaban ordenados, aunque carcomidos y muy sucios. Los ventanales también estaban muy sucios, hasta opacar en gran parte la luz de fuera. Pericles intentó abrir varias de las ventanas, pero no lo consiguió. Después limpió el cristal y miró a través del pequeño círculo que había hecho con la mano.

—¿Qué ves? —le pregunté.

—Muchos edificios. Tenemos que subir más —comentó mi amigo.

Nos unimos al resto y continuamos la ascensión, que nos llevó otra larga media hora antes de alcanzar la azotea. Abrimos un portalón de metal y salimos al inmenso, luminoso y brillante cielo de primavera.

Después de adaptarnos a la luz, nos acercamos al inmenso vacío que había delante de nuestros pies. Nos asomamos con temor a nuestro mundo. Aquel pequeño y medido territorio en el que se llevaban sucediendo las generaciones que crearon nuestras ciudades.

El espectáculo nos dejó sin palabras. A pesar de que algunos edificios más altos nos quitaban parte de la perspectiva, podíamos contemplar hasta las ciudades de Atenas y Esparta. Los bosques se extendían por toda nuestra isla, que era muy alargada, surcada de este a oeste por dos ríos. La bahía en la que estaban nuestras dos ciudades daba a un inmenso océano. Frente a Atenas estaba la isla de los Desterrados y, cerca de ella, la de la Extraña Dama.

—El mundo es inmenso —dijo mi hermano.

Todos nos echamos a reír, aunque habíamos pensado exactamente lo mismo. Nos sentíamos como hormigas frente a aquella increíble civilización de la que nadie nos había hablado.

—Mirad ahí abajo —dijo Dracón señalando el suelo.

Medio centenar de soldados venían por el sendero, observando las entradas de los edificios.

—¿Nos han seguido hasta aquí? —preguntó Nereida.

—Sí, pero para mí lo más increíble es que los soldados conocieran esta parte de la isla —les dije.

—Nos prohíben venir hasta aquí por alguna razón. Será mejor que nos marchemos e intentemos llegar a nuestro barco —sugirió Dracón.

—Lo veo difícil mientras los soldados estén vigilando. Creo que es más seguro que pasamos la noche en el edificio y mañana regresemos al barco —comentó Pericles.

A ninguno de nosotros le hacía mucha gracia pasar en aquel cementerio de cristal toda la noche, pero era más seguro que adentrarse en la oscuridad por una zona desconocida, mientras los soldados nos pisaban los talones.

9: Ciudad de Brillantes, 1 de hecatombeón de 2200

La primera vez que asistí a los Juegos de la Guerra tenía unos ocho años. Había pasado el peor año de mi vida, ya que desde hacía un año oficialmente no podía hablar ni ver a mis padres ni a mi hermano. No puedo negar que me atrajo el fabuloso espectáculo de colorido y música que rodeaba aquel acontecimiento, aunque me horrorizó la violencia y la sangre de los chicos al enfrentarse en la arena.

Siempre ha habido juegos, mucho antes de que comenzaran los Juegos de la Guerra. Nuestros antepasados lucharon para combatir la frustración, el miedo y el dolor. Por eso el gran Aquiles, héroe de la Ilíada, organizó, en los funerales en honor a Patroclo, una lucha entre Áyax el Grande y Odiseo como divertimento, según narra la Odisea.

El ganador de los Juegos de la Guerra no obtiene únicamente la mayoría de edad, perdiendo su condición de semiesclavitud, sobre todo se convierte en un favorito de los dioses.

La sede de los juegos en la antigüedad fue la ciudad de Olimpia. Nuestros mayores nunca nos han explicado dónde queda esa increíble ciudad, seguramente tan abandonada como la Ciudad de Brillantes en la que hemos pasado la noche.

—Tenemos que bajar y proseguir camino —anunció Pericles, sacándome del sopor que viene justo antes del despertar.

Descendimos hasta los caminos de la ciudad y nos dirigimos de nuevo hacia el oeste, ya que en aquella parte de la isla se encontraba nuestro barco. Media hora más tarde estábamos todavía entre edificios y ruinas. Llegamos a una plaza circular. A un lado, encima de inmensos pedestales, había unas estatuas doradas. Al otro lado, uno de los últimos edificios de cristal que quedaban en pie. Antes de adentrarnos en el bosque, eché una última mirada a las altas torres y vi algo moviéndose en la más

próxima.

—Hay alguien en ese edificio —les comenté.

—Imposible. No creo que estén habitados —dijo Dracón.

—He visto algo moverse delante de las ventanas —insistí.

—Puede que fuera un animal salvaje o un perro —dijo Alexandre.

—Era una persona —comenté con el ceño fruncido.

—No podemos perder más tiempo —dijo Pericles—. Nos espera un viaje a Esparta y no creo que nos reciban con los brazos abiertos.

Estábamos a punto de marcharnos cuando volví a ver cómo alguien se movía entre las ventanas.

—Yo también lo he visto —dijo Damara.

—No eran alucinaciones mías —comenté, molesta.

—Es extraño que alguien viva aquí, pero tampoco imposible. ¿Qué nos importa a nosotros? —preguntó Dracón.

Entonces escuchamos claramente algo que parecía música, aunque nunca había oído nada como aquello. Nosotros teníamos algunos instrumentos como el arpa, la flauta o el pandero, pero aquel sonido era completamente diferente. La música retumbó por la plaza y nos quedamos quietos escuchando, hasta que el sonido de una especie de estampida nos advirtió de que se acercaba una manada de caballos que corrían hacia el sur. Nos quedamos quietos, todavía asimilando el espectáculo de un centenar de caballos salvajes corriendo al galope, aunque no advertimos que detrás de ellos corría media docena de leones.

—¡Cuidado, entremos en el edificio! —gritó Pericles.

Apenas habíamos cerrado las puertas cuando uno de los leones se acercó hasta nosotros y con sus garras arañó los cristales. Después nos enseñó sus fauces y rápidamente se incorporó a la persecución de los caballos.

Entonces volvimos a escuchar la música. Ascendiendo por las escaleras, animados por el agradable sonido, llegamos a la tercera planta y empujamos suavemente la puerta de la que provenía la música. Cruzamos por un pasillo, pasamos varias habitaciones acristaladas y llegamos hasta un gran salón amueblado con varias sillas, mesas y gigantescos cojines. Sobre una de las mesas había un aparato que nunca habíamos visto. Era plano, con un cristal y metálico. Estaba incrustado en otro aparato negro más grande. Aquello producía música. Nos acercamos para observarlos y entonces escuchamos una voz suave y melodiosa a nuestras espaldas. Empuñamos las armas, pero no estábamos ante un enemigo peligroso. Era un hombre muy anciano, tenía el rostro pálido y una melena blanca que le caía hasta la mitad de la espalda.

—Habéis llegado justo a tiempo —dijo el anciano.

Su aspecto era apacible y sereno, pero si no hubiera habido media docena de leones en la plaza de abajo, hubiéramos salido corriendo de aquel lugar mágico y misterioso.

10: Ciudad de Brillantes, 1 de hecatombeón de 2200

El anciano nos sonrió y todos nos relajamos de repente. Después se acercó al aparato y lo paró. La música cesó tan misteriosamente como había brotado de la tabla de cristal. Luego se dirigió a uno de los cojines gigantes y se sentó.

—Por favor, podéis acomodaros —dijo con un gesto con la mano—. Os he esperado durante mucho tiempo. Sabía que vendríais. Imagino que eso os extraña, pero nuestras vidas están escritas en un largo libro que se escribió hace mucho tiempo —comentó el anciano. Su acento no era tosco y seco como el de los espartanos, pero tampoco redundante y musical como el de los atenienses.

Nos sentamos cómodamente mientras el anciano se incorporaba hacia delante y juntaba las manos bajo su cara. Sus ojos eran azules, pero estaban vidriosos y blanquecinos.

—Ahora que veo tan poco, es cuando mejor veo. Muchas veces nuestros sentidos nos muestran lo superfluo, pero hay una luz en el corazón que únicamente puede ver el espíritu. ¿Creéis que es casualidad que dos pueblos enemigos se hagan amigos? ¿Qué la chica de pelo de fuego os trajera hasta aquí? ¿También lo es que su hermano pequeño viniera con ella?

En cuanto el anciano pronunció aquellas palabras sentí un escalofrío que me recorrió la espalda hasta llegarme a la nuca. Aquel hombre estaba hablando de mí.

—Cada vez que el mundo se encuentra en un callejón sin salida, entonces la Providencia actúa. Es como un director de teatro. Mientras el papel fluye a través de los personajes, permanece detrás de la tramoya. Silencioso, inquieto, aunque seguro de que sus actores sacarán la obra adelante, pero cuando escucha que uno titubea, allí está, avisando al apuntador para que vuelva a reconducir la obra —dijo el anciano.

—Disculpadme, noble anciano, pero no entendemos sus palabras. ¿Usted sabía

que vendríamos? Eso es imposible. Ni siquiera nosotros lo sabíamos —dijo Pericles.

—¿El futuro rey me dice eso? Ya os he dicho que todo está escrito —dijo el anciano, sonriendo de nuevo.

—No puede ser. ¿Cómo se puede predecir lo que harán los hombres? —preguntó Dracón rascándose la cabeza.

—Lo difícil no es predecir lo que harán los hombres. Por desgracia somos demasiado previsibles. Di a unos jóvenes que no atreviesen una frontera y ellos lo harán, porque la juventud consiste en explorar los caminos que otros anduvieron antes, aunque parezca siempre que son los primeros en recorrerlos —dijo el anciano.

Cuando logré recuperarme del susto, me agaché hacia delante y miré directamente a los ojos de nuestro interlocutor.

—Si quería que viniéramos, no se esforzó mucho por atraernos hasta usted —le comenté.

—¿Estás segura de eso? Fuiste tú la que me viste cerca de la ventana. Escuchasteis la música, pero como eso no fue suficiente, el destino trajo a los caballos y los leones, para que os decidierais a entrar. Yo ya lo sabía. Esta mañana cuando me desperté tuve una visión. En mi mente se dibujó un león con forma de caballo que corría cabalgado por una chica con el pelo rojo. La elegida para salvar el mundo de los griegos —dijo el anciano.

Si las primeras afirmaciones del desconocido me habían desconcertado, sus últimas palabras me abrumaron. ¿Elegida para qué? Yo era una chica de diecisiete años confusa, con la mente en mil cosas e intentando convencerme de que el amor era un problema más que una bendición.

—Vuestro mundo está en peligro. Durante casi doscientos años ha estado en equilibrio, pero ese equilibrio está roto. No se puede basar una sociedad sobre una mentira. Al final, la mentira termina por destruirlo todo. Los padres fundadores de vuestras dos ciudades rivales creían que la enemistad y el temor eran las mejores armas contra la curiosidad y la libertad, pero nadie puede frenar la curiosidad ni limitar la libertad eternamente —comentó el anciano.

—¿Cómo sabe todo eso? Usted es un ermitaño —comentó Damara.

—Una vez fui miembro del Consejo, heredero de las enseñanzas de Zeno, pero comprendí que nuestro mundo estaba condenado a extinguirse. ¿Cómo puede un mundo que esclaviza y domestica a los jóvenes conseguir prosperar? Las ruinas que nos rodean son testigos mudos de esta verdad. El hombre quiso crear un mundo de ancianos. Lograron vivir mucho tiempo y rodearse de máquinas, pero perdieron el sentido de la vida, querían ser eternos y robaron a los jóvenes su tiempo. Cuando ese mundo fue destruido todo comenzó de nuevo, pero los hombres prefirieron seguir robando su tiempo a los jóvenes —dijo el hombre de pelo blanco.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? Yo soy una simple chica.

—No, eres hija y nieta de una estirpe especial. La libertad no murió en el corazón de todos los hombres, unos pocos han conservado esa llama sagrada, mientras que el

resto obedece ciegamente, mata ciegamente y muere ciegamente —dijo. Después se puso en pie. Se acercó hasta un arcón y extrajo algo de él.

El brazo del anciano se extendió y dejó delante de mis ojos un hermoso collar que llevaba engastada una brillante esmeralda de gran tamaño.

—¿Es para mí? —pregunté incrédula.

—No es una joya cualquiera, es la señal para que nadie pueda hacerte daño. Dice el libro antiguo que un hombre fue marcado para que nadie lo matara. Ese hombre llevaba la marca de su maldad, pero la Providencia lo protegía. Ahora la Providencia te ha escogido por tu bondad, para devolver la esperanza a los hombres —dijo el anciano.

Guardé el collar en mi bolsillo con mucho cuidado.

—¿Encontraré a mi padre? —me atreví a preguntar, aunque temía una respuesta negativa.

—¿Salvarías el mundo aunque supieras que tu padre tiene que morir en el proceso? —preguntó el anciano.

Me quedé pensativa. ¿Qué era el mundo? ¿Un montón de extraños, de personas que pasaban por mi vida sin dejar huella? No, el mundo eran mis amigos, la panadera que cada día nos acerca el fruto de su trabajo con una sonrisa. El mundo era el cuidador de pájaros que les enseña a silbar canciones magníficas. Pero, mi padre... Él es mi propio yo materializado en una piel distinta. ¿Cómo podría dejarlo morir conscientemente?

—Sí, porque mi padre vive en mi hermano y en mí. Al salvar al mundo, lo salvaría también a él —contesté.

—Sabia respuesta. Vinisteis aquí para haceros con respuestas y vuestro corazón es el que responde por mis labios, pero a veces no se cumplen todos nuestros deseos. Id a Esparta, luchad por lo que es justo. Venced si la Providencia os lo permite y después regresad. Os esperaré con los brazos abiertos y os contaré el origen de todas las cosas. Aunque debo advertiros; el corazón de uno de vosotros no es limpio. Cuidaos de la traición, del orgullo y de la envidia —dijo el anciano.

—Esperamos encontrar la respuesta a todas nuestras preguntas —le dije.

El anciano se puso en pie, fue hasta un viejo armario de madera y extrajo una misteriosa arma. Era pequeña, tenía un mango y una punta perforada.

—Esta arma os ayudará si estáis en apuros. Tened cuidado con ella, su fuerza es la de un rayo —comentó el sabio. Después se la dio a Pericles.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó Pericles.

—Mi nombre es Oráculo —contestó el anciano.

Después de haber conocido al oráculo, sabíamos que no estábamos solos. A veces podemos sentir a nuestro lado el aliento de la Providencia susurrándonos al oído: «Tranquilos, todo saldrá bien».

11 : Camino a Esparta, 1 de hecatombeón de 2200

En cuanto nos fuimos de la casa del oráculo nos dimos cuenta de lo poco previsores que habíamos sido; nuestras provisiones comenzaban a escasear, aunque pensábamos llegar a Esparta antes de que anocheciera. Apenas habíamos dejado la plaza redonda y nos habíamos internado en el bosque cuando escuchamos los pasos de los soldados. Nos ocultamos en la maleza, intentando aguantar la respiración. Al poco tiempo pasó un pequeño escuadrón de soldados atenienses. No estábamos seguros de si nos buscaban a nosotros o si habían localizado el barco de nuestros amigos espartanos.

Después de esperar unos segundos nos dirigimos a toda velocidad hacia el río. Dos horas más tarde estábamos cerca del lugar en el que habíamos dejado el barco. Afortunadamente, Dracón había tenido la idea de esconderlo detrás de una gran roca para que pasara más desapercibido.

Cuando subimos a la roca, vimos que el barco seguía en el mismo lugar.

—Mi nave sigue intacta —comentó Dracón.

Escuchamos el silbido de varias flechas y nos refugiamos al otro lado de la roca. Levanté la cabeza y pude ver a los soldados atenienses que se dirigían hacia nosotros.

Nereida y Damara se quedaron con Pericles y comenzaron a disparar con sus arcos, mientras el resto nos refugiábamos en el barco.

—¡Subid a bordo! —gritó Dracón cuando la nave estuvo preparada.

Mientras Nereida y Damara se deslizaban por la roca hacia nuestra embarcación, Pericles tomó el arma que le había dado el oráculo, alargó los brazos y apretó la palanca pequeña que tenía en la parte baja. Se escuchó un estruendo, un poco de humo se escapó de la boca de la lanza y al mismo tiempo uno de los soldados cayó al suelo y comenzó a sangrar.

Los hombres de Atenas se quedaron paralizados ante la poderosa arma de

Pericles. Miraron sorprendidos al hombre herido y, tras recogerlo, escaparon aterrorizados. Mi amigo, que se había quedado petrificado tras el estruendo, logró reaccionar y dirigirse al barco.

Tras ponernos en marcha, no pudimos evitar preguntar a nuestro amigo qué había sucedido.

—Al parecer el arma que nos dio el oráculo es muy poderosa. En cuanto he apretado esta palanca, se ha escapado un rayo que ha herido a uno de los guerreros —resumió Pericles.

—Déjame ver eso —le pidió Dracón. Después tomó el arma con dos dedos y la examinó por todas partes—. Huele fatal y está caliente.

—No sé cómo funciona, pero puede que nos saque de algún apuro —comentó Pericles.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar a Esparta? —preguntó Leónidas.

—En una hora y media deberíamos estar allí, aunque depende del viento y las corrientes. Tampoco nos conviene llegar en pleno día, los soldados del puerto pueden desconfiar —comentó Dracón.

—Está bien —comentó Pericles—, será mejor que intentemos descansar. Nuestra misión en Esparta no será fácil.

Intentamos reposar un poco, aunque las emociones de los últimos días nos impedían relajarnos totalmente. Yo seguía dándole vueltas a la situación en la que se quedaba mi madre y, sobre todo, a cómo se encontraría mi padre. Los espartanos no eran amigos de hacer prisioneros, eran capaces de ejecutarlo secretamente. En el fondo, sabían que las autoridades de Atenas no harían mucho por recuperar a uno de los miembros de su Consejo, sobre todo si este era uno de los políticos más críticos de la ciudad.

Melancton se acercó a mí, parecía agotado. Se apoyó contra mi costado y se quedó dormido. No era normal que pudiéramos estar juntos sin que alguien nos reprendiera. Me gustó sentir su cabeza en mi regazo. Una de las peores cosas de Atenas era la sensación de soledad que te inundaba al no poder relacionarte con ninguno de tus seres queridos.

Cuando el barco llegó a la mitad del camino, el tiempo empeoró de repente. El sol desapareció tras unas amenazantes nubes negras y poco tiempo después se levantó un viento huracanado que comenzó a agitar la nave.

—Será mejor que os aferréis a alguna cosa. Este viento no es habitual —comentó Dracón, que estaba al timón.

Las velas estaban a punto de reventar. Si no las recogíamos a tiempo, podíamos quedarnos sin ellas. Ayudé a los espartanos a bajarlas y atarlas con cuerdas, mientras que el barco era zarandeado cada vez con más fuerza.

—Mirad —gritó Leónidas.

Una especie de remolino gigante se aproximaba a nuestra nave. Tenía tanta fuerza que levantaba el agua y parecía capaz de hacer lo mismo con nuestro barco. Cuando

estuvo encima de nosotros, la nave comenzó a girar sobre sí misma. Afortunadamente el remolino no llegó a situarse encima de la nave, pero su fuerza la escoró casi hasta volcarla. Pasados unos minutos, el oleaje se calmó y el torbellino comenzó a alejarse.

Cuando divisamos la costa de Esparta todos nos sentimos aliviados. Nunca había pensado que me tranquilizaría tanto ver territorio enemigo. Ninguno de los atenienses que íbamos en el barco habíamos pisado tierra espartana. No sabíamos qué íbamos a encontrar ni a qué nos enfrentábamos, pero ya no había marcha atrás. A veces tienes que enfrentarte a tu destino para conocer la fuerza interior que hay dentro de tu corazón.

12: Esparta, 1 de hecatombeón de 2200

Una de las cosas que he comprendido a lo largo del tiempo es que la mayoría de los humanos tenemos prejuicios y nos hacemos ideas equivocadas de las cosas. Cuando nos aproximamos al puerto de Esparta, lo primero que me impresionó fue la belleza de los edificios que se contemplaban desde aquel punto. Grandes templos, palacios y algún teatro, eran los edificios que más destacaban, pero en general, las calles de Esparta eran rectas y las casas comunes estaban en muy buen estado.

Dracón nos pidió que nos cambiáramos las ropas antes de bajar del barco, nuestras vestimentas atenienses nos delatarían en cuanto pisáramos tierra espartana.

La ropa de Esparta era muy sencilla y algo calurosa para la época del año en la que nos encontrábamos. Ellos tenían la idea de que cuanto más castigaras al cuerpo y lo acostumbraras a las inclemencias, más lo endurecerías para resistir las inevitables penurias de la vida.

—Pareces un noble espartano —bromeó Leónidas al ver a nuestro amigo Pericles con la túnica de lana gruesa y pesada, y con la capa sobre sus hombros.

—Quitaos las sandalias —dijo Alexandre.

—¿Las sandalias? ¿Pretendéis que vayamos descalzos? —preguntó Leónidas.

—Esa es nuestra costumbre —dijo Dracón.

—Pero nos pincharemos la planta de los pies —se quejó mi amigo.

Pericles se descalzó y lanzó las sandalias a un lado. Todos lo imitamos. Damara contempló sus hermosas sandalias de color blanco y me miró algo enfadada.

—¿También las mujeres van descalzas? —preguntó mi amiga, aunque sabía perfectamente la respuesta.

—Sí —dijo Nereida.

Damara miró los pies sucios y deformados de la chica. Después observó las uñas pintadas de sus pies perfectos.

—Me parecen costumbres salvajes —terminó por decir.

—¿Salvajes? Nosotros somos los que dominamos toda la zona de las ciudades-estado, vosotros sois poco más que esclavos. Nos pagáis tributo y cada año ofrecéis cien jóvenes para que los eduquemos. ¿Quiénes son los salvajes?

Damara frunció el ceño y cruzó los brazos. Algunas veces daba la impresión de que todos formábamos un grupo de amigos, pero ciertamente éramos muy diferentes.

—Los jóvenes en Esparta y en Atenas sufrimos las mismas cosas. Los adultos nos tratan como a esclavos, no tenemos ningún derecho hasta llegar a la mayoría de edad y vivimos hacinados en barracones como animales. Puede que haya algunas diferencias entre nosotros, pero es más lo que nos une que lo que nos separa. ¿De qué sirve la rivalidad entre nuestros dos pueblos? Lo que se consigue con eso es mantener el miedo y la desconfianza. Durante siglos nuestros gobernantes han usado el recelo para controlarnos, creo que ha llegado el momento de que todo esto termine. Es más fácil que vivamos pacíficamente y prosperemos con el comercio —dijo Pericles.

—Por ideas menos radicales que esas han lapidado a muchos espartanos —comentó Dracón.

—Sí, pero hay veces que es preferible morir dignamente que vivir como un esclavo —dijo Pericles.

En el fondo, todos estábamos de acuerdo con él, la vida para los jóvenes era muy dura. Muchos no llegaban a la edad adulta, otros se convertían en adultos resentidos que querían vengarse de todo lo que habían vivido, torturando a los jóvenes y olvidando cómo se habían sentido ellos en esa larga etapa de su vida.

Desembarcamos y caminamos torpemente por el puerto. El contacto de mis pies sobre el escurridizo suelo del puerto me transmitió una desagradable sensación de incomodidad. Las calles de Esparta estaban muy limpias, pero la reciente lluvia lo había encharcado todo, excepto las piedras que los habitantes colocaban al borde de las casas.

Esparta era una ciudad mucho más moderna que la nuestra. Apenas había edificios antiguos, la mayoría los habían construido los espartanos o, mejor dicho, los esclavos e ilotas de la ciudad.

Dracón no podía escondernos en los barracones en los que ellos vivían, pero conocía a una anciana señora que alquilaba habitaciones a comerciantes y diplomáticos de reinos pequeños que visitaban Esparta.

El grupo se dirigió a una de las zonas más pobres de la ciudad. Allí las casas eran todas de una planta, con las fachadas ennegrecidas y los tejados medio derruidos. Afortunadamente, la casa donde nos íbamos a hospedar estaba en perfecto estado.

—Salud, Castalia. Traemos a unos amigos para que los albergues en tu casa esta noche —dijo Dracón cuando se presentó ante la mujer.

—Gracias por acordaros de esta pobre viuda, en los tiempos que corren cualquier ayuda es muy necesaria —dijo la anciana.

Nos impresionó ver a una señora tan mayor. Estaba tan delgada y arrugada que daba la impresión que la piel le quedaba grande, como si la pobre hubiera

empequeñecido. Su cabello era casi completamente blanco, pero conservaba algún mechón rubio. Tenía el pelo recogido en un moño y llevaba la ropa de una mujer noble, pero totalmente raída y descolorida.

—Mañana volveremos a por ellos. Dadles de cenar, yo os pagaré todo lo que gasten —dijo Dracón a la anciana.

Nos metimos en la casa y Castalia nos enseñó nuestras habitaciones, después se fue a preparar la cena.

—Aquí es como en Atenas, se abandona a las viudas.

—Sí, Helena, las viudas y los huérfanos están condenados a morir, al igual que cualquier persona tullida o que se haya quedado minusválida. Nuestro Consejo es muy estricto al respecto, dice que son personas que cargan a la ciudad y por eso las deja morir —nos explicó Nereida.

—Nuestras ciudades tratan muy mal a los ancianos y a los jóvenes, una civilización tan cruel no puede sobrevivir mucho en el tiempo —sentencié.

—Son las costumbres de nuestros antepasados —dijo Dracón.

—Pues tendremos que cambiarlas —le contesté.

—La ley no se puede cambiar. Sin leyes viviríamos en el caos. La comida escasea en invierno, si mantenemos mil bocas inútiles, no podremos alimentar a los sanos y fuertes —dijo Dracón.

—Entonces, ¿por qué ayudas a esta anciana? —preguntó Damara.

Dracón agachó la cabeza, como si no quisiera que alguien leyera la respuesta en sus ojos, pero al final dijo:

—Es mi abuela, una de las mejores mujeres de Esparta.

—Tu abuela es importante para ti, pero todos tenemos una abuela, un primo o amigo que está en la misma situación. No podemos dejarlos morir de hambre —le comenté.

—¿Por qué nos ayudáis? ¿No es acaso porque queréis cambiar las cosas? —preguntó Leónidas.

Se hizo un silencio incómodo, pero al final Dracón se limitó a refunfuñar, mientras se dirigía a la puerta. Lo entendía perfectamente, a veces cuesta romper con lo que has aprendido de niño, aunque sea extremadamente cruel. Yo no estaba de acuerdo con todo lo que hacían nuestros pueblos. Eliminar a todas las personas incapaces, abandonar a los ancianos que no se podían valer por ellos mismos, dejar morir de hambre a las viudas o maltratar a los esclavos. Aquello no tenía nada que ver con la civilización, era barbarie y nadie podría convencerme de lo contrario.

13: Esparta, 2 de hecatombeón de 2200

Aquella noche tuve un sueño inquieto. La cama era más cómoda que la del barracón en el que vivía en Atenas y la cena que nos había preparado Castalia era exquisita. Sin duda había comido demasiado y aquello me había provocado pesadillas. Primero soñé con mi padre. Lo imaginaba encerrado en una oscura mazmorra custodiada por una especie de monstruo parecido al minotauro. Cuando intentábamos liberarlo, salían criaturas de todas partes que nos perseguían por túneles oscuros. No recordaba el final del sueño, pero sí que después la pesadilla había cambiado por completo. Me encontraba en Atenas, frente al gran templo de Artemisa. Las sacerdotisas llevaban a una mujer con un largo velo blanco entre ellas. Desfilaban al ritmo de lo panderos, mientras que unas jovencitas lanzaban pétalos de rosa al suelo. Entonces se pararon frente al altar, desvelaron el rostro de la mujer y pude ver las bellas facciones de mi madre. La gran sacerdotisa recitó el ritual, mientras las otras tumbaban a mi madre sobre el altar de mármol. La gran sacerdotisa gritó que era necesario que muriera una mujer para salvar a toda la ciudad. Yo corrí hasta ella para detenerla, pero la mujer sacó una daga y la levantó en alto. Justo en ese momento me desperté sobresaltada.

—¿Estás bien? —me preguntó Damara, que estaba tumbada a mi lado.

Yo estaba muda, sudando y con la cara pálida por el horror, durante unos segundos no supe si lo que había visto era real o fruto de un mal sueño.

—Estoy bien —acerté a decir—, únicamente he tenido una pesadilla.

Cuando salimos al patio central de la casa, comprobamos que estaba lloviendo. La vieja fuente central estaba anegada de agua y una de las siervas de Castalia tomaba agua en un cántaro para fregar el suelo de la casa.

Nos dirigimos al comedor. El mobiliario era muy sencillo. Una simple mesa baja, rodeada por media docena de cojines. Al entrar vimos a Leónidas comiendo a dos carrillos, mientras Pericles tomaba algo de leche de cabra.

—Sois unas dormilonas —comentó Pericles, mientras nos sentábamos.

En la mesa había un gran pan de centeno, mantequilla y queso de cabra. También leche y un poco de jamón. Empecé a comer con desgana, pero enseguida se me abrió el apetito.

—¿Crees que esos espartanos nos delatarán? —le preguntó Leónidas a nuestro amigo.

—Sería un poco extraño. ¿Por qué iban a arriesgarse a traernos hasta aquí para luego traicionarnos? Ellos sufren las mismas penurias que nosotros. Saben que algo huele mal en los Juegos de la Guerra. La realidad es que no importa quién gane cada año, los jóvenes siempre perdemos —concluyó Pericles.

—No deja de ser asombroso que en los últimos años no hayamos ganado ni una vez. Gracias a eso, los espartanos han ido imponiéndonos sus costumbres —le comenté.

—Es cierto, pero este año lo tienen muy difícil. Nosotros competiremos en los juegos —dijo Leónidas.

—¿Piensas que nos dejarán participar después de habernos escapado de Atenas? —preguntó, dudosa, Damara.

—Hemos venido a buscar al padre de Helena, que es un miembro del Consejo y un noble. Si lo encontramos y lo llevamos a Atenas, nos recibirán como a héroes —dijo Leónidas.

—No estoy tan seguro —comentó Pericles—. Muchos odian a Diácono, piensan que sus ideas liberales pueden conducirnos a una nueva guerra con Esparta.

—Mejor una guerra que vivir como sus siervos —contestó Leónidas.

Nos quedamos callados. La guerra siempre traía consecuencias terribles, como malas cosechas y plagas. Mi hermano se limitaba a comer sin participar en la conversación.

—Las guerras son más un problema que una solución —dijo Damara.

—Pues será mejor que intentemos pasar desapercibidos y encontremos a tu padre cuanto antes —dijo Pericles.

—Siento haberos metido en este embrollo.

—Estamos aquí para ayudarnos los unos a los otros. Tú hubieras hecho lo mismo en mi lugar —dijo Damara.

—Gracias, amiga —dije mientras la abrazaba.

Escuchamos unos pasos y segundos más tarde la imponente figura de Dracón se dibujó en la entrada.

—Atenienses, será mejor que nos pongamos en marcha —dijo.

Detrás de él aparecieron Nereida y Alexandre.

—La ciudad ya está despierta y tendremos que actuar con precaución. No debéis hablar bajo ningún concepto. Si nos preguntan, diremos que sois de las colonias y que no conocéis la ciudad —dijo Dracón.

—Está bien —convino Pericles.

Salimos de la casa y caminamos sobre el fango con aprensión. Cualquiera que se

hubiera quedado a observarnos cuidadosamente hubiera sabido enseguida que no éramos espartanos, pero en aquella bulliciosa ciudad cada uno iba a lo suyo.

Nos dirigimos a los baños, cerca del edificio del Consejo de Ancianos. Al parecer, aquel era el mejor lugar de Esparta para enterarse de las cosas que pasaban en la ciudad. En la entrada había un fresco chorro de agua en el que limpiarse los pies. En los vestuarios podíamos aprovisionarnos de paños de algodón y disfrutar de los baños calientes mientras intentábamos buscar información.

—Las chicas iréis juntas. Aquí está prohibido que hombres y mujeres se mezclen —dijo Dracón.

—¿Es normal que los jóvenes podáis acceder a los baños? —le pregunté extrañada.

—No es normal, pero hoy celebramos una de nuestras fiestas solemnes y por eso no trabajamos y podemos disfrutar de algunas comodidades —comentó Dracón.

Nos separamos de los chicos y nos dirigimos a la parte de las mujeres. Era más reducida que la de los hombres, a pesar de haber más mujeres aficionadas al baño. Recorrimos las tres salas, hasta que Nereida nos hizo un gesto para que entráramos en una de las grandes piscinas.

—¿Veis a esa mujer? Su nombre es Aricia, su marido es uno de los hombres más poderosos de Esparta, el general Vasilios. Todos lo temen, pero Aricia es una buena mujer que sufre los engaños de su esposo —nos informó Nereida.

Nos acercamos lentamente hasta la mujer, que se encontraba sola. Nos pusimos al lado y Nereida nos presentó.

—Me alegra conocer a gente de las colonias. Siempre vemos las mismas caras en esta aburrida ciudad —comentó Aricia.

—Mis amigas se quedarán hasta los juegos. Nunca han visto unos —comentó Nereida.

—Es un gran espectáculo, aunque es penoso ver cómo quedan algunos de los chicos que luchan, ya sabéis que según la ley de Esparta los tullidos o lisiados son abandonados a su suerte —comentó Aricia.

—Sí —contesté. Nereida me fulminó con la mirada.

—Este año serán unos grandes juegos. Los espartanos llevamos mucho tiempo sin perder uno solo —dijo Nereida.

—Es cierto. Espero que hagáis un buen papel. Hace años yo misma participé en los juegos, aunque no tuve que luchar con nadie hasta la muerte, pero fue muy duro —comentó Aricia.

—Parece que en Atenas muchos están nerviosos —tanteó Nereida.

—¿Nerviosos? ¿Acaso temen volver a perder este año? —preguntó Aricia.

—No, al parecer un legado ha desaparecido hace unos días en Esparta y los ciudadanos de Atenas reclaman a nuestra ciudad que se aclaren los hechos. ¿Qué se habrán creído? ¿Desde cuándo los atenienses nos amenazan con sus insidias? —dijo Nereida, intentando tirar de la lengua a la mujer.

Aricia se quedó callada, jugueteó un rato con el agua y, como si un pensamiento la asaltara de repente, dijo:

—Todos los días desaparece gente en las calles de Esparta, sobre todo desde que los ancianos se sienten en peligro. Algunos hablan de que los atenienses preparan una guerra secretamente. No me extrañaría que el legado desaparecido fuera un espía de nuestros enemigos —dijo la mujer.

Me sentí angustiada. Sabía que los espías terminaban todos lapidados o decapitados. Únicamente esperaba que mi padre no fuera acusado de traición.

—¿Dónde encarcelan a los traidores? —preguntó Nereida.

—No soy más que la mujer de un miembro del Consejo. ¿Por qué pensáis que sabría ese tipo de cosas? —preguntó Aricia.

—¿Porque las mujeres somos más astutas que los hombres? Mi madre, Vesna, es la mujer del juez Sofronio; pues ella sabe más de leyes que él —dijo Nereida en tono de broma.

Aricia comenzó a reír a carcajadas. Si había un lugar del mundo en el que las mujeres eran mal vistas y peor tratadas era en Esparta, pero, a pesar de todo, eran capaces de dominar a sus maridos y conseguir algunos privilegios. Muchas de ellas eran más inteligentes que sus esposos, pero ellos eran los que ostentaban el cargo.

—Vasilios, mi esposo, es un gran general, pero no tiene nada entre las cejas. Si no fuera por mí, nunca hubiera llegado a ser el hombre más importante de Esparta. Hace tiempo que le vengo comentando que los atenienses soportan demasiados tributos y que no consentirán pagar más impuestos. Le aconsejo que os deje más libertad a los jóvenes y que recuerde cómo se sentía cuando él era joven, pero es un verdadero cabezón. Si la cuerda se tensa, terminará por romperse —dijo Aricia.

—Gran verdad —comentó Nereida.

—Escuché el otro día mientras servía la cena a mi esposo y otros miembros del Consejo de Ancianos, que «el ateniense» estaba a buen recaudo y que hasta finalizar los juegos no se le juzgaría públicamente, para que no se armara mucho revuelo —comentó Aricia.

—Increíble, según las leyes no se puede detener a un ciudadano, aunque sea extranjero, sin un juicio —dijo Nereida.

—Las leyes no son iguales para todos, además, al parecer, este caso es un caso de Estado —comentó Aricia.

—Las mazmorras de la Casa del Pueblo son muy duras, seguro que ese ateniense aprenderá la lección —dijo Nereida.

—No está en la Casa del Pueblo. Este tipo de prisioneros siempre se encierra en el laberinto. Muy poca gente sabe orientarse por el subsuelo de Esparta, no hay lugar más seguro y sórdido para ocultar un secreto —dijo Aricia.

Cerré los ojos con una mezcla de alivio y terror. Aquella noche había soñado con un laberinto de túneles y ahora aquella mujer comentaba que mi padre estaba en un sitio similar. ¿Cómo lo encontraríamos en un lugar así? ¿Qué tipo de seres

custodiaban a los prisioneros?

El agua caliente logró relajar un poco mis músculos. Simplemente me apoyé en la pared de la piscina y respiré hondo. Llevaba mucho tiempo sin darme un baño caliente, pero aquel placer duró apenas unos segundos. Escuchamos un alboroto en el lado de los hombres. Salimos del agua y nos acercamos a ver qué sucedía. Cuatro soldados arrastraban fuera del agua a Pericles y Leónidas. Respiré aliviada al comprobar que mi hermano no estaba con ellos. Mientras, el jefe de los soldados le preguntaba a Dracón:

—¿Conocéis a estos jóvenes? Hay gente que ha comentado que entrasteis con ellos en los baños.

—No sabemos quiénes son. Es cierto que entraron a la par nuestra, pero no los hemos visto jamás —contestó Dracón.

—Son espías atenienses. Uno de los bañistas nos avisó al escucharlos hablar con acento de Atenas —dijo el soldado.

—Pues dadles su merecido castigo —dijo Dracón frunciendo el ceño.

Los soldados sacaron de los baños a mis dos amigos, mientras yo intentaba contener las lágrimas al otro lado de la cortina. ¿Cómo íbamos a rescatarlos a ellos también? ¿Podíamos confiar en los espartanos? ¿No serían ellos los que habían avisado a los soldados?

14: Esparta, 2 de hecatombeón de 2200

Las cosas no podían ir peor. Con Pericles y Leónidas encarcelados y mi hermano desaparecido, nuestra idea de entrar y salir rápidamente de Esparta sin ser reconocidos había fracasado. Las autoridades espartanas se pondrían en contacto con los atenienses. Seguramente exigirían explicaciones y después juzgarían y matarían a mis amigos, acusados de espionaje.

Nereida nos sacó discretamente de los baños y nos llevó hasta la casa de Castalia. Por el camino llovía furiosamente, por lo que cuando llegamos a la casa estábamos tiritando de frío. La viuda pidió a su sierva que nos diera unos paños y ropa seca. Media hora más tarde estábamos sentadas frente al fuego.

Castalia llegó con tazas calientes y nos obligó a beber un poco.

—Tranquilas, niñas. Desde el primer momento he sabido que erais atenienses. Soy vieja pero no tonta. No sé quién os dijo que podíais entrar en Esparta y salir de la ciudad sin ningún incidente, pero os mintió. Esta es una ciudad ocupada por los militares. Ellos controlan tanto la vida de la gente como el comercio, y ya no hay verdaderos ciudadanos, únicamente esclavos que los sirven, temerosos. Es triste, ya que los espartanos presumíamos de vivir en la única ciudad de todo el mundo en la que los ciudadanos eran completamente libres. No os negaré que vuestros amigos están en un serio aprieto. Ser acusados de espionaje es muy grave, pero os aseguro que hay una manera de liberarlos. Aunque asumiendo muchos riesgos —dijo la anciana.

—Mi hermano se ha perdido. Dracón y Alexandre lo están buscando por la ciudad. Nuestra situación es desesperada. Los dioses nos han abandonado —dijo entre lágrimas.

—Mi niña, la vida es difícil, yo misma fui en otro tiempo la mujer más reverenciada de Esparta y ahora vivo como una mendiga a las afueras de la ciudad. Nunca sabemos qué nos deparará el destino, pero la Providencia siempre cambia las

cosas para que se cumpla su divina voluntad. No es casualidad que llegarais a esta casa. Yo misma visité alguna vez las cárceles del laberinto. A pesar de ser la mujer más poderosa de la ciudad, uno de nuestros enemigos me acusó de ser una espía. Lo único que queríamos algunas mujeres era la paz entre las dos ciudades y el fin de los juegos. Los Juegos de la Guerra son un gran sufrimiento para las madres. Es muy duro ver a tus hijos morir en la arena cada año, por eso nos pusimos de acuerdo con mujeres principales de Atenas para terminar con ese bárbaro ritual, pero nos descubrieron —contó la anciana.

Ninguna de nosotras esperábamos que aquella apacible mujer fuera una heroína que había sufrido en prisión para terminar con los Juegos de la Guerra.

—¿Qué sucedió? ¿Por qué la soltaron? —preguntó Damara.

—Mi esposo entró en el laberinto y me sacó de allí. Nos condenaron a veinte años de destierro, por desgracia él murió antes de que se cumpliera el plazo y regresé sola. Querían volver a echarme por ser viuda, pero la ayuda de mi hijo y nieto me ha mantenido con vida —dijo la anciana.

Ahora entendía por qué nos había ayudado Dracón, su familia había sufrido las consecuencias de los Juegos de la Guerra y llevaba décadas luchando para que se abolieran.

—La Providencia no se cansa, por eso os envió a vosotros para terminar el trabajo que nosotros empezamos —concluyó la anciana.

En ese momento escuchamos la puerta de la calle y nos sobresaltamos. La anciana fue a ver quién era y regresó un par de minutos más tarde.

—Tu hermano no ha aparecido —dijo Dracón mientras se quitaba la capa empapada.

Me eché a llorar. Mi hermano no podía sobrevivir en una ciudad extraña, terminaría como esclavo o asesinado en los callejones de Esparta. Toda la culpa era mía, pensaba mientras Damara intentaba consolarme. Había llevado a todos mis amigos a una muerte segura.

15: Esparta, 2 de hecatombeón de 2200

No me levanté de la cama en toda la tarde. El miedo y el dolor me tenían paralizada. ¿Dónde se encontraba mi hermano? ¿Qué había sido de mi padre? ¿Cómo salvaríamos a mis amigos? Todo mi mundo se tambaleaba y ya no me importaban los Juegos de la Guerra, tampoco la suerte de Atenas o Esparta, lo que realmente me preocupaba era lo que le sucedería a la gente a la que yo quería, pero ese era uno de mis mayores errores. A veces creemos que lo que pasa a nuestro alrededor no nos afecta... Lo que hagan los ciudadanos o qué leyes tengan, la forma de vivir de una ciudad... Pero todos somos pequeñas piezas de un gran engranaje, si este falla, todos sufriremos.

Damara intentó animarme pero no se lo puse fácil. Necesitaba desahogarme, tocar fondo y cansarme de autocompadecerme. Sabía que al final me levantaría y lucharía, por mis venas corría sangre de valientes. Mi padre era un valiente, mi madre una de las mujeres más respetadas de mi ciudad y mi hermano, a pesar de lo cascarrabias que podía ser en ocasiones y de las preocupaciones que me daba, también era un valiente.

Me levanté justo cuando oscurecía. Dracón y sus amigos estaban sentados en el comedor con Damara.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó mi amiga.

—Bien, creo que lo mejor que puedo hacer es luchar. Hemos venido hasta aquí justamente para eso —le contesté.

—Nosotros no estamos tan seguros de querer continuar con todo esto. Si a vosotros os acusan de ser espías, a nosotros nos colgarán por traidores. Sería una deshonra para mi padre —dijo Dracón.

Sus amigos se limitaron a agachar la cabeza.

—Lo entiendo. Nosotros tenemos que arreglar esto. Por mí no os preocupéis —le dije enfadada al espartano.

Castalia entró en el salón justo en ese momento. Miró a su nieto y le dijo:

—El valor no se demuestra obedeciendo las leyes cuando estas son injustas, el verdadero valor está en denunciarlo, aunque la mayoría de la gente las acepte. Puede que tu padre quiera vivir como un espartano, olvidándose de que el verdadero espíritu de Esparta se ha perdido, pero tú debes luchar por lo que crees.

Dracón miró a su abuela, era una mujer fuerte y decidida a pesar de la edad. Él apenas era un muchacho, como todos nosotros. Tal vez le estaba pidiendo demasiado, puede que todos nosotros estuviéramos exigiéndonos mucho a nosotros mismos.

—Lucharemos por nuestros amigos —dijo al final Alexandre.

Dracón lo miró, pero no dijo nada. Salió al patio lluvioso y se quedó bajo el aguacero un rato. Cuando regresó, empapado, al salón, nos miró con sus grandes ojos y nos dijo:

—Iremos esta noche a por tus amigos, puede que con un poco de suerte esté también allí tu padre. Aunque no quiero que olvides que hago esto por Esparta, no por vosotros. Quiero que mi ciudad vuelva a ser un lugar de libertad, por eso lucho.

La Providencia nos había unido para pelear juntos contra algo que se cernía sobre nuestras ciudades, un poder maléfico que era mucho más grande que Esparta y Atenas.

16: Esparta, 2 de hecatombeón de 2200

La noche era muy oscura y no había dejado de llover ni un instante. Caminamos bajo el aguacero casi en solitario. Todo el mundo se había refugiado en sus casas o en las tabernas de la ciudad. Nosotros avanzábamos velozmente, intentando tardar el mínimo tiempo posible entre la casa de Castalia y la entrada al laberinto.

Al parecer nadie sabía quién había construido el laberinto. Algunas antiguas leyendas hablaban de que, antes de que existieran Atenas y Esparta, vivían unos infrahombres en el subsuelo, mitad seres humanos y mitad monstruos. Los espartanos habían intentado explorar ese mundo, pero muy pocas expediciones habían sobrevivido. Únicamente una parte de esos túneles era conocida y allí los espartanos habían construido la cárcel más oscura que existía en el mundo civilizado.

Cuando llegamos a la Boca del Diablo, que era como llamaban a la entrada al laberinto, estábamos empapados y tiritando de frío. Una gran verja custodiaba la entrada junto a dos centinelas, que a pesar de la lluvia se mantenían firmes frente a la puerta.

—Yo me encargaré de los vigilantes —comentó Dracón—. Vosotros entrad rápidamente. Mi abuela nos ha explicado cómo entrar y salir, pero si nos equivocamos y nos internamos en el laberinto, puede que ya no regresemos jamás.

Dracón salió de la esquina en la que nos habíamos ocultado y se aproximó a los dos soldados. Sus movimientos fueron tan rápidos que apenas nos dimos cuenta de cómo se deshizo de los dos guardias, que unos segundos más tarde estaban inconscientes en el suelo.

Alexandre lo ayudó a atar a los soldados y esconderlos detrás de unos matojos. Después abrimos la verja y entramos. El túnel era una especie de pared con un gigantesco arco adornado. En la parte alta había una guirnalda y algo escrito en un idioma desconocido para mí.

Nereida encendió los faroles y con la poca luz que proyectaban hacia la

misteriosa garganta del laberinto, entramos en las mismas entrañas del Diablo.

17: Esparta, 2 de hecatombeón de 2200

Estábamos acostumbrados a caminar por túneles. En Atenas éramos los encargados de las cloacas, pero aquel era el lugar más tétrico en el que había entrado nunca. En las paredes de roca había algunas antorchas encendidas, pero que apenas iluminaban el gigantesco túnel. El color de la piedra era negro como el carbón y había un fuerte olor que no sabía identificar, pero que era nauseabundo.

Nos dirigimos al interior de la caverna y en la primera bifurcación nos decantamos por el camino de la derecha, como nos había indicado la abuela de Dracón. Caminamos media hora por un túnel algo más pequeño, pero anegado de agua hasta los tobillos. Temíamos que pudiera haber serpientes, ratas y otros animales pequeños, pero no dejamos de caminar. Sabíamos que debíamos mantenernos en el túnel principal y no desviarnos por ninguna de las entradas laterales que aparecían constantemente. Una hora más tarde llegamos a una especie de gran bóveda. Era tan inmensa que se perdía la vista y nuestros pasos sonaban con un fuerte eco.

—Según las indicaciones de mi abuela, tenemos que pegarnos a la pared norte, al final están las cárceles —dijo Dracón.

Instintivamente apreté con la mano la lanza de fuego de Pericles. Por alguna razón no la había llevado a los baños y ahora la portaba yo, aunque no sabía si me atrevería a ponerla en funcionamiento.

Cuando llegamos a la pared norte, comenzábamos a perder las fuerzas, el frío nos había calado los huesos y sentíamos cosas que intentaban subirnos por las piernas. Tras quince minutos bordeando la pared vimos unas gigantescas jaulas suspendidas en el vacío. Corrimos hasta ellas. Estaban a una considerable altura, posiblemente a cuatro o cinco metros. Las sujetaban unas cuerdas muy gruesas, ancladas a la pared.

—¿Estáis bien? —pregunté sin poder evitar cerciorarme de que se encontraban en buen estado.

—¿Helena, eres tú? —preguntó una voz que enseguida reconocí.

—Sí, hemos venido a por vosotros.

—Cuidado con los minotauros —me dijo con la voz ronca Pericles.

Nos miramos sorprendidos unos a otros. ¿A qué minotauros se refería? Las leyendas hablaban de unos seres mitad hombre, mitad toro, pero eso era imposible, pensé. Escuchamos pasos al final del túnel. Algo se acercaba rápidamente hacia nosotros y parecía una manada de búfalos desbocados.

18: Esparta, 2 de hecatombeón de 2200

—¿Qué es eso? —preguntó Alexandre.

Todos corrimos hacia la pared e intentamos subirnos a algún sitio. Damara no lograba escalar por la roca y me bajé para ayudarla. Cuando conseguimos ascender algo más de un par de metros miramos a la negrura, pero no vimos nada, únicamente los bufidos y golpes de pezuñas en el suelo encharcado.

Al final escuchamos algo que se aproximaba, y, cuando estuvo muy cerca, Nereida lanzó una de las linternas de aceite y por unos segundos vimos lo que parecía un hombre deforme, más que un animal mitológico.

A veces, cuando ponemos cara a nuestros temores estos no desaparecen, pero al menos sabemos a qué nos enfrentamos. Fuera lo que fuera esa cosa, tendría algún tipo de debilidad. Lo que desconocíamos era de cuántos monstruos se trataba.

—Creo que son una media docena —gritó Pericles desde la jaula, como si me hubiera leído el pensamiento.

Los minotauros gruñeron y se acercaron más a la pared de roca. Entonces pudimos verlos a todos de cerca. Su aspecto era grotesco y monstruoso, pero no eran mitad toro y hombre, simplemente eran humanos deformes de ojos rojizos y fuerte musculatura.

Damara extrajo una de sus flechas y disparó. Alcanzó a uno de los minotauros, que empezó a quejarse mientras intentaba sacar la flecha de su hombro. Nereida comenzó a disparar su arco y los seres se alejaron hacia la oscuridad.

—Tenemos que bajar las jaulas mientras los mantenemos a raya con las flechas —comentó Dracón.

Saltamos al suelo y nos dirigimos hasta las sogas. Mientras Alexandre y yo las cortábamos, Dracón y nuestras amigas intentaban impedir que los minotauros se acercaran.

—Es muy gruesa —dije mientras intentaba cortar la gordísima cuerda.

—No la cortes del todo, la jaula caerá de golpe y puedes hacerles daño —dijo Alexandre.

Desgraciadamente, ya había terminado de cortar la soga. Me aferré a ella, pero me levantó y la jaula comenzó a caer a toda velocidad. Alexandre dio un salto y se colgó conmigo, después Dracón, logrando frenar en parte el impacto.

Una de las jaulas cayó al suelo. Nos acercamos con cautela, rodeados de las dos arqueras, pero cuando miramos dentro únicamente vimos un par de esqueletos vestidos con túnicas espartanas.

—¡Estamos aquí arriba todavía! —gritaron nuestros amigos sacudiendo la estructura.

Las cuerdas, medio cortadas, se quedaron en poco más de un hilo, pero cuando intentamos correr hacia ellas fue demasiado tarde, la jaula se precipitaba hacia el suelo.

Dracón y Alexandre se lanzaron al aire y se aferraron a la soga, pero la jaula bajaba a tal velocidad, que los lanzó hacia arriba, haciéndolos impactar contra la pared.

La caja de metal chocó contra el suelo en medio de un gran estruendo. Mientras Dracón y Alexandre se levantaban del suelo, nosotros nos dirigimos hasta la estructura enrejada. Pericles y Leónidas estaban dentro, muy magullados, pero vivos. Los sacamos de la jaula y nos reunimos con el resto, pero cuando quisimos darnos cuenta, la media docena de minotauros se había convertido en medio centenar. Estábamos perdidos. Era imposible abatir a todos esos monstruos.

19: Esparta, 2 de hecatombeón de 2200

Los minotauros se abalanzaron sobre nosotros. Damara y Nereida derribaron a dos o tres con sus flechas, pero eso no los detuvo. Pericles tomó uno de los barrotes rotos de la jaula como maza y el resto nos defendimos como pudimos. Tras quince minutos de lucha, estaba claro que no resistiríamos mucho, pero aún nos quedaba una esperanza.

Uno de los minotauros se puso a luchar contra mí, llevaba una rudimentaria hacha de piedra, pero con un golpe certero me hubiera hundido el cráneo. Entonces noté que algo se me había caído al suelo, eso me entretuvo, y el minotauro me golpeó la mano y solté mi xifos.

—¡Maldita sea! —grité mientras intentaba encontrarlo en el agua sucia.

En ese momento mis dedos chocaron con otra cosa, era la lanza de fuego. La levanté y apunté al minotauro, este me observó con curiosidad. Apreté la palanca y el trueno salió de la punta, en medio de un tremendo estruendo amplificado por la inmensa bóveda. El ruido y el fogonazo espantaron a los minotauros, que al instante huyeron despavoridos.

Aprovechamos para correr hacia la salida. No importaban el agotamiento ni las heridas. El miedo nos impulsaba con una fuerza inimaginable. Tras media hora corriendo nos detuvimos en uno de los túneles.

—Creo que nos hemos perdido —dijo Dracón.

—Es imposible, no hemos tomado ninguna de las galerías laterales —contestó Alexandre.

—Sí, pero corrimos en dirección contraria —dijo Dracón.

—Demos la vuelta, podemos desandar lo recorrido hasta ahora —comentó Nereida.

—El problema es que allí nos esperan todos esos minotauros y puede que ya no les impresione de igual manera nuestra lanza de fuego —dijo Dracón.

No sabíamos qué hacer, algunos preferían regresar y otros seguir los túneles para ver adónde nos conducían.

—Tiene razón Dracón, no podemos volver. Tenemos que seguir la pared norte, nos llevará hacia el oeste y nos alejará del río; en alguna parte debe de haber otra salida —propuso Pericles.

Caminamos durante muchas horas, pero lo único que notamos fue que la galería descendía en lugar de subir a la superficie. Nuestras fuerzas comenzaron a flaquear y el combustible de las lámparas estaba a punto de terminarse, y sin luz seríamos incapaces de encontrar la salida.

Dracón caminaba el primero, y aunque estaba tan perdido como el resto, intentaba disimular haciendo que sabía adónde se dirigía. Tras otra hora de camino, llegamos a una pared, en ella había una pequeña puerta de hierro cerrada y dos galerías laterales.

—Creo que es mejor que veamos qué hay al otro lado —dijo Dracón.

Los chicos golpearon la puerta con el hacha hasta que lograron arrancarla de cuajo. Dracón acercó una de las lámparas y miró a ambos lados. Después se giró y nos dijo:

—Parece un túnel con ladrillos. No sé adónde se dirige, pero es mejor que continuar en este laberinto.

Todos lo seguimos con la fe ciega del que se aferra al último rayo de esperanza, antes de que la oscuridad lo cubra todo.

20: Esparta, 2 de hecatombeón de 2200

El túnel era mucho más bajo que la galería, no sabíamos lo largo que podía ser, aunque sin duda al final encontraríamos una salida. El problema era que nuestras lámparas se agotaban y sería muy difícil recorrer kilómetros tanteando las paredes hasta llegar al exterior.

La primera de las lámparas se apagó justo en el momento en el que Pericles nos advertía que había encontrado lo que parecían unos escalones de hierro incrustados a la pared. Comenzamos la ascensión, que duró apenas diez minutos, pero que a mí se me hizo eterna. Tenía todo el cuerpo dolorido, los brazos y las piernas cansados, no sabía cuánto tiempo más podría aguantar.

El primero en llegar a la superficie y empujar una gran tapa de metal fue Dracón. Era pleno día, y a pesar de las nubes, la luz nos cegó. Uno a uno, salimos todos del agujero y nos tumbamos sobre el fango, respirando el aire puro de la superficie.

—¿Dónde estamos? —preguntó Leónidas cuando se sentó en el suelo.

—No lo sé —reconoció Dracón. Llevábamos tantas horas caminando que habíamos salido de los límites de la ciudad—. Seguramente al norte de Esparta. A esta zona la llamamos Unión, está a unos diez kilómetros de la ciudad.

—¿Tenemos que andar diez kilómetros? —pregunté desesperada.

—Sí, me temo que no queda más remedio —dijo Dracón.

Nos pusimos en marcha. No sabíamos qué hora era, pero ya había pasado el mediodía, o eso me advertía mi hambriento estómago.

Bordeamos el río durante dos horas antes de ver Esparta a lo lejos. La muralla rodeaba la ciudad y nos ocultaba en cierta medida, pero con nuestro aspecto no tardaríamos mucho en ser detenidos por los soldados.

—Esperaremos a que anochezca, sé cómo entrar en la ciudad sin ser descubiertos —dijo Dracón.

Nos sentamos a esperar a que se pusiera el sol. Después nos acercamos a una de

las zonas más próximas al río. Tuvimos que lanzarnos al agua y nadar un par de kilómetros para llegar al puerto. Cuando por fin pisamos tierra firme, temblábamos de frío y estábamos agotados.

—Será mejor que vayamos a mi barco a por ropa limpia y algo de comida. Con esta mugre levantaremos sospechas —dijo Dracón.

Afortunadamente los marineros no parecían mucho más aseados que nosotros. Cruzamos el puerto en varios grupos y entramos en el barco. Los chicos nos dejaron que nos aseáramos y vistiéramos primero, después lo hicieron ellos. Comimos algo de pan en la cubierta y notamos que nuestras fuerzas volvían poco a poco.

Un ruido nos alertó a todos. Pericles se acercó a uno de los inmensos cofres del interior del barco.

—Silencio —nos dijo. Todos estábamos detrás de él con nuestras armas preparadas.

Abrió la tapa del cofre y todos miramos en el interior. Primero vimos unos ojos entre las sombras, después sacó toda la cabeza y sonrió.

Melancton nos miró con sus ojos picarones y yo me lancé a sus brazos.

—Qué susto nos has dado. Temía no volver a verte nunca más —le dije mientras dos lágrimas surcaban mis mejillas.

—Hermanita, no pensarías que te iba dejar disfrutar esta aventura sola... —contestó.

Mientras los demás nos observaban, me sentí muy agradecida. Al menos estábamos de nuevo todos juntos. Aunque la esperanza de ver a mi padre con vida cada vez se alejaba más, no dejaría de intentarlo. Lo haría por mi madre, pero también por todos los atenienses y espartanos que merecían saber la verdad, aunque no les gustara escucharla.

Segunda Parte

Punta del Este

21: Esparta, 3 de hecatombeón de 2200

Castalia nos esperaba con los brazos abiertos. Toda la noche había estado preocupada por lo que nos pudiera suceder. Enseguida nos acomodamos y, cuando la sierva de la anciana regresó al salón con el guiso de carne, nuestro olfato nos avisó de lo que estaba por venir. Comimos con avidez, casi sin cruzar palabra, hasta que se terminó la fuente. Después mi hermano nos contó su pequeña aventura.

—Cuando los soldados llegaron a los baños, yo estaba en una de las piscinas próximas. No aguantaba el calor de la otra y me dije que me vendría bien refrescarme un poco. Entonces los soldados os apresaron y yo disimuladamente salí por la parte de atrás. Llovía y no tenía ropa, únicamente conservaba el paño de algodón que había cogido en el vestuario. Caminé bajo la lluvia hasta que vi en una casa ropa tendida. Escalé un muro y me vestí rápidamente. Como llovía, la ropa estaba empapada, pero no me importó. Regresé a la puerta de los baños para ver qué había sucedido al final. Esperaba que al menos mi hermana y las chicas no hubieran sido detenidas, pero encontré los baños cerrados. Entonces pensé ir a casa de Castalia, pero con la lluvia todas las calles me parecían iguales...

—¿Cómo acabaste en el puerto? —le preguntó Pericles.

—Fue por casualidad. Me acerqué a un mercadillo en el que se vendía todo tipo de comida y ropa. Robé, no me quedaba más remedio, un par de peras, pero el dueño del puesto me pilló y comenzó a gritar. Salí corriendo, y un hombre me puso la zancadilla y caí de bruces al suelo. El hombre me levantó con una sola mano y me preguntó qué hacía en Esparta y por qué estaba robando. Le contesté que estaba perdido, que no sabía dónde estaba mi familia. Justo antes de que llegara el vendedor, el desconocido me escondió detrás de él y esperó a que pasaran mis perseguidores...

—¿Quién era? ¿Cómo se llamaba? —le pregunté.

—No me lo dijo, pero su acento no parecía de Esparta —dijo mi hermano.

—¿Qué pasó después? —preguntó Pericles.

—El hombre me soltó y me dijo que si necesitaba algo de él podría encontrarlo en la posada Unicornio, cerca del puerto. Aquello me hizo pensar. Le pregunté dónde estaba el puerto y él me acompañó hasta allí, entonces vi el barco y me senté a esperar. Pensé que tarde o temprano apareceríais por aquí —afirmó mi hermano.

—Fue una excelente idea —añadió Dracón.

Alguien llamó a la puerta de la casa y Castalia nos pidió que permaneciéramos en silencio. Después cerró la doble puerta del salón y se fue a ver quién era.

Escuchamos voces por el patio y después en una de las cámaras cercanas. No pude evitar ponerme en pie, Pericles me hizo un gesto para que me sentase, pero aproximé mi oído a la pared. Al principio lo único que noté fue la vibración de las voces a lo lejos y el frío húmedo de la argamasa de la pared, pero después escuché parte de la conversación.

—¿Has visto a Dracón? —preguntó la voz.

—No, ayer pasó por aquí, pero hoy no lo he visto.

—Lleva varios días desapareciendo y volviendo a aparecer por la noche. Ayer lo vieron con unos espías atenienses en los baños. Espero que no esté tramando nada raro. La lealtad de nuestra familia ha estado mucho tiempo en entredicho y, ahora que me he ganado el respeto de nuestros conciudadanos espartanos, no quiero que mi hijo lo eche todo a perder.

—Tu hijo es igual que su noble abuelo. Una persona inquieta y extremadamente justa. El verdadero honor de nuestra familia es el amor a la verdad, no los honores que puedan darnos los hombres.

—Madre, ya hemos hablado de esto varias veces. Me ha costado muchos favores escalar hasta la jefatura del Consejo de Ancianos, ha resultado tan caro como difícil que mis iguales olvidaran vuestra traición. Ahora soy el hombre más respetado de nuestro clan, y te digo que las tradiciones están para cumplirse. Nosotros provenimos del norte, somos un pueblo fuerte. Los ilotas eran los miserables restos de una civilización antigua, al igual que los atenienses. Su debilidad trajo todas las desgracias del mundo.

—¿También es necesario que nuestros jóvenes se maten en los Juegos de la Guerra?

—Es preferible que unos pocos mueran por todos —contestó el hombre.

—Los nobles están corrompidos, los ciudadanos han perdido sus derechos. La riqueza y la suntuosidad son una enfermedad que se extiende por Esparta, pero tú lo único que quieres son honores y más poder. El poder solo debería utilizarse para cambiar las cosas, pero tú lo utilizas en tu provecho —dijo Castalia.

—Te he protegido, mantengo esta casa, otras viudas se conforman con morir en silencio, pero el Consejo me presiona, está harto de tus quejas.

—Que me secuestren y maten como hacen con otros, como con ese legado ateniense...

—¿Qué sabes tú de eso, madre? ¿Esos chicos vinieron por el legado? —preguntó

el hombre.

—Eso puede desatar una guerra —le dijo Castalia.

—Los atenienses nos tienen demasiado miedo para comenzar una guerra. Ese legado metió sus narices donde no debía y tendrá que pagar por ello —dijo el hombre.

—¿Está vivo?

—No somos bárbaros, madre, tendrá su juicio, pero después de los Juegos de la Guerra. Es un espía y no podemos consentir que nuestros enemigos nos manden espías.

—¿Dónde está ese desgraciado? —preguntó Castalia.

—¿Por qué tanto interés por ese espía? Está a buen recaudo en la ciudad originaria de nuestros ancestros —dijo el hombre.

—¿El prisionero está río arriba, en Punta del Este? —preguntó asombrada la anciana.

—Sí, hasta que pasen los juegos es preferible que esté lejos, quedan pocos días para que den comienzo, lo mejor es asegurarse de que está a buen recaudo. Cuando los ganemos, ya lo traeremos de vuelta para juzgarlo —dijo el hombre.

—¿Por qué enviarlo a la tierra de nuestros ancestros? —preguntó Castalia.

—Allí nadie lo encontrará, desde hace años tenemos una guarnición, tenemos que estar protegidos de los pueblos del interior y debemos de guardar el secreto de nuestro origen —dijo el hombre.

Sin darme cuenta, golpeé uno de los platos con el pie y el ruido hizo que en la otra habitación se produjera el silencio.

—¿No estabas sola?

—Será la sierva. Está recogiendo los platos de la cena —contestó Castalia.

El hombre se despidió y salió de nuevo al patio. Sus pisadas se detuvieron unos instantes frente a nuestra puerta, como si intentara escuchar qué había al otro lado, pero al final reanudó su camino hasta la salida.

Castalia entró poco después en el salón. Se la veía agotada. El esfuerzo por sacar información a su hijo y protegernos la había dejado sin fuerzas.

—No sé si habéis escuchado algo de la conversación, pero mi hijo Thanos, el padre de Dracón, me ha comentado que os están buscando por toda la ciudad. Tu padre, Helena, está en Punta del Este, río arriba, el lugar del que proceden nuestros ancestros. Él debe saber algo que el Consejo de Ancianos de Esparta quiere que se oculte al menos hasta después de los Juegos de la Guerra —dijo Castalia.

—Tenemos que irnos lo antes posible —dijo Dracón.

—Ya habéis hecho suficiente por nosotros, no queremos meteros en más problemas —contestó Pericles.

—¿Problemas? Creo que ya no hay solución. Os llevaremos hasta Punta del Este —dijo Dracón.

—Gracias por vuestra ayuda —dijo Leónidas.

—No podemos dejar de ayudarlos hasta que sepamos qué ha descubierto tu padre acerca de los Juegos de la Guerra —comentó Dracón.

Castalia se aproximó a la mesa y con el tono suave y dulce de su voz nos dijo:

—Tened cuidado. Punta del Este se encuentra a dos días en barco, la mayoría de los espartanos ya no viajan nunca tan al norte. El mundo se hace cada vez más peligroso.

Las palabras de Castalia me produjeron un gran desasosiego, estaba deseosa de volver a ver a mi padre, y el hecho de saber que estaba vivo me alegraba mucho, pero eso no impedía que temiera por nuestra suerte. Cruzar la frontera se había convertido en un juego muy arriesgado.

22: Camino a Punta del Este, 4 de hecatombeón de 2200

Salimos de la casa de Castalia justo a medianoche. Las calles estaban desiertas y la lluvia continuaba empapándolo todo. La anciana nos había proporcionado provisiones extra y un pequeño mapa dibujado en una piel de cabra. Ella había estado una vez en Punta del Este, después de sufrir el exilio junto a su marido. Alexandre y mi hermano llevaban un carro de mano con todas las provisiones, nosotros cargábamos varias armas que Dracón había traído de casa de su padre y Nereida abría el camino con una lámpara de aceite.

Cuando llegamos al puerto no vimos nada extraño, todo parecía en calma. Nos aproximamos al barco y metimos la carga. Después Dracón y sus amigos prepararon las velas. El viento soplaba con fuerza, lo que nos ayudaría a alejarnos rápidamente de Esparta. Por lo menos, antes de que las autoridades advirtieran la desaparición del barco.

Mientras terminábamos los preparativos, una luz comenzó a acercarse hacia nosotros.

—Escondeos en la bodega —dijo Dracón cuando vimos que era la guardia nocturna.

Nos metimos rápidamente en nuestro escondite, justo antes de que los soldados se detuvieran frente al barco.

—¿Adónde vais en plena noche? No es bueno navegar en mitad de la oscuridad, y menos con esta tormenta —dijo el oficial de la guardia.

—Tenéis razón, pero nuestra misión es vigilar el río. Al parecer unos fugitivos han robado un navío y tenemos que perseguirlos —dijo Dracón.

—Sabemos de unos fugitivos en la ciudad, pero nadie nos ha informado de que hayan robado un barco ni que una patrulla saldría a buscarlos —comentó el oficial.

—Soy Dracón, hijo de Thanos, no podemos perder más tiempo. Los enemigos de Esparta están escapando —dijo nuestro amigo muy serio.

El oficial titubeó por unos instantes. No podía pedir la confirmación de la orden del barco a aquellas horas de la madrugada, pero también tenía órdenes estrictas de no dejar que ningún barco zarpara por la noche.

—Revisaremos el barco y podréis partir —dijo el oficial.

Aquello complicaba nuestra salida. No me había dado tiempo a ver cuántos soldados componían la guardia, pero por pocos que fueran, armaríamos un buen jaleo y eso alertaría a las autoridades del puerto.

—¿El barco de Thanos, el jefe del Consejo de Ancianos? ¿Quién os creéis que sois, oficial? Este barco no es un cascarón de comerciantes del sur o la nave de un colono. No os dejaré subir a bordo.

El oficial frunció el ceño y echó mano a la empuñadura de su espada, los soldados se pusieron en posición de ataque. Entonces tres silbidos surcaron la noche y los soldados cayeron al suelo, fulminados.

—Soltad amarras —dijo Dracón.

El barco se alejó a toda velocidad del puerto, el viento soplaba con mucha fuerza y la lluvia continuaba empapándonos el rostro. Por unos instantes nos olvidamos de las incertidumbres del viaje, del cansancio y el temor. Estábamos nosotros y el poderoso río. El bamboleo del agua terminó por adormilarme y, cuando abrí de nuevo los ojos, un resplandeciente amanecer comenzaba a cubrir de luz el mundo.

23: Camino a Punta del Este, 4 de hecatombeón de 2200

Sentir el sol calentando tus huesos después de estar con la ropa calada durante días es el regalo más gratificante que nos pueden dar los dioses. No había navegado mucho durante mi vida, pero aquel hermoso barco parecía volar sobre las caudalosas aguas del río. A mi lado se encontraba Damara, que, como yo, estaba tumbada al sol; los chicos jugaban a las tabas, un entretenimiento aburrido con el que podían pasar horas. Alexandre manejaba el timón. Llevábamos más de doce horas de viaje y no habíamos visto ninguna nave que nos persiguiera. Seguramente una ventaja de toda una noche era suficiente para escapar de los espartanos, aunque no descartábamos que enviaran un barco en nuestra búsqueda.

Ir tan al norte era un gran riesgo. En primer lugar, el río era más estrecho y bajaba con más fuerza. En las últimas semanas se estaba produciendo el deshielo de las montañas y no era muy recomendable ir río arriba. Todo el mundo hablaba de monstruos y otros peligros, pero ya habíamos escuchado antes esas leyendas. Era más fácil atemorizar a la gente que contarles la verdad.

No podíamos perder mucho tiempo al otro lado de la frontera, la fecha señalada se acercaba poco a poco.

Los Juegos de la Guerra tendrían lugar en breve, y el día previo a su inauguración era la fecha límite para denunciar cualquier anomalía. El primer día de los Juegos de la Guerra estaba consagrado a los festejos y el lucimiento de todos los competidores. Además de la franja de edad, en las normas de los juegos había diversos criterios para seleccionar a los participantes. Uno era que los jugadores debían pertenecer a la nobleza, y no tener ninguna tara física. Otro de los requisitos era que los participantes sirvieran a Zeus, el padre de los dioses. Los Juegos de la Guerra tenían un marcado sentido religioso. Algunos puristas comentaban que en los primeros juegos no

participaron las mujeres, ni siquiera se les dejó asistir como público, pero al parecer los ancianos pensaban que era mejor dejarnos participar. El acto inicial se realizaba en el altar de Zeus Horkios, que era el protector de los juramentos. Frente a la estatua del padre de los dioses, todos los participantes iban pasando y prestando su juramento.

Tras el ritual se sacrificaba un verraco, que era ofrecido por el clan de los jugadores. Por medio del sacrificio, los jugadores, padres y hermanos se comprometían a respetar las reglas de los juegos. Al pie de la estatua estaban grabados unos versos en los que se recordaba el castigo reservado a los perjuros. Los que nos cumplieran con su palabra eran condenados a muerte, pero no solo los jugadores eran castigados; se eliminaba a todo su clan, aunque esto solo había sucedido en contadas ocasiones.

Las competiciones duraban dos días y el tercero se dedicaba a la entrega de los premios. Los ganadores recibían la corona de laurel del árbol sagrado, traído del país de los hiperbóreos y plantado en el estadio.

A los juegos acudían gentes de todos los lugares: ciudadanos de las colonias, comerciantes, habitantes de las ciudades del sur y otros pueblos amigos.

Damara se incorporó y, mirando el cielo azul, salpicado de nubes blancas, dijo:

—Un día perfecto, ¿no crees? Estaba cansada de tanta lluvia.

—Sí, esperemos que termine como empezó.

—Nos dirigimos al otro lado de la frontera, por un río bravo. No tengo mucha fe en que esta tranquilidad perdure —comentó Damara.

Sentí que una sombra me cubría, abrí los ojos y vi a Dracón. El sol iluminaba su piel tostada y avivaba sus ojos verdes. Me sonrió y después se agachó.

—¿Las señoritas están disfrutando del viaje? —preguntó en tono sarcástico.

—Sí, aunque ahora nos haces un poco de sombra —respondí.

—Estamos llegando cerca del viejo fuerte de Sotavento. Estamos hambrientos y nos preguntábamos si seríais tan amables de traer la comida —dijo Dracón.

—¿Sois mancos? Por el hecho de ser mujeres, no significa que tengamos que ocuparnos de la comida —le contesté.

—Está bien, pues limpiad la cubierta como ha hecho tu hermano, subid al palo mayor para tensar la vela, que se ha soltado un poco, mirad la carta de navegación y decidnos a cuánto estamos de nuestro objetivo...

—Está bien, traeremos la comida, pero no os acostumbréis —dije poniéndome en pie.

Bajamos a la bodega a por el resto del guiso que nos había dado Castalia. Después colocamos dos barriles en la cubierta para hacer de mesa y servimos unos vasos de hidromiel. Los chicos se abalanzaron sobre la fuente como si no hubiera un mañana. Cuando terminamos, el sol estaba en lo más alto.

—El viento nos ha sido favorable, pero la corriente es contraria. Me temo que tardaremos tres o cuatro días en llegar a Punta del Este —dijo Dracón.

—Tres o cuatro días de ida y otros tantos de vuelta nos pone a un día como mucho del comienzo de los juegos. Si algo falla, no llegaremos a tiempo —comentó Pericles.

No podíamos hacer nada para que el viaje fuera más rápido, dependíamos de la Providencia y su ayuda.

—El regreso será más rápido. No olvidéis que marcharemos río abajo y la corriente nos traerá raudos y veloces —dijo Dracón.

—Eso esperamos —añadió Leónidas.

Tras la comida, cada uno se fue a sus quehaceres o intentó descansar un poco. Leónidas pasó buena parte del tiempo charlando con Nereida, mientras mi amiga Damara hacía otro tanto con Alexandre.

—Creo que nuestros amigos están empezando a conocerse más a fondo —dijo Dracón, sentándose a mi lado.

—Sí, es normal. Están en la edad —le contesté.

—Lo dices como si tú no lo estuvieras —comentó.

—Estoy demasiado ocupada pensando en mi padre. También mi madre se encuentra en peligro mientras no regresemos a Atenas —argumenté.

—Yo prefiero no pensar en lo que hará mi padre cuando se entere de que he escapado con un grupo de atenienses después de eliminar a varios soldados —dijo Dracón.

—No te quedó otro remedio —le contesté.

Dracón miró al horizonte; su perfil era perfecto, lo suficientemente masculino para atraer a una mujer, pero con rasgos aniñados. Ya no me parecía el espartano rudo y hosco que había conocido unos días antes. Debajo de su apariencia inflexible había un gran corazón y un hombre valiente.

—El oráculo nos explicó que la Providencia era la que regía nuestros pasos. En cierto modo me he visto movido por las circunstancias. Nunca pensé que traicionaría a mi ciudad y me convertirían en un proscrito. ¿Dónde tienes el collar? —dijo Dracón.

—Lo guardo en el bolsillo —le contesté.

—Póntelo, seguro que nos protegerá —dijo Dracón.

Me puse el collar y vi que brillaba en mi pecho. Al instante, una fuerza interior inimaginable me invadió por dentro y recuperé el ánimo.

—Estás sirviendo a tu ciudad, lo que sucede es que al enfrentarte a los ancianos y su manera despótica de actuar, te has convertido en un perseguido por la ley, una ley injusta —le comenté.

—La ley la hacen los poderosos, a ellos no les importa que tú la consideres justa o injusta, si no la cumples; te transformas en un proscrito. Yo desde niño he soñado con participar en los Juegos de la Guerra, mi abuela no está de acuerdo con ellos, pero creo que es una manera noble de combatir —dijo Dracón.

Tardé un instante en responder, no quería que se ofendiera con mis palabras, pero

tampoco que ignorara lo que pensaba realmente.

—Los Juegos de la Guerra serían algo bueno si no hubiera que matar a los contrincantes. No sirve de nada tanta violencia, lo único que genera es más sufrimiento —le expliqué.

—Evita las guerras y sacia en parte la sed de sangre de la gente. El público pide emociones fuertes que le ayude a olvidarse de los problemas —comentó Dracón.

—No debemos dar lo que la gente demande, si lo que pide es malo. Debemos enseñarles a amar las cosas bellas. La fuerza y el honor no necesitan de sangre para brillar —comenté.

—Helena —dijo con su voz ronca, aunque el tono fue tan suave que por unos instantes me ruboricé—, yo soy espartano. No te pido que me entiendas, pero para nosotros no está mal luchar hasta la muerte. Para nosotros es un gran honor sacrificar nuestra vida a nuestros dioses.

—¿Crees realmente que los dioses tienen necesidad de sangre? Prefiero pensar que la Providencia se nutre de la bondad humana y no de su lado más oscuro —le contesté.

Pericles se acercó con el gesto serio, tenía los labios fruncidos y parecía molesto por algo. Se paró delante de nosotros y, mirando a Dracón, le dijo:

—Creo que Melancton nos está acercando demasiado a la costa.

Dracón miró por la borda, se habían aproximado un poco, pero aún estaban muy lejos de la orilla.

—Corregiré el rumbo —dijo mientras iba hacia la popa.

Pericles se quedó un rato mirándome a los ojos, pero sin pronunciar palabra.

—¿Qué sucede, Pericles? —le pregunté, nerviosa.

—No creo que esté bien confraternizar con el enemigo —dijo muy serio.

—¿Confraternizar con el enemigo? Dracón y sus amigos nos han ayudado. Si no fuera por ellos no habiéramos podido rescataros del laberinto, nos han dejado su barco y son unos proscritos. ¿Cómo puedes llamarlos enemigos? —le pregunté, enfadada.

—No dejan de ser espartanos —contestó.

—Espartanos, atenienses o extranjeros, ¿qué importa de dónde somos? —argumenté.

Miré la cara de mi amigo, sabía que la verdadera razón de su enfado no tenía nada que ver con el origen espartano de Dracón.

—¿No estarás celoso? —le pregunté.

—¿Celoso? Qué idea más infantil, ¿por qué debería estar celoso? No eres mi prometida ni mi esposa.

—Pero si tu amiga. Puedo serlo de los dos, no busco un marido ni un prometido, lo que me importa es encontrar a mi padre —le contesté.

Pericles frunció el ceño y se apartó de mí refunfuñando. Damara se acercó enseguida.

—¿Qué ha pasado con Pericles? —me preguntó al verme la cara.

—Pregúntaselo a él. Al parecer le molestó que hablara con Dracón —le dije con los brazos cruzados.

—Son celos, hace tiempo que te comenté que le gustas. Pericles y tú os conocéis desde niños, pero desde hace unos meses lo veo muy raro contigo —dijo Damara.

—¿Raro? ¿En qué sentido? —le pregunté. Lo cierto es que no había observado nada raro en él.

—Pasa mucho tiempo charlando contigo, busca que estéis a solas...

—Somos amigos, Damara. Eso es lo que hacen los amigos —le contesté, algo molesta. Sabía que a veces una relación de pareja con un chico podía estropear una buena amistad.

—Pues, digas lo que digas, Pericles tiene celos de Dracón y piensa que te gusta —me dijo.

—¿Dracón? Es demasiado rudo para mí, ya sabes que no me gustan los chicos como él —le contesté—, lo que sucede es que como te gusta Alexandre, piensas que me pasa a mí lo mismo con Dracón.

Mi amiga encajó muy bien el golpe, me miró con su media sonrisa y me respondió:

—Alexandre es un chico estupendo, guapo e inteligente. No me importa que sea espartano, pero únicamente nos estamos conociendo. ¿No ves? Yo no niego la evidencia —me replicó.

—Yo tampoco, pero creo que estás demasiado obsesionada con los chicos —le dije.

—Llevas toda la vida compitiendo con ellos, como si fueras uno más, pero no eres un chico, Helena, eres una chica y algún día tendrás que buscar un marido —dijo Damara.

—¿Un marido? ¿Para criar unos hijos que el Estado me robará cuando cumplan cuatro años y luego no me dejará ni hablar con ellos? —le contesté, molesta.

Me tapé los ojos, no solía expresar mucho mis sentimientos, pero no pude evitar echarme a llorar. Muchas veces había imaginado lo que sería ser madre y tener hijos, ya que en Atenas, al igual que en Esparta, ser madre era una verdadera tortura.

Me aparté a un lado, no quería que me vieran llorando. Damara me abrazó y con una voz suave me dijo:

—Lo siento, amiga. No quería molestarte, todo esto es para mí como un juego, pero sé que para ti no lo es.

—Es culpa mía, Damara. Estoy obsesionada con eso. Nunca seré feliz —le dije entre sollozos.

Un grito nos sacó del ensimismamiento y, con los ojos anegados todavía en lágrimas, observé que un navío se aproximaba al nuestro.

—¿Quiénes son? —le preguntó Pericles a Dracón.

—¿Nos han seguido desde Esparta? —dijo Leónidas uniéndose a los chicos.

—Me temo que no —contestó Dracón.

—¿Entonces? —preguntó Pericles, confundido.

—Son piratas, nunca había visto unos tan de cerca, pero había oído hablar de ellos. Será mejor que nos preparemos antes de que nos aborden —dijo Dracón. Sus palabras parecían tranquilas, pero su cara expresaba una preocupación que nunca había visto en él.

24: Camino a Punta del Este, 4 de hecatombeón de 2200

Los piratas son como ratas de agua; nunca los ves hasta que los tienes encima. Dracón preparó el barco para la defensa, lo principal era evitar el abordaje, por lo que no quería que el otro barco llegara a ponerse en su costado. Los dos navíos realizaron un complejo baile por el río, hasta que sucedió lo inevitable. Varios ganchos atraparon el lateral de nuestra nave y las dos cubiertas comenzaron a juntarse.

Damara y yo intentamos sin éxito liberar los ganchos. Estaban tan hincados en la madera y era tal la fuerza que ejercían los piratas desde el otro lado que no pudimos arrancarlos.

—¡Cortad las cuerdas con los cuchillos! —gritó Pericles.

Comenzamos a cortar las sogas, pero cuando habíamos terminado, los dos cascos ya se golpeaban entre sí y una docena de piratas estaba saltando a nuestra cubierta.

Iban armados con espadas y cuchillos, pero también con hachas y mazas. Su aspecto era feroz. Vestían pieles, con la cabeza medio oculta por la cabeza de un lobo. Llevaban el cuerpo pintado y una expresión feroz en el rostro.

Pericles logró lanzar a uno por la borda, pero mientras nos deshacíamos de dos o tres más, otra docena de piratas cayó sobre la cubierta.

—Son muchos, tenemos que alejarnos —dijo Dracón, que intentaba girar el timón y luchar contra dos piratas al mismo tiempo.

Alexandre se puso entre los dos cascos y comenzó a empujar para que las naves se separaran. Un gigantesco pirata con piel de oso se precipitó sobre él, pero Damara lo alcanzó con una flecha y el gigante cayó al agua.

Dos piratas se acercaron a mí con sus sables, saqué el xifos y los miré directamente a los ojos. Los hombres parecían impresionados por mi determinación, pero al final se lanzaron a la vez contra mí. Las espadas chocaron varias veces. Eran

muy fuertes y cada golpe hacía que me tambaleara. Al final me acorralaron junto al camarote principal. Un sablazo pasó a escasos centímetros de mi brazo y se clavó en la madera; aproveché para hincar mi espada en el pecho de uno de los piratas, que me miró sorprendido, para caer después a mis pies. El otro me atacó con más rabia, pero ahora que estaba solo, sus golpes no eran tan arriesgados. Recuperé terreno y fui acorralándolo hasta que se vio en el borde mismo de la cubierta. Le hice un corte profundo en una de las piernas con mi espada y el pirata perdió el equilibrio y cayó al agua.

Cuando miré a mis compañeros, comprobé que casi todos se habían deshecho de uno o dos piratas, pero unos diez continuaban luchando en nuestra cubierta, aunque su barco se alejaba poco a poco. Uno de ellos tenía atrapado a mi hermano. De un salto llegué a su lado, lo agarré por las pieles y lo obligué a que se girara. Me miró con su único ojo sano e hizo una mueca parecida a una sonrisa; intenté alcanzarlo con mi arma, pero esquivó mis estocadas media docena de veces.

—Críos espartanos —dijo el hombre. Después subió al pasamano de la cubierta y dando un silbido se tiró al agua. El resto de sus compañeros siguió su ejemplo.

Cinco minutos más tarde, nos encontrábamos arrojando algunos cuerpos por la borda. Estábamos exhaustos pero felices de haber ganado aquella batalla. Los piratas se habían mostrado muy tenaces, eran capaces de doblegar barcos militares, pero nosotros habíamos logrado escapar.

El único herido que teníamos era Leónidas. Le habían hecho un corte serio en el brazo izquierdo, pero el resto nos encontrábamos en buen estado.

—Ven para que limpie la herida y te cosa eso —le dijo Nereida a Leónidas.

Mi amigo se acercó a un taburete y se sentó. Estaba conmocionado y sudaba copiosamente. Nereida dejó caer un poco de vino sobre la herida y Leónidas lanzó un bramido.

—No seas tan quejica —le dijo ella bromeando.

—Duele mucho —se justificó el pobre.

Cuando Nereida comenzó a coser la herida, Leónidas miró para otro lado. El resto observábamos fascinados la destreza de Nereida.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso? —le preguntó Damara.

—Es una de las cosas que nos enseñan en la escuela. La vida espartana es mucho más dura que la ateniense, por más que os quejéis. Es lo que nos hace tan fuertes —contestó Nereida con orgullo.

—Prefiero las clases de costura —dijo en broma Damara.

El brazo de Leónidas estaba cosido y nuestro pobre amigo aún se encontraba medio mareado. Lo llevamos al camarote principal y dejamos que descansara un poco.

Dracón convocó una reunión de urgencia. Cuando nos acercamos a la popa, me sorprendió ver que tenía un corte en la cara. Me acerqué para curárselo, pero me rechazó con la mano.

—No es nada. Tengo algo importante que deciros.

Me aparté de él con el ceño fruncido y todos nos pusimos en un corro. Dracón nos miró muy serio.

—No penséis que hemos vencido. Los piratas son como una manada de lobos. Nunca dejan escapar a sus presas.

Nos miramos unos a otros, inquietos. Circulaban muchas leyendas acerca de los piratas. Algunos los culpaban del empobrecimiento del comercio. En los últimos años, multitud de naves habían sido asaltadas y sus tripulantes asesinados.

—Puede que no nos sigan tan al norte. Ellos también temen lo que hay al otro lado de la frontera —dijo Pericles.

—Es una cuestión de honor. Ellos viven del miedo que producen, si alguien cuenta que logró vencerlos, su oficio peligrará —dijo Dracón.

—Este barco es muy rápido. Si remamos y usamos las velas, no creo que nos alcancen —dijo Alexandre.

Dracón arqueó la ceja. Nadie conocía como él los códigos del mar, por eso sabía cuándo era mejor luchar y cuándo salir corriendo.

—Nos alcanzarán. Son verdaderos profesionales. Nosotros somos unos simples aficionados. Hemos pasado Sotavento y el río se ensancha en Croton, podríamos escondernos allí durante un día, después seguiríamos rumbo a Punta del Este —dijo Dracón.

—Eso significa perder otro día, el único que tenemos de ventaja para llegar antes del inicio de los Juegos de la Guerra —dijo Pericles.

—Es un riesgo, pero lo otro es un suicidio —insistió Dracón.

—Creo que debemos confiar en el capitán del barco —comenté.

Pericles me clavó la mirada. En cierto sentido se veía desautorizado por el espartano, pero en ese momento lo que más importaba era la seguridad del grupo, no quién era el más listo de los dos capitanes.

—Está bien. Aprovecharemos el descanso para cazar algo. Estoy cansado del pan rancio y el pescado salado —dijo Pericles.

Durante lo que quedaba del día procuramos navegar lo más rápido posible hasta nuestro escondite. Antes de que el sol se pusiera por completo, nuestro barco estaba oculto en un saliente del río. Ahora solo quedaba mantenerse en silencio y esperar que la Providencia nos fuera otra vez favorable.

25: Croton, 5 de hecatombeón de 2200

La noche fue tranquila. Tomamos una cena fría y frugal, pero dormimos bien. Me tocó la última guardia y a las cinco y media de la mañana vi el sol despuntar por el este. Aquellas dos horas en soledad me permitieron reorganizar mis pensamientos. En los últimos días habíamos ido corriendo de un lado para el otro y era difícil pararse a pensar.

Primero intenté imaginar qué había movido a los espartanos a detener a mi padre y por qué los atenienses no habían hecho nada para liberarlo. El jefe del Consejo de Ancianos en Atenas era Cosme, uno de los mayores enemigos políticos de mi padre. Los legados enviados a Esparta, a diferencia de otros años, habían sido mi padre, Cosme y Hermenio, cada uno con sus ayudantes. Mi padre debía haber descubierto algo muy importante para que lo retuvieran, pero eso significaba que alguien en Atenas lo había traicionado.

La segunda cosa que necesitaba organizar en mi mente eran mis sentimientos. Después de las palabras de Damara, no había dejado de dar vueltas a los celos de Pericles y la supuesta atracción que sentía por mí Dracón. Me halagaba que dos de los mejores chicos de Atenas y Esparta pudieran pensar en mí, pero por otro lado me hacía sentir incómoda. Ahora no podía actuar con naturalidad con ninguno de los dos. Tenía la sensación de que ambos me observaban.

Nunca había vivido una situación como aquella. Si soy sincera, había evitado a los chicos, prefería mantenerme alejada de ellos. Por ley no podíamos casarnos hasta pasados los veinte años, pero si mantenía la distancia era sobre todo porque no soportaba la idea de tener que entregar mis hijos al Estado. Yo había sufrido mucho al separarme de mis padres y no estaba dispuesta a que un futuro hijo mío tuviera que vivir algo parecido. Pero eso era la teoría. Lo cierto era que sentía algo por los dos. Pericles era mi amigo del alma, mi confidente, y cumplía todas las cualidades que buscaba en un hombre: valor, amistad, compañerismo e inteligencia. Dracón era

también valiente y un gran amigo de sus amigos, sus formas eran rudas, pero me atraía su carácter abierto.

—¿En qué piensas? —me preguntó Leónidas, acercándose sigilosamente por detrás.

—En nada, simplemente estaba contemplando cómo se levantaba la niebla del agua —le contesté.

—No sabes mentir, conozco tus caras y esa no era de contemplar nada. Algo te tiene preocupada —comentó Leónidas.

—¿Y tú qué haces levantado tan pronto? —le pregunté para desviar la conversación.

—Me dolía mucho el brazo y la postura en la cama me molestaba —dijo mi amigo.

—Deja que eche un vistazo —le comenté bajando la túnica.

—Cuidado —se quejó Leónidas.

La herida tenía buen color, pero todavía sangraba un poco.

—En un par de días habrá cicatrizado —le comenté.

—Eso espero.

—Lo malo es cuando hay heridas que no cicatrizan jamás —dije sin darme cuenta.

—Nosotros tenemos el poder de cerrar esas heridas. Te aseguro que no hay nada más reconfortante que el perdón y la comprensión. A veces no podemos entender por qué suceden las cosas, pero sí podemos ponernos en el lugar de los demás —dijo Leónidas.

—Eso es cierto, cuando regrese a Atenas, tengo que cambiar mi actitud ante la vida —le comenté.

Nos quedamos en silencio escuchando el canto de los pájaros y respirando el perfume de las flores diseminadas por el bosque. Allí, tan lejos de la civilización, tenía la sensación de que la mano corrompida del hombre no había llegado para arrasar lo verdaderamente bello y hermoso que aún quedaba en el mundo.

26: Croton, 5 de hecatombeón de 2200

A pesar de la oposición de Dracón, Pericles, Damara y mi hermano Melancton salieron de caza. Yo me decidí a ir con ellos para asegurarme de que no se metían en ningún lío. No me parecía buena idea que nos separáramos, pero prefería tener localizados a mis amigos y sobre todo no volver a perder de vista a mi hermano.

Atravesamos el bosque, internándonos tierra adentro, caminamos media hora hasta llegar a una parte de prados y un pequeño riachuelo. Pericles, como buen cazador, sabía que los animales evitaban las horas de más calor para salir a beber. Nos acercamos lentamente a la pradera. Damara preparó su arco y nosotros nos mantuvimos a cubierto. Un ciervo asomó su cornamenta entre la maleza, después vimos su cabeza, miró a un lado y al otro, como si nos hubiera escuchado, pero después comenzó a pastar de nuevo con toda tranquilidad.

Damara tensó el arco y disparó la flecha. Un segundo más tarde, el ciervo caía mortalmente herido entre la hierba. Atamos la pieza en una larga rama y entre Pericles y mi hermano lo llevaron hasta el barco. En el camino logramos cazar dos pavos. Con aquellas provisiones podríamos comer y cenar un par de días, calculé mientras nos acercábamos al barco.

No habíamos tardado mucho en regresar, aproximadamente un par de horas, pero el sol ya estaba en lo más alto y teníamos un hambre voraz. Improvisamos una pequeña balsa para transportar la caza hasta la barca. Cuando llegamos, nos extrañó no ver a nadie en la cubierta.

—No te acerques más —le advertí a Pericles.

Todos levantaron la vista. Nadie salió a recibirnos. Mi amigo viró la balsa y nos alejamos ligeramente. Entonces escuchamos las pisadas de un grupo de hombres sobre la cubierta y a los pocos segundos, los piratas asomaron.

—Será mejor que os rindáis, tenemos a vuestros amigos y vosotros no iréis muy lejos con esa balsita —dijo el pirata tuerto. Lo reconocí por la voz, porque estábamos

a una gran distancia.

—Dejadnos en paz. No tenemos nada que os interese —dijo Pericles.

—Ocho jóvenes fuertes, un barco veloz y buenas armas. Suficiente para compensar a la docena de compañeros que eliminasteis ayer. No es fácil encontrar buenos y fieros marineros, pero me desagruará veros como esclavos —dijo el pirata.

—Si nos hacéis daño, nuestras familias no pararán hasta encontraros y eliminar a todos los piratas de estos mares —dijo Pericles.

—No nos dan miedo vuestras ciudades. Espartanos y atenienses han querido exterminarnos, pero sabemos cómo protegernos. Ya está bien de charla. Si os rendís, os dejaré con vida, pero si os resistís, mataré a vuestros amigos y después correréis la misma suerte —dijo el rudo marinero.

No sabíamos qué hacer. Seguramente el pirata no iba a matar a nuestros amigos aunque intentáramos escapar, pero no podíamos correr ese riesgo. Acercamos la balsa, subimos los animales cazados y nos rendimos.

Los piratas no tardaron en atarnos y bajarnos con el resto del grupo a la bodega. Habíamos perdido un día entero para nada y, lo que era mucho peor, los piratas podían matarnos en cualquier momento o dejarnos en mitad de la nada desarmados. Los bosques estaban llenos de alimañas y todo tipo de peligros, pero lo prefería a vivir el resto de mi vida como esclava.

27: Croton, 5 de hecatombeón de 2200

Me alegró comprobar que todos mis amigos se encontraban bien. Dracón tenía algunas magulladuras y Nereida los brazos arañados, pero ninguno estaba gravemente herido.

—Al poco de marcharos nos asaltaron por sorpresa. Vinieron nadando entre la niebla y cuando quisimos darnos cuenta ya estaban sobre nosotros —explicó Alexandre.

Dracón parecía enfadado. Sin duda se culpaba por la situación, pero nadie hubiera podido evitar un abordaje sorpresa y mucho menos con dos hombres y una mujer. Yo me centré en pensar un plan para escapar.

—Si no os hubierais ido a cazar... —masculló Dracón.

—Ese no fue el problema. Tendríamos que haber continuado el viaje, seguramente no nos hubieran dado caza y en este momento estaríamos cerca de Punta del Este, pero tú pensaste que era mejor que nos escondiéramos aquí —dijo Pericles fuera de sí.

—Maldita sea. Yo hubiera salido hace horas, pero tenía que esperar a que regresarais —se quejó Dracón.

—¿Qué importa eso? Lo importante ahora es que escapemos. Estos tipos no tienen buenas intenciones —apuntó Leónidas.

—Imagino que en unas horas estarán todos durmiendo. He podido oír como aproximaban el otro barco, por lo que no creo que dejen más de tres o cuatro hombres en nuestra nave —les dije.

—Estamos atados y sin armas —dijo Nereida.

—Intentaré serrar las cuerdas con la viga de madera —le dije.

—Tardarás horas y ellos volverán a comprobar las cuerdas antes de que se haga de noche —apuntó Nereida.

No hice mucho caso a sus palabras derrotistas e intenté liberarme. Tras una hora

frotando la cuerda contra la madera, logré desatarme las manos. Me estaba aflojando la cuerda de los pies cuando alguien bajó las escaleras de la bodega.

Me quedé paralizada, la figura entre las sombras no se movió, como si estuviera pensando qué hacer, después dio un paso y pudimos ver su cara a la luz de la lámpara. Era un chico de nuestra edad. Sus ropas también eran de piel de lobo, pero sus rasgos infantiles no daban mucho miedo.

—¿Qué hacéis? —preguntó mirando de un lado para el otro.

—Por favor, no nos delates —le pedí con tono lastimero, aunque mi idea era saltar sobre él ante cualquier titubeo.

—Si descubren que les oculto algo, me matarán también a mí —dijo el chico.

—Nos venderán como esclavos —le dije, intentando que se animara a ayudarnos.

—Yo soy un ilota de Esparta. Toda la vida he sido esclavo. Los espartanos no sois mejores que estos piratas, ellos me han liberado. ¿Por qué habría de ayudaros? —dijo el chico echando mano a la empuñadura de su cuchillo.

—Tienes razón, pero por eso nos dirigimos hacia el norte. Queremos terminar con todas las injusticias de Atenas y Esparta —lo tanteé.

—No me convenceréis. ¿Sabéis por qué escapé de Esparta? Por la Criptia —dijo el joven.

—¿Qué es eso? Ni siquiera sé de qué se trata —dijo Damara.

—Que te lo digan tus amigos espartanos —contestó.

Se hizo un silencio, pero al final Dracón comenzó a explicarnos en qué consistía la prueba de la Criptia:

—La Criptia es una celebración anual. Cada año, por una sola noche, se proclama un estado de excepción contra los ilotas. Ellos eran los únicos habitantes de la zona en la que ahora está Esparta. Ya sabéis que originariamente procedemos de Punta del Este —comentó Dracón.

—Sigue, que sepan tus amigos con qué tipo de salvajes tratan —dijo el joven.

—Durante la Criptia los jóvenes espartanos tienen derecho a matar a todos los ilotas que encuentren fuera de las casas durante esa noche —dijo Dracón.

—No entiendo para qué sirve toda esa crueldad —dije asqueada.

—De esa manera nos hacen vivir en un estado de terror permanente. Nos obligan a cultivar la tierra y darles toda la cosecha, aquella tierra que hace siglos fue nuestra. Nos tratan como esclavos, o peor, ya que los esclavos, si cumplen ciertas condiciones, pueden comprar su propia libertad —dijo el joven.

—Nosotros tenemos algunas leyes de protección para los esclavos. No se les puede maltratar ni ultrajar sin justificación —le dije para distraerlo.

El joven dio un paso atrás, y aproveché para dar un salto y arrojarme sobre él. Perdió el equilibrio y dejó caer la lámpara. Unos sacos comenzaron a arder, mientras los dos forcejeábamos. El ilota tomó el cuchillo y lo puso al lado de mi cuello, pero logré apartarlo y le pegué un rodillazo en la entrepierna; el joven soltó el arma y yo se la puse en el cuello.

—Estate tranquilo y no te pasará nada —dije. Después le pegué con la empuñadura en la cabeza, dejándolo inconsciente.

El fuego comenzó a extenderse con rapidez, dudé entre apagarlo o liberar a mis amigos. Al final, opté por cortar las cuerdas de todos.

—Necesitamos agua —dijo Alexandre.

—No, dejad que se queme. Se me ha ocurrido un plan —comentó Pericles mientras nos armábamos con todo lo que encontramos por la bodega.

28: Croton, 5 de hecatombeón de 2200

Salimos a la cubierta sigilosamente. La mayoría de los piratas estaban adormilados. No costó mucho reducirlos uno a uno y arrebatarnos sus armas. Después miramos el otro barco. Una cuerda tensa unía ambas embarcaciones. Únicamente se veía un vigía a babor, que en ese momento nos daba la espalda. Afortunadamente, la brisa soplaba en dirección a la costa, alejando el humo del incendio del barco pirata. Pasamos uno a uno por la larga soga hasta llegar al barco de los piratas. La nave era el doble de grande que la nuestra y tenía dos velas. Pericles se acercó con sigilo al vigilante y de un golpe seco en la nuca lo dejó inconsciente. Con un gesto no pidió que nos acercáramos a las escaleras de la bodega y al camarote del capitán. Atamos dos sogas, una en cada salida. Cuando todo estuvo preparado, dimos la voz de alarma. Los piratas salieron en tromba de la bodega, pero todos tropezaban con la soga y nosotros los rematabamos con mazas y palos. El último en salir fue el capitán. Nos miró atónito e intentó cerrar la puerta de su camarote, pero logramos reducirlo.

—¡Malditos! —gritó como una rata, mientras lo obligábamos a sentarse en una silla.

—Ahora tú eres el prisionero. Espero que aprendas esta lección de una vez por todas —dijo Dracón tomando al hombre por sus ropas. Después lo sacó a cubierta y lo lanzó por la borda.

Todos los marineros siguieron a la fuerza el mismo camino que su capitán y comenzaron a nadar hacia el otro barco, sin percatarse aún de que se estaba quemando por dentro. Pericles cortó con su hacha la soga que unía ambas embarcaciones y Dracón puso rumbo al río.

Vimos a los piratas subir a nuestro barco, pero enseguida las llamas alcanzaron la cubierta y, aunque, sorprendidos, intentaron apagar el fuego, al final se lanzaron de nuevo al agua para llegar a tierra y ponerse a salvo.

29: Croton, 5 de hecatombeón de 2200

Mientras nuestro nuevo barco navegaba río arriba, algunos de nosotros nos dedicamos a explorar sus tesoros. Imaginábamos que al tratarse de piratas estaría repleto de oro, joyas y todo tipo de riquezas, pero estábamos equivocados, aunque sí encontramos algunas cosas muy valiosas en el camarote del capitán.

Al parecer, el jefe de los piratas había reunido una colección de extraños mapas, también algunos utensilios primitivos a los que no encontramos finalidad y algunas lanzas de fuego, pero que no parecían funcionar.

Uno de los utensilios más curiosos era redondo, parecía una pulsera, pero tenía una esfera misteriosa en el centro. Después hallamos útiles para escribir y una especie de telas blancas para el mismo fin.

Tras jugar un rato con todas esas cosas, nos dirigimos a cubierta y preparamos la cena. Los piratas sí estaban bien servidos en ese sentido y se habían tomado la molestia de asar el ciervo que habíamos cazado esa mañana. Estábamos hambrientos y comimos rápidamente, después descansamos en las cómodas literas que tenía el barco.

Una de las cosas que más nos chocó era que la nave tenía partes de metal y que en la zona del timón había un montón de botones y palancas que no sabíamos para qué servían.

Me tocó el primer turno de guardia y, tras dar varias vueltas por la cubierta, me dirigí hasta el timón. Dracón estaba despierto, parecía descansado a pesar del ajetreo de las últimas horas. Se notaba que disfrutaba gobernando un barco, y sobre todo uno como ese.

—A pesar de las vicisitudes, parece que algo nos está allanando el camino para que regresemos a tiempo a los Juegos de la Guerra —le comenté.

—Gracias a este barco mañana estaremos en Punta del Este, y en dos días podremos estar de vuelta —comentó Dracón.

—Muchas gracias por todo lo que has hecho por nosotros. Perdona a Pericles, pero cuando discutisteis estaba muy nervioso —le dije.

—Yo también lo estaba —dijo Dracón.

—Ahora tengo miedo de que cuando lleguemos a Punta del Este, mi padre no esté —le dije con la voz quebrada.

—No te preocupes, seguro que lo encontramos en perfecto estado. Mi padre dijo que no le harían nada hasta pasados los juegos.

—Sí, pero siempre queda la incertidumbre —le contesté.

Dracón miró al horizonte, todavía quedaban tres o cuatro horas para que amaneciera, pero aquella noche era muy clara. La luna llena se reflejaba en las aguas y uno tenía la sensación de que el barco saldría volando y llegaría hasta las estrellas.

—Mientras hablaba el ilota en el otro barco, vi las cosas de una manera distinta. Nunca me había puesto en el lugar de los esclavos. Uno nace en una casa noble, tiene todo lo que desea y piensa que la vida es así. Unos han nacido para servir y otros para ser servidos, pero eso no es justo. Puede que muchos de ellos sean mejores que yo, pero nunca podrán demostrarlo —dijo Dracón.

Sus palabras me sorprendieron; cuando lo conocí no me pareció el tipo de persona capaz de ponerse en la piel de los que no han tenido sus mismas oportunidades.

—Yo lo he pensado muchas veces. Desde que nacemos surgen desigualdades, que van creciendo a medida que nos hacemos mayores. Dos niños que se acaban de conocer juegan juntos sin pensar en nada más, no les importa la familia del otro o a qué clan pertenecen —le comenté.

—Es cierto. De niño tuve como amigo al hijo de una esclava, pero cuando crecimos nos separaron. Me dijeron que estaba prohibido tener amistad con los esclavos.

—Es muy difícil que cambien ciertas cosas, pero creo que es nuestro deber intentarlo al menos. Durante mucho tiempo creí que lo más importante era ocuparme de mis amigos y mi familia, pero si no intentamos cambiar el mundo, ellos también sufrirán las consecuencias. Mi padre es de ese tipo de personas. Él haría cualquier cosa para que algunas de las injusticias desapareciesen, pero aun siendo miembro del Consejo de Ancianos no lo ha conseguido. Muchos tienen miedo a los cambios y otros, sencillamente, no quieren perder sus privilegios —concluí.

Dracón me miró. Pude ver la luna reflejada en sus ojos, y por unos instantes imaginé cómo sería besar sus labios.

—Mi padre no es como el tuyo. Sufrió mucho de joven por el destierro de mis abuelos. Por eso, tal vez, se esforzó más que nadie por ser un ciudadano ejemplar, y por eso ahora se aferra al poder.

—Lo siento...

—Hasta hace muy poco yo pensaba como él, pero no entendía por qué los jóvenes debíamos estar sometidos a la voluntad de los ancianos y vivir como esclavos. Tiene que haber otra manera de hacer las cosas —dijo Dracón.

Pasamos varias horas charlando, pero teníamos la sensación de que el tiempo no corría. El único chico con el que había sentido algo parecido había sido Pericles, pero nosotros nos conocíamos de toda la vida. Dracón tenía algo especial a pesar de que lo habían criado para que se convirtiese en un guerrero implacable.

30: Cerca de Punta del Este, 6 de hecatombeón de 2200

Atracamos el barco a una media hora de Punta del Este, no queríamos que nos vieran llegar, era mejor intentar pillarlos por sorpresa. Caminamos por la arboleda que bordeaba el río durante una hora, y a media mañana pudimos observar al fin la antigua ciudad. No era muy grande. Las casas se distribuían en un goteo constante que terminaba en una villa amurallada. Las edificaciones de extramuros estaban todas abandonadas, pero la ciudad estaba visiblemente habitada. Pudimos ver a los guardias vigilando desde la muralla y a un pequeño grupo de soldados que hacían una ronda por las inmediaciones.

—¿Cómo vamos a entrar en la ciudad? —preguntó Leónidas, que parecía algo más recuperado de su herida en el brazo.

—La muralla no es muy alta y los guardias están muy separados entre sí; propongo que por la noche entremos cuatro de nosotros y que el resto aproxime nuestro barco. En cuanto hayamos liberado al padre de Helena, escaparemos por el río —dijo Pericles.

—Me parece muy buena idea —comentó Dracón.

—Si te parece bien, tú pilotarás el barco —le dijo Pericles a Dracón—. Eres el único que puede sacarnos de aquí a toda velocidad.

—¿Quién ira contigo? —le pregunté a Pericles.

Mi amigo nos miró por unos segundos y después dijo:

—Alexandre, Nereida, Damara y tú. Melancton ayudará a Dracón, junto a Leónidas.

—Me parece bien —le contesté.

—Atacaremos en cuanto se haga de noche. Espero que la guarnición no supere las veinte o treinta personas —comentó Pericles.

—Mi padre dijo que no eran muchos —nos recordó Dracón.

Después de comer nos dividimos en dos grupos. Me costó mucho volver a separarme de mi hermano, pero sabía que en unas horas volveríamos a reunirnos y esta vez, si la Providencia nos ayudaba, también estaría nuestro padre.

Cuando el sol se escondió por completo, atravesamos el bosque y nos aproximamos al muro sur. A medida que anohecía, una espesa niebla comenzó a cubrirlo todo, lo que nos permitiría pasar aún más desapercibidos.

—Las arqueras tienen que estar preparadas. No hay mucha visibilidad, pero necesito que eliminéis al centinela y que caiga de este lado —dijo Pericles.

Esperamos a que el centinela se aproximara y, en cuanto estuvo a tiro, Damara le disparó y el guardia cayó sobre los arbustos que rodeaban la muralla.

Ascendimos por la pared de piedra y nos agachamos. El siguiente vigilante se encontraba a unos diez metros, pero la niebla hacía casi imposible que nos detectara.

Saltamos al otro lado y caminamos por las calles oscuras. No se veía a nadie. La noche era fría y despacible, pero lo peor era la niebla densa que no nos permitía ver más allá de medio metro.

—¿Dónde estará el prisionero? —preguntó Pericles.

—Tenemos que buscar alguna ciudadela, seguramente esté encerrado allí —le contesté.

Examinamos el terreno, hasta que logramos localizar uno de los edificios más grandes. Su arquitectura era curiosa. Las paredes eran de un material grisáceo muy duro que ya habíamos visto en la Ciudad de Brillantes. No tenía muchas puertas ni ventanas, por lo que tardamos un rato en encontrar la entrada.

La puerta principal estaba custodiada por dos soldados, teníamos que alejarlos de la entrada para intentar reducirlos sin que dieran la voz de alarma.

Rompimos un par de ramas para poner a los dos guardias en alerta. Uno de ellos abandonó la puerta y se adentró entre los árboles que rodeaban el edificio. El soldado miraba al suelo e intentaba ver algo a través de la niebla, pero era demasiado densa.

Cuando pasó bajo el gigantesco árbol en el que nos habíamos escondido, nos lanzamos sobre él. Pericles lo neutralizó en unos segundos, sin dejar que diera apenas un gemido.

Miramos al otro soldado, que permanecía en la puerta. Se le veía nervioso. Se alejó un par de metros de la entrada, pero sin internarse entre los árboles.

Pericles me hizo un gesto para que fuera por el otro lado. Me coloqué a la espalda del vigilante y mis amigos hicieron algo de ruido para distraer la atención del guardia. Entonces me lancé sobre él, agarré su cuello y empecé a apretar, pero se resistió. Intentó derribarme y gritar, pero Pericles llegó rápidamente y lo dejó inconsciente.

Miramos la puerta de hierro por unos momentos; no sabíamos cuántos soldados podía haber dentro, aunque esperábamos que la mayoría estuvieran descansando.

La entrada estaba poco iluminada, apenas un par de antorchas en un pasillo larguísimo. Pericles hizo un gesto, señalando unas escaleras que bajaban a una

especie de sótano. Descendimos con cuidado, para no hacer ruido. Abajo había otro pasillo largo y completamente oscuro. Olía a humedad y orín. Caminamos lentamente hasta el fondo, después el corredor continuaba a la derecha y enseguida vimos cuatro o cinco celdas con barrotes.

Con la ayuda de una linterna de aceite que habíamos encendido antes de bajar al sótano, miramos una a una en todas las celdas. No vimos nada en las cuatro primeras, pero en la última vimos a un hombre dormido en un camastro. El corazón se me aceleró de repente y sin poder contenerme, dije:

—Papa, ¿estás bien?

El hombre se movió inquieto en la cama, como si se hubiera despertado sobresaltado. Nos miró desde la oscuridad, pero no alcancé a verle el rostro hasta que se puso en pie y dio un paso al frente.

Tercera Parte

La verdad de mi mundo

31: Punta del Este, 7 de hecatombeón de 2200

El rostro que alumbraba nuestra linterna me decepcionó por completo. Aquel hombre no era mi padre. Su rostro ceniciento y su pelo gris brillaban a la luz de la lámpara. Las arrugas empequeñecían sus ojos azules y las mejillas caídas le conferían un aspecto triste.

Nos miramos unos a otros. Yo intentaba aguantar las lágrimas mientras mis amigos liberaban al anciano.

—¿Quiénes sois? —preguntó el hombre.

—Somos un grupo de chicos espartanos y atenienses —le contestó Pericles.

—¿Por qué habéis venido a liberarme? —inquirió el anciano con su mirada vidriosa.

—Lo cierto es que no veníamos a liberarlo a usted, ni siquiera sabemos quién es —dijo Nereida.

—Mi nombre es Laoconte —dijo el anciano.

Damara me abrazó, su contacto ayudó a calmar mi pobre corazón. El anciano salió de la celda. Vestía una túnica desgastada de color rojo, por su aspecto parecía un destacado ateniense, pero su acento era espartano.

—¿Conoce a Diácono, el legado de Atenas? —le pregunté con la voz entrecortada.

—Sí, pero esta mañana vino un barco de Esparta para llevárselo —dijo el anciano.

—Debimos imaginarlo, el padre de Dracón temía que alguien liberara al tuyo y por eso lo ha llevado de nuevo a Esparta —concluyó Damara.

No esperábamos esa mala pasada del destino, y tampoco tenía sentido quedarse más tiempo en Punta del Este. Ayudamos al anciano a salir de la celda y subimos de nuevo las escaleras. No había nadie en el largo pasillo, corrimos hacia la salida, pero justo antes de abrir la puerta para escapar, escuchamos gritos de alarma a nuestras

espaldas.

Corrimos por la ciudad en dirección al puerto. La oscuridad y la niebla nos protegían, pero oíamos los gritos del vigilante y las pisadas de los soldados.

En el puerto vimos, a lo lejos, una luz. Era nuestro barco. Si no hubiera sido por el anciano, nos habiéramos tirado al agua para llegar a nado, pero teníamos que esperar a que nuestros amigos se acercaran o robar una de las barcas del puerto.

Escuchamos el silbido de varias flechas que nos pasaron rozando. Subimos a una de las embarcaciones y comenzamos a remar. Varios proyectiles impactaron en el casco, pero uno acertó su blanco. Laoconte cayó hacia delante al sentir la flecha en la espalda.

Remamos con todas nuestras fuerzas y llegamos al barco. Mi hermano y Leónidas nos ayudaron a subir al anciano, los demás fuimos tras él.

Nuestros amigos desplegaron las velas y salimos del puerto lo más rápido que pudimos.

En el horizonte comenzaba a verse algo de claridad, pero ni la más brillante luz del día hubiera podido animarme. La posibilidad de salvar a mi padre se había esfumado de nuevo. Era imposible volver a entrar en Esparta y rescatarlo, estando como estaba toda la ciudad en alerta.

Me refugié en uno de los camarotes y me tumbé en la cama, consciente de que cuando perdemos la esperanza, estamos condenados al fracaso. Intenté infundirme algún tipo de positividad, pero fue inútil. Lo único que nos quedaba era regresar a los Juegos de la Guerra y morir por Atenas.

32: Río abajo, 7 de hecatombeón de 2200

Todavía no había amanecido por completo cuando escuché golpes en la cubierta y subí a toda prisa. Los soldados espartanos nos seguían de cerca con una de sus naves y desde una catapulta nos lanzaban inmensas rocas ardientes.

Uno de los impactos había dado en la vela mayor, que al contacto con el fuego había comenzado a arder, pero no era el principal de nuestros problemas; en la cubierta había media docena de incendios que mis amigos se afanaban por sofocar.

Me acerqué a uno de los barriles de agua y me uní a ellos, cubo en mano. Logramos apagar cuatro de los incendios, pero los espartanos lanzaban nuevas bolas de fuego que provocaban nuevos focos.

—¿Qué vamos a hacer? —le grité a Pericles.

—¡No lo sé, pero no podremos resistir mucho!

Me acerqué a la cabina donde estaba el timón y vi al pobre Dracón entregado en dirigir el barco e intentar que fuera más rápido.

—Todo es inútil, sin vela mayor es imposible escaparnos de ellos —me dijo nada más entrar.

—¡Tiene que haber una solución!

—La única solución es abandonar el barco e intentar escapar por tierra —me contestó.

—Tardaríamos demasiado tiempo en regresar a casa y los Juegos de la Guerra ya estarían terminando —le dije.

Dracón se encogió de hombros. Era un hombre de recursos, pero en este caso no parecía que la situación tuviera solución.

Miré al panel de botones del timón y comencé a apretarlos al azar. No sucedía nada, hasta que tiré de una palanca y escuchamos un ruido en las bodegas. Nos miramos el uno al otro, sorprendidos.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—No tengo ni idea —me contestó.

El barco comenzó a moverse a gran velocidad y aumentamos la distancia con los otros navíos. Unos minutos más tarde, los impactos dejaron de alcanzarnos y antes de que hubiese transcurrido media hora los habíamos perdido en el horizonte.

33: Río abajo, 7 de hecatombeón de 2200

Conseguimos sofocar todos los fuegos de la cubierta y media hora más tarde estábamos todos reunidos para considerar un nuevo plan. Sin mi padre no podríamos demostrar nada en los Juegos de la Guerra. Ahora nos habíamos convertido en unos proscritos, no podíamos regresar a casa.

—¿Cómo está el barco? —preguntó Pericles a Dracón.

—La vela mayor está inutilizada, pero hay algo que lo impulsa. He bajado a las bodegas y una caja metálica enorme bufa como un animal moribundo. Sea lo que sea lo que mueve el barco, al parecer funciona —contestó el espartano.

—El oráculo nos aseguró que la Providencia está con nosotros —dijo Leónidas.

Aquellas palabras me enfurecieron. Lo único que habíamos conseguido desde nuestra salida de la Ciudad de Brillantes era rodearnos de problemas, por no hablar de que habíamos estado a punto de morir.

—Nadie nos ayudará en esto. Estamos solos y, al parecer, no lo estamos haciendo del todo bien. Mi padre está de nuevo en Esparta y lo único que tenemos son sospechas de que los espartanos han estado amañando los juegos, pero ninguna prueba —dije furiosa.

—Tranquilízate. Todavía nos queda una oportunidad —dijo Pericles.

—¿Una oportunidad? ¿No ves que hemos perdido? —comenté.

—Este barco va más rápido que cualquier velero. Aunque nos lleven diez o doce horas de ventaja, no tardaremos en darles alcance —explicó Pericles.

No había caído en ese detalle. El barco parecía volar comparado con las naves a las que estábamos acostumbrados. Si continuábamos a esa velocidad, alcanzaríamos al barco en el que estaba mi padre en pocas horas.

Las palabras de Pericles me animaron un poco. Después de la reunión me acerqué a mi hermano y lo abracé.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

—Sí, tengo muchas ganas de ver a nuestro padre, y no he perdido del todo la esperanza. Si esos espartanos lo mantienen con vida es porque es muy valioso para ellos. Los alcanzaremos y lo liberaremos.

—Que los dioses te escuchen —le contesté.

Me acerqué a la proa del barco, el casco dividía las claras aguas del río. Las dos orillas parecían correr en nuestra contra, como si quisieran acercarnos a la victoria. Cerré los ojos y dejé que la sensación de paz que producía su calor me conquistara lentamente, después simplemente me senté mientras intentaba ver en el horizonte el barco de nuestros enemigos.

34: Río abajo, 7 de hecatombeón de 2200

Tras dos horas de tensa espera decidí bajar a los camarotes. Mi amiga y Nereida estaban curando al anciano y me pareció buena idea echarles una mano. Llamé a la puerta y entré. El hombre estaba acostado boca abajo. La herida supuraba, lo que no era muy buena señal.

—¿Cómo está? —les pregunté.

—Casi todo el rato inconsciente y con fiebre alta —me contestó Nereida.

—La herida parece infectada y ha perdido mucha sangre —añadió Damara.

Miré al anciano. Sudaba copiosamente y su rostro enrojecido mostraba la gravedad de la herida.

—Señoritas, mi hora ha llegado. Había vivido una vida larga y feliz, hasta que me tocó padecer el exilio más espantoso. Mi mujer y todos mis amigos están muertos, no tuve hijos. Dejadme partir con los dioses —dijo el hombre con un mínimo hilo de voz.

—Tranquilo. Seguro que la fiebre remitirá —le contesté.

—No, este es mi último viaje. Al menos no moriré solo como un perro en una celda oscura —dijo el anciano.

—¿Por qué lo tenían encerrado? —preguntó Nereida.

—Es una historia muy larga, no sé si tendré fuerzas para contarla entera —dijo el anciano después de lanzar un quejido.

—Será mejor que no lo cansemos —les comenté a mis amigas.

El hombre se giró lentamente y nos miró con sus pequeños ojos azules hundidos. Su cara expresaba una paz que enseguida nos contagió a todas.

—Ya les dije mi nombre, Laoconte. Fui uno de los principales miembros del Consejo de Ancianos de Esparta. Logré firmar la paz con los atenienses y proclamar los primeros Juegos de la Guerra. Nuestro sueño era terminar con las matanzas, vivir en paz con nuestros vecinos y que los jóvenes midieran sus fuerzas sin

derramamiento de sangre. Quien ganara los juegos podría imponer algunas de sus costumbres a los ciudadanos del bando contrario, para así demostrar, de forma pacífica, qué organización política era más adecuada y eficiente. Digamos que perder sería como haber sido conquistado, pero evitando los muertos, los prisioneros, las viudas y los huérfanos. Los atenienses aceptaron nuestras condiciones, pero cuando regresé a Esparta, el jefe del Consejo, Tarasius, estaba empeñado en desvirtuar el espíritu de los juegos. Según él, tenían que ser sangrientos. El pueblo disfrutaba con la violencia y quería ver a otros morir para divertirse. Además pensaba que a los ciudadanos se les gobierna mejor gracias al terror que a la razón —dijo el anciano. Después hizo un gesto de dolor y se encogió en la cama.

Intentamos tranquilizarlo y Damara le dio a beber un poco de hidromiel.

—Déjenme que termine. Tarasius se convirtió desde aquel día en mi mayor enemigo. Intentaba desprestigiarme ante el Consejo y encontrarme en alguna falta para enviarme al destierro. Al final, como veis, consiguió eliminarme.

»Una mañana lo vi salir de una de las tabernas en las que se alojan y beben los forasteros. Me extrañó que alguien como Tarasius fuera a un antro de mala muerte como aquel. Al día siguiente lo seguí desde su casa: se dirigió al mismo lugar. Entré tras él, me puse la capucha y me senté en un lugar próximo para intentar escuchar la conversación. Cuál fue mi sorpresa al descubrir que su compañero de mesa era uno de los principales miembros del Consejo de Atenas en ese momento. Los dos hombres hablaron sobre la necesidad de someter a los jóvenes a la más dura disciplina, pensaban que sin la severidad del régimen espartano, los adolescentes terminarían convirtiéndose en unos degenerados que destruirían ambas ciudades. Ellos se consideraban virtuosos, pero eran dos hipócritas. Los dos tenían amantes, defraudaban a la hacienda de la ciudad y robaban al pueblo por medio de corruptelas y favores políticos —dijo el anciano.

—¿Por eso lo mandaron a Punta del Este? —le pregunté.

—Sí, yo conocía sus maniobras y representaba un obstáculo para sus fines. El día que tenía previsto comparecer en el Consejo de Ancianos, dos soldados me acusaron de espionaje a favor de Atenas. Falsos testigos me delataron y me mandaron al peor de los exilios, ya que según la ley tenía que vivir en libertad, pero fuera de Esparta. No fui capaz de alejarme de mi querida ciudad, así que me escondí en casa de mis padres. Cuando ellos fallecieron, años después, su criada ya no tuvo escrúpulos en delatarme, y fui a dar con mis viejos huesos en la cárcel. Desde hace diez años he vivido en la celda de la que me rescatasteis. El único que me visitó en esos años de encierro forzado en Esparta fue Homero, junto a su esposa Castalia —dijo el anciano.

Me sorprendió descubrir que aquellas leyes que nos obligaban a vivir el más cruel de los castigos y ser tratados como esclavos no provenían de nuestros antepasados, ni siquiera del gran legislador, sino de dos políticos corruptos.

El anciano nos miró con angustia, notaba que la vida se le escapaba por momentos.

Compartimos con él sus últimos minutos de vida. Comenzó a palidecer y cerró los ojos. Después soltó mi mano y, cuando lo toqué, parecía frío como el mármol.

35: Río abajo, 8 de hecatombeón de 2200

Alcanzamos al otro barco antes de llegar a Sotavento, a menos de un día de Esparta. Fue entonces cuando la caja de hierro se paró y el barco perdió velocidad. Aquello terminaba con nuestras esperanzas de rescatar a mi padre antes de los Juegos de la Guerra.

La única vela que estaba intacta apenas era suficiente para que el barco se moviera y decidimos pasar la noche a bordo para continuar al día siguiente a pie. Quedaban dos días para que comenzaran los juegos, y nuestra moral se encontraba por los suelos.

No podíamos demostrar que el padre de Dracón tenía secuestrado al mío, tampoco confirmar nuestra sospecha de que alguien estaba manipulando los Juegos de la Guerra. Nuestras opciones se terminaban y no sabíamos qué hacer.

Aquella noche celebramos las honras fúnebres del anciano. Los últimos diez años había vivido en el exilio y ni siquiera su cuerpo llegaría a ver su amada Esparta. Dracón rezó una breve oración y la tristeza nos invadió lentamente, como el cansancio al anochecer.

Después de una cena ligera, nos sentamos para intentar encontrar una solución. Todos nuestros planes habían terminado por frustrarse, pero al menos estábamos vivos.

—Sin saber lo que ha podido descubrir Diácono, nadie nos creerá —dijo Pericles.

—Puede que tengas razón, pero el hecho de que los atenienses llevemos diez años seguidos sin ganar siempre me ha parecido muy sospechoso, y más tras escuchar cómo se las gastaba Tarasius en lo tocante a la moralidad y la legalidad —comentó Pericles.

Dracón frunció el ceño y, mirando a mi amigo, le dijo:

—¿Estás insinuando que los Juegos de la Guerra están amañados?

—Con toda probabilidad. Es imposible que durante diez años, todos los jóvenes

atenienses hayan fracasado —afirmó Pericles.

Los dos se enzarzaron en una discusión, hasta que Leónidas intentó calmarlos:

—No podemos pelearnos ahora. Si es cierto que los juegos pueden estar amañados no es únicamente un problema para Atenas, también es una deshonra para Esparta.

Las palabras de Leónidas relajaron el ambiente, aunque seguíamos teniendo el mismo problema.

—Yo voto por que intentemos ver al oráculo antes de los juegos. Seguro que él nos da un sabio consejo —les comenté.

Todos se quedaron en silencio. El oráculo nos había asegurado que terminaríamos con éxito nuestra empresa, aunque desde el principio todo había salido mal.

—No confío en ese hombre —comentó Nereida.

—Él nos abrió los ojos y nos ayudó. No creo que nos perjudique que nos dé su opinión. Hemos ganado un día, todavía podemos llegar a tiempo a los Juegos de la Guerra e intentar frenar los planes de los traidores —les comenté, mientras tocaba mi collar.

—Hagamos caso a Helena, el oráculo dijo que era la elegida —dijo Dracón.

—Creo que en los últimos días has cambiado mucho, Dracón. ¿Cómo va a ser una mujer la elegida? —preguntó Alexandre.

Su comentario me ofendió. Se me había olvidado por completo que los hombres difícilmente cambian sus ideas, aunque les demuestres mil veces que vales tanto como ellos.

—Visitaremos al oráculo y nos encomendaremos a los dioses, que sean ellos los que decidan nuestro destino —sentenció Pericles. Todos afirmamos con la cabeza.

Cuando uno se encuentra perdido, la única esperanza de hallar de nuevo el camino es dejarse orientar por el que tiene clarividencia.

36: Ciudad de Brillantes, 9 de hecatombeón de 2200

El camino siempre se hace más corto cuando sabes adónde te llevan tus pasos. La Ciudad de Brillantes ya forma parte de los lugares en los que habíamos vivido algunas aventuras. No sabíamos si los soldados de Atenas vigilaban todavía esa zona. La proximidad de los Juegos de la Guerra seguramente los mantenía ocupados en otros quehaceres, pero era mejor no arriesgarse.

Salimos de madrugada, cuando aún reinaba la noche. Esperábamos que la escasa luz de aquel amanecer no nos delatara. El cielo se había vuelto a llenar de nubes y caían unas gotas frías que hicieron que recordáramos los últimos días en Esparta.

Atravesamos el bosque en poco más de una hora y llegamos a la gran plaza redonda de las estatuas doradas. Todo parecía seguir igual que una semana antes. El edificio de cristal en el que habíamos conocido al oráculo se mantenía intacto. Cruzamos la plaza con cautela, no era muy seguro ponernos al descubierto, pero no había más remedio. Entramos en el edificio y subimos por las escaleras.

Nos sorprendió encontrarlo todo desordenado, como si alguien hubiera revuelto toda la sala. Muchos de los misteriosos artilugios del oráculo estaban rotos. No vimos a nadie en el gran salón devastado y entramos en una de las habitaciones.

El cuarto estaba tan revuelto como el salón y, sobre una inmensa cama cubierta con gruesas mantas, estaba el cuerpo del oráculo.

—¿Está muerto? —preguntó nerviosa Damara.

Nereida examinó el cuerpo, yo le tomé la mano y sentí la frialdad de la muerte a través de su piel blanca.

—Ha fallecido —dijo Nereida.

Nos entristecimos de repente, como si conociéramos al oráculo de toda la vida. De alguna manera, aquel hombre transmitía la sensación de ser inmortal, pero todos

hemos de morir tarde o temprano.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó mi hermano, que era el único que no conocía al anciano.

¿Qué podíamos responder? Lo cierto es que poco a poco todas nuestras esperanzas estaban desapareciendo.

Miré a una de las mesitas y vi el misterioso espejo del que salía música el día en el que conocimos al oráculo. Me acerqué hasta él y lo tomé con la mano. El espejo se encendió y vimos un destello de luz. Estuve a punto de arrojarlo al suelo, asustada, pero al final lo aferré con las dos manos y comencé a tocarlo. Una flecha se movía en la parte de abajo. La rocé; el espejo se iluminó y vi un montón de dibujos. Toqué uno y se movieron unos muñecos. Poco a poco seguí tocando botones hasta que, de repente, la imagen del oráculo apareció en el espejo y comenzó a hablar.

Todos me miraron asustados. La voz del oráculo comenzó a expandirse por la sala, mientras mirábamos sorprendidos el espejo mágico.

37: Ciudad de Brillantes, 9 de hecatombeón de 2200

«Estimados jóvenes. Imagino que si estáis viendo esta grabación es porque yo he muerto. Los soldados llevan días merodeando por los alrededores y es cuestión de tiempo que encuentren este lugar. Ya soy viejo para huir, y además sé que nuestras vidas están en manos de la Providencia.

No sé si habéis conseguido lo que esperabais; a veces creemos saber lo que necesitamos nosotros o el mundo que nos rodea, pero como no nos conocemos bien a nosotros mismos, y mucho menos al mundo, la mayoría de la veces nos equivocamos.

La vida y la muerte, como el fracaso o la victoria, dejan de tener sentido cuando las ves con la perspectiva de toda una existencia, pero eso no interesa a los jóvenes, al igual que las verdades o mentiras que el tiempo nos muestre.

El mundo en el que vivís es falso, no sé si ya os habéis dado cuenta, pero si no es así, lamento ser yo el que os lo tenga que contar. Esparta y Atenas son dos caras de la misma moneda.

Atenas se fundó antes, a los cuarenta años del gran desastre que destruyó el mundo antiguo. Un hombre llamado Jack Schätzing, profesor de griego en la Universidad de Stanford, fue el fundador de la ciudad. Schätzing era un tipo práctico, pero demasiado enamorado de la cultura griega como para no caer en la tentación de convertir el sudoeste de Manhattan, devastado tras el gran desastre, en una nueva Atenas. Él pensaba que como Atenas había sido la capital del mundo clásico y la cuna de la civilización occidental desaparecida, esta nueva ciudad sería una luz en la salvaje oscuridad que reinaba por todas partes.

Ya descubriréis lo que le sucedió al mundo antes de vuestra existencia, pero no hubo ningún Zeno. El profesor Schätzing copió las leyes de Solón y algunas de Pericles para dar un gobierno a Atenas.

Naturalmente Schätzing no fue el único que intentó reconstruir la sociedad antigua. Un poco más al norte de la ciudad de Nueva York, en la que residís sin saberlo, estaba la academia militar de West Point. Un general llamado Frank Marshall mantuvo la disciplina en aquella zona y logró que una pequeña comunidad creciera y prosperara, pero su lejanía del mar impedía que se desarrollara más. El general Marshall, buscando una salida al mar, se instaló con su colonia justo enfrente de la ciudad de Atenas.

Al principio las dos ciudades convivieron en paz, Marshall copió las bases de la organización de la ciudad-estado de Atenas, pero adaptadas a las formas de Esparta, la gran ciudad militar del mundo clásico. Era cuestión de tiempo que las dos urbes se enfrentaran. Esparta se hizo fuerte y poderosa, Atenas crecía y aprendía a recuperar antiguos conocimientos. El general Marshall temía que esos conocimientos antiguos llevaran al mundo a un nuevo periodo de decadencia y destrucción, y por eso le declaró la guerra a Atenas, que resistió durante más de un siglo, pero al final los espartanos vencieron.

El inteligente heredero del general Marshall, Tarasius, supo cómo convertir a Atenas en un vasallo fiel, sin un ejército permanente. Por eso ideó...».

La conexión del aparato parpadeó y lo último que vimos fue la cara de terror del oráculo.

Nos quedamos en silencio junto a la cama. El oráculo nos había revelado verdades que ponían en cuestión todo lo que creíamos hasta ese momento. No éramos una civilización próspera, sino los restos del naufragio de otra mayor. Aquella Ciudad de Brillantes había sido muy importante en otra época, pero de alguna forma se había autodestruido y los padres fundadores de nuestras ciudades quisieron protegernos del pasado.

—El mundo es muy complejo —comentó Pericles.

—De lo que no estoy seguro es de si sería mejor mantener el misterio o desvelar toda la verdad a los ciudadanos —dijo Dracón.

—Sobre todo si eso no favorece a Esparta —contestó Leónidas.

—Os hemos ayudado, sin nosotros os habrían matado mil veces —protestó Dracón, ofendido.

—¿Por qué vinisteis? ¡Lo único que habéis conseguido es que fracasáramos, seguramente porque ese era vuestro propósito desde el principio! —dijo Pericles.

—¡Valiente majadería! —le respondió el espartano.

—Calmaos. Lo que nos ha mostrado el oráculo nos supera a todos. El mundo no es un pequeño refugio feliz y, de alguna manera, los miembros del Consejo de Ancianos de Esparta piensan que los jóvenes podemos ser un problema para el Estado. Lo que no entiendo es que, si conquistaron Atenas, ¿por qué simplemente no se limitaron a dominarnos? —les pregunté.

—Hemos tenido un falso gobierno, está claro. La maniobra de los espartanos ha sido muy inteligente: en vez de someternos por la fuerza, lo que provocaría nuestra

rebelión, nos van transformando poco a poco en espartanos, hasta que se pierda por completo lo que fuimos alguna vez. Someter a los jóvenes forma parte de su plan, pero tal vez tengamos una oportunidad para cambiar las cosas —dijo Pericles.

—¿Una oportunidad? —preguntó Dracón intrigado.

—Sí, será mejor que nos preparemos para participar en los Juegos de la Guerra.

38: Atenas, 9 de hecatombeón de 2200

Cuando llegamos a nuestra amada ciudad, sentí que el corazón se me encogía. A pesar de sus numerosos defectos, Atenas era el lugar en el que había nacido y vivido. Los ciudadanos nos sentíamos orgullosos de nuestros derechos, muy pocos lograban llegar a gozar de ese estatus, aunque eran muchos los pueblos y las personas que nos pedían ingresar como ciudadanos de Atenas.

Todos los nacidos en la ciudad pasábamos por un rito de purificación al nacer, y al décimo día nos ponían un nombre, y se celebraba un gran banquete en el que se invitaba a los amigos y los parientes. Ahora todo eso carecía de sentido. No éramos verdaderos atenienses, sino la invención de un profesor de griego. Tampoco éramos una ciudad libre, sino simplemente una colonia que los espartanos ya no tardarían mucho en asimilar.

Ahora entendía por qué no nos dejaban ir a la frontera, por qué nos prohibían estudiar todo lo que no tuviera que ver con la tradición y las leyes cívicas. No querían que volviéramos a prosperar y a recrear el mundo que nuestros antepasados habían destruido.

En cuanto traspasamos las puertas de Atenas fuimos detenidos. Nos llevaron a la cárcel de la ciudad y esperamos allí la celebración de una audiencia con el Consejo de Ancianos.

Al no tener la mayoría de edad, no éramos ciudadanos de pleno derecho, pero como hijos de ciudadanos podíamos pedir ciertas condiciones. La que más nos importaba era que el juicio fuera público.

Aquella misma noche nos sacaron de la cárcel y nos llevaron al edificio en el que se reunía el Consejo de Ancianos.

La sala era semicircular; en la parte central, sobre una plataforma, había una mesa larga y las siete sillas de los miembros del Consejo de Ancianos. Enfrente se ponían los acusados o las personas convocadas por el Consejo para dar alguna información.

En los graderíos, cuando el pleno era abierto, podían sentarse a escuchar los ciudadanos. Muy pocas cosas se votaban en la actualidad, la mayoría de las decisiones las tomaba el Consejo, pero al menos los consejeros eran votados y elegidos por mayoría.

Nos llevaron encadenados hasta la sala y nos sentaron enfrente de los miembros del Consejo. Varios atenienses nos abuchearon y alguno nos arrojó verdura podrida. Era normal que los consejeros llevaran a sus acólitos para manipular a los ciudadanos, por eso no nos extrañó el recibimiento.

Miré a un lado y vi a Damara; tenía la cara muy seria y parecía algo asustada. Al otro lado estaba Leónidas, que miraba al suelo. Él único que parecía más entero era Pericles. A pesar de su juventud, era un gran orador y siempre parecía muy seguro de sí mismo. Mi hermano no estaba en la sala, por su edad estaba eximido del juicio y, tras un castigo, sería de nuevo integrado en su grupo.

Nuestro acusador se llamaba Tirteo y representaba a la ciudad de Atenas, por defensor nos habían asignado a un rechoncho y tartamudo ciudadano llamado Alcmán. Cuando pasó delante de nosotros, vimos que temblaba como una hoja. Ni siquiera se había pasado por la cárcel a vernos.

—Ciudadanos de Atenas, nos trae a este Consejo urgente un asunto preocupante y complejo —dijo Cosme, el jefe del Consejo de Ancianos—. Siempre es triste ver a cualquier ciudadano traicionando a su ciudad, pero cuando son jóvenes, nuestra tristeza no tiene límites. Nos esmeramos por educarlos, ponemos a todo el Estado a su servicio y ellos nos lo pagan con traición y engaño. Hoy no juzgamos a cuatro jóvenes, en cierto sentido, juzgamos a todos los jóvenes de Atenas que se niegan a cumplir las normas que nos mandaron seguir nuestros antepasados. Hoy es un día de luto, sobre todo cuando se aproximan los Juegos de la Guerra, en los que nos enfrentamos a nuestros peores enemigos. Estos eran algunos de nuestros mejores guerreros, ¿qué será de nuestra ciudad ahora? Estamos en manos de nuestro padre Zeus y toda la pléyade de dioses que nos protegen, en especial de nuestra amada diosa Atenea.

El jefe de los consejeros terminó su discurso y dejó paso a Tirteo. El enjuto y larguirucho acusador dejó su asiento en la primera fila del graderío y, dirigiéndose a los ciudadanos, dijo:

—Como dijo el famoso filósofo Aristóteles: «Así como los ojos de los murciélagos se ofuscan a la luz del día, de la misma manera a la inteligencia de nuestra alma la ofuscan las cosas evidentes» —citó el abogado mientras que, con las manos, se agarraba la toga—. Es tan evidente que los acusados han traicionado a Atenas y son culpables de traición que, con la simple descripción de los hechos, ellos mismos se condenarán.

El acusador hizo una pausa, tomó un pergamino de su asiento y comenzó a leer:

—Los acusados incumplieron las leyes al atravesar la frontera, sabiendo que está prohibido para todo ciudadano estar en esa zona de nuestra isla, pero este fue el

menor de sus delitos. Estos conspiradores se unieron a un grupo de espartanos, nuestros enemigos, para realizar sus fechorías. Robaron un barco del puerto, secuestraron a un menor, mataron a varios soldados atenienses, desaparecieron sin dejar rastro durante días y ahora se han presentado como si nada en nuestra bella ciudad. Tal vez piensen que el ser hijos de algunas de las familias más ilustres de la ciudad los salvará, pero citando de nuevo al gran Aristóteles: «El único Estado estable es aquel en que todos los ciudadanos son iguales ante la ley». Estos jóvenes —dijo señalándonos con el dedo—, merecen el castigo máximo. La muerte.

Después de su teatral final se dirigió a su sitio. Damara, presa de los nervios, comenzó a llorar. Entonces nuestro defensor se puso en pie, era torpe al andar y, en cuanto abrió la boca, muchos de los ciudadanos se echaron a reír.

—Juventud no es sinónimo de inmadurez —dijo mascullando las palabras—. Estos jóvenes fueron inmaduros más que jóvenes, y eso es lo que tenemos que condenar. La muerte es un castigo severo pero rápido, es más adecuado que se les condene a una pena que implique sufrimiento.

Las palabras de mi abogado me erizaron los pelos de la nuca. Lo miré sorprendida. Entonces vi a mi madre entre el público y eso acabó de destrozarme. Le había fallado. Pero, inesperadamente, me sonrió, me guiñó un ojo y con las manos me indicó que estuviera tranquila. ¿Acaso sabía algo que yo desconocía?

—Propongo que el castigo —dijo leyendo el pergamino— sirva de escarmiento. ¿Cuál será esta pena tan terrible? ¿La ausencia de pan? ¿El apedreamiento? ¿La crucifixión? No, ciudadanos, que luchen y mueran por Atenas, tal vez de esa manera recuperen una brizna del honor perdido. Que sirvan como sacrificios a nuestros dioses y que estos decidan su destino.

Cuando la voz titubeante del abogado terminó de leer, se hizo un silencio en la sala. Los ciudadanos se miraron unos a otros, confundidos. Uno de ellos se puso en pie y comenzó a aplaudir mientras gritaba:

—¡Que luchen en la arena!

A su voz se unieron las de decenas de ciudadanos que gritaban lo mismo. El Consejo de Ancianos parecía alarmado, aquel no era su plan. El pueblo, sabían los consejeros, olvida fácilmente y, en el caso de ganar en la arena, nos perdonarían la vida y nos tratarían como a héroes.

—¡Orden! —gritó Cosme, fuera de sí—. El Consejo de Ancianos va a pronunciar su veredicto.

Un gran estruendo llenó la sala. La gente pateaba y lanzaba los cojines al estrado en señal de protesta.

—¡Nosotros tenemos la última palabra! —gritó el jefe del Consejo.

Pericles se puso en pie y, poco a poco, el público comenzó a callarse.

—Como acusado tengo derecho a declarar —dijo mi amigo.

El jefe del Consejo le ordenó que se sentase, pero Pericles se mantuvo firme.

—Apelo a mi derecho a hablar...

Cosme golpeó la mesa con la mano y le gritó de nuevo. Al ver que no obedecía, mandó a dos guardias para que lo sentaran. Entonces la gente empezó a gritar que le dejaran hacer uso de su derecho a la palabra.

—Está bien, pero sea breve —cedió al final el anciano.

—Ya que se ha citado en este sagrado lugar a Aristóteles, sabio entre los sabios, no olvidemos lo que el filósofo decía sobre la democracia: «La democracia ha surgido de la idea de que si los hombres son iguales en cualquier respecto, lo son en todos» —dijo Pericles. Después, con manos y pies encadenados, se puso en pie y se dirigió a la multitud—: Podría defenderme de las acusaciones, apelar a mi inocencia y pedir misericordia, pero no haré ninguna de esas cosas. Soy un hombre orgulloso, llevo sangre ateniense. Me someto a los ciudadanos, porque soy uno de ellos. Este cuerpo político es el que me juzga, pues si a alguien he traicionado, ha sido a ellos. Mi vida está en sus manos.

Cuando Pericles se sentó, los ciudadanos saltaron de las gradas y comenzaron a gritar: «¡A los Juegos de la Guerra!». El Consejo de Ancianos, temeroso de que se produjera un tumulto, accedió a regañadientes. Habíamos conseguido nuestro propósito, pero la parte más difícil de nuestro plan estaba aún por cumplirse.

39: Atenas, 9 de hecatombeón de 2200

Aquella noche estaba doblemente nerviosa. Era la primera vez que me presentaba a unos Juegos de la Guerra, lo cual representaba un gran honor, pero entrañaba peligro. Muchas veces había pensado en la muerte. Parece que cuando somos jóvenes creemos que la muerte nunca nos alcanzará, tal vez por eso hacemos cosas tan arriesgadas, pero al mismo tiempo la vemos como una salida rápida, casi lógica, para escapar de los problemas. Lo cierto es que cuando le quitamos el halo romántico, la muerte es la peor de nuestras pesadillas. Los jóvenes estábamos muy limitados en Atenas, pero el simple contacto de mis pies con la hierba fresca, la caricia del viento, el canto de un pájaro o un espectacular amanecer era mucho mejor que la tumba. Y yo no temía a la muerte por sí misma, temía morir sin ver por última vez a mis seres queridos. No quería despedirme de ellos, pero al mismo tiempo sentía que debía hacerlo, ya que probablemente no volvería a verlos jamás.

Antes de medianoche, una de mis mayores preocupaciones desapareció. Escuché unos pasos al fondo del pasillo y, cuando me asomé por las rejas, vi a mi madre y a mi hermano acercándose.

—¡Hija! —dijo ella aferrándose a mis manos y pegando su frente a la mía. Era increíble lo fuertes que eran los lazos que nos unían a pesar de haber vivido casi siempre separadas.

Nos quedamos un rato en silencio, los tres abrazados, como si la piel fuera mucho más elocuente que las frases hechas y las palabras manidas. Después nos miramos, y no vi únicamente las pupilas de dos de las personas a las que más quería en este mundo, contemplé sus almas asomadas al balcón sincero de las lágrimas.

—Madre, tú sabías que nuestro defensor iba a tratar de que compitiésemos en los Juegos de la Guerra, ¿verdad?

—Sí, Helena, lo planeamos entre el abogado y yo. Necesitábamos daros una opción de sobrevivir, y esta parecía la única forma de conseguirlo. Tu amigo Pericles

es muy listo. Supo saltar sobre la oportunidad.

—Ahora tendré que ganarme mi derecho a vivir en la arena... —añadí, apesadumbrada.

—No tengas miedo —dijo mi madre.

—Tengo miedo, pero no tanto a la muerte o al dolor como a no volver a veros nunca más —le contesté.

—Las almas nobles se vuelven a reencontrar en el más allá. Has sido fiel a tu familia, a tu clan y a tu ciudad. Lucha, y no por el Consejo o por divertir al público, lucha por los que no tienen voz, los pobres de este mundo, los que creen que no tienen nada especial, sin darse cuenta de que ellos mismo lo son —dijo mi madre.

La belleza de sus palabras me destrozó el alma, porque ante la verdad solo podemos responder de dos maneras: sufriendo, al sentir que el mundo es una burda copia de lo que debería ser realmente, o cayendo ante sus pies. El mal siempre es grotesco y deforme, feo y estrambótico, porque le falta generosidad.

—Cuida de nuestra madre —le pedí a mi hermano con lágrimas en los ojos.

—Lo haré —contestó—, y tú me ayudarás.

Volvimos a abrazarnos hasta que los guardias nos separaron por la fuerza. Nuestros brazos se desanudaron y nuestros cuerpos tuvieron que decirse adiós, pero ni por un instante los sentí lejos. Estaban tan apegados a mi alma que lo físico era un obstáculo más que una necesidad.

40: Atenas, 10 de hecatombeón de 2200

A la mañana siguiente nos llevaron a entrenar al estadio. Los juegos se inauguraban oficialmente al mediodía. Los espartanos comenzaron a rodear el gran edificio, acompañando a sus luchadores. Teníamos la inquietud de saber qué había sucedido con nuestros amigos. Su plan era el mismo que el nuestro, pero desconocíamos si sus leyes eran tan laxas como las nuestras.

Éramos diez atenienses, los diez elegidos entre lo más granado de la nobleza para participar en los juegos de ese año, diez jóvenes nerviosos sobre la arena vacía y las gradas solitarias. Además de nosotros cuatro, había dos chicas y otros cuatro chicos. Nos conocíamos todos, aunque no perteneciéramos a los mismos barracones. Teníamos tres arqueros, contando a Damara; dos hachas, con la de Pericles; cuatro espadas, entre las que me incluía yo, y una maza que manejaba Leónidas.

Los Juegos de la Guerra no consistían únicamente en el enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Los juegos buscaban medir todas las habilidades del contrincante. Por eso, y tras un primer día de desfiles y celebraciones, el segundo día por la mañana se centraba en las carreras de velocidad, obstáculos y relevos. Por la tarde, teníamos el lanzamiento de jabalina y la prueba de tiro con arco. El tercer día se competía por equipos: los dos bandos luchaban hasta que quedaran como máximo cinco miembros vivos de cada ciudad. Esa prueba propiciaba las luchas individuales, y en el cara a cara sí era obligatorio rematar al contrincante. Era la denominada «prueba de supervivencia»; no se nos proporcionaban más recursos que los que pudiéramos encontrar a lo largo del recorrido, y la finalidad era llegar de una pieza a la arena para matar a los contrarios, si es que llegaban más de cinco, delante de un público deseoso de sangre y vísceras. Después, un tribunal decidiría qué equipo había realizado una mejor actuación a lo largo de los juegos, y más tarde se repartirían las coronas de laurel.

El entrenamiento fue muy duro, el calor era insoportable y las armaduras nos

hacían sudar mucho. En algunas ocasiones nos hacíamos cortes o chichones sin querer. Teníamos aguadores que nos refrescaban, comida en abundancia, médicos, y descansábamos en la residencia del estadio. Durante los tres días que durara la competición, nadie podía visitarnos, únicamente el entrenador.

Aquel año era Platón quien ostentaba el cargo. Le había tocado en suerte, ya que cada año variaba. Era uno de los mejores, pero no tenía piedad con sus alumnos y no le importaba nada lo que nos sucediera si no éramos lo suficientemente buenos para ganar.

Después del entrenamiento, Platón nos reunió a todos en el vestuario. Parecía muy enfadado.

—Estoy cansado de que los entrenadores no contemos para nada. Después de una semana trabajando con mis diez candidatos, debo prescindir de algunos para que me impongan a cuatro nuevos. Cuatro personas irresponsables que dejaron su puesto para vivir una aventura. Jóvenes indisciplinados e incapaces de darlo todo por su ciudad. Llevamos diez años perdiendo los Juegos de la Guerra y, por lo visto, este será el undécimo año —dijo el entrenador.

No comentamos nada, preferíamos aguantar su sermón y demostrar lo que valíamos en la arena.

Nos llevaron a comer a la residencia. A las afueras del estadio había una multitud que comenzaba a formar largas colas para coger los mejores sitios para la ceremonia de la tarde.

En el comedor sacaron diferentes manjares. Ni siquiera sabía cómo se llamaban algunas de las cosas que tenía delante, pero intenté comer de todo un poco. Después nos dejaron un par de horas para descansar. Aquel día era únicamente de celebraciones, pero no era fácil desfilar ante miles de personas.

Cuando nos fuimos a la habitación de las chicas, Damara se tumbó en la cama de al lado y me dijo:

—¿Crees que lo habrán conseguido?

—Espero que sí —le contesté. Tenía mucha fe en Dracón y en el resto de nuestros amigos, pero sabía que no todo dependía de ellos.

—¿Cómo lucharemos contra ellos? ¿Qué sucederá si tengo que enfrentarme a Alexandre, o si mi oponente es Nereida? —preguntó Damara, nerviosa.

—Será mejor que no anticipes los acontecimientos —le dije, después me acerqué a su cama y la abracé.

—Tengo miedo, Helena —dijo entre sollozos.

—No te preocupes, hemos sido elegidos por la Providencia, ella nos ha permitido llegar hasta aquí; seguro que saldremos victoriosos.

Intenté convencerme de mis propias palabras. A veces la vida se complica y nos deja a todos desconcertados. La vida de la hija de unos nobles debía ser tranquila, aunque dura; la mía no había sido precisamente tranquila. Mi padre continuaba en paradero desconocido y sus enemigos presidirían aquella tarde los Juegos de la

Guerra. Tendría que luchar contra mis amigos y al mismo tiempo seguir el plan que habíamos trazado sin desviarme un ápice.

Me tumbé en mi cama e intenté relajarme. No era sencillo, sentía la presión sobre mi cuerpo y mi alma. Cuando cerraba los ojos, imaginaba el estadio repleto de gente, todos ellos con los colores de una u otra ciudad, gritando y pidiendo sangre como animales salvajes.

Los Juegos de la Guerra podían llegar a ser muy crueles. No había lugar para la piedad y muy pocas veces para el honor. Lo más importante era ganar a cualquier precio. Se trataba de una guerra sin cuartel, en la que lo único realmente importante era hacerse con la victoria.

41: Atenas, 10 de hecatombeón de 2200

Cuando sonaron las trompetas salimos a la arena. Vestíamos uniformes verdes, con largas capas y escudos dorados. Delante de nosotros estaban las sacerdotisas lanzando pétalos de flores. Sobre un carro dorado tirado por bueyes, una chica virgen representaba a Artemisa, diosa de la caza y la fertilidad. La seguían cien niños vestidos con sus pequeños uniformes del mismo color que nuestras capas. Los seguíamos nosotros diez, cada uno en un carro tirado por un corcel blanco. Detrás de la comitiva caminaban cincuenta chicas vestidas como ninfas, que lanzaban a la arena trigo y otros cereales.

Los tambores golpeaban con fuerza al ritmo de nuestro paso. El público enfervorecido no dejaba de agitar guirnaldas y banderines. Cuando miré hacia la grada, me sorprendió ver el gentío. En otras ocasiones yo había estado entre el público, pero no había sido consciente del volumen de esa multitud. La perspectiva desde la arena era absolutamente abrumadora.

Cuando pasamos delante del Consejo de Ancianos, sentados en sus tronos de oro, levantamos las armas en señal de respeto. A pesar de la distancia con el graderío, no me costó percibir el odio que se desprendía de los ojos del jefe del Consejo.

El desfile continuó cuando todos nosotros paramos en el centro del estadio. Los espartanos vestían de rojo y negro. Su comitiva era aún mayor que la nuestra. La abrían un centenar de soldados espartanos con sus uniformes de gala, seguidos por los sacerdotes de Ares, el dios de la guerra. Después, los participantes, subidos en cuadrigas negras. A los primeros no los reconocí, pero enseguida vi entre los asistentes a nuestros amigos. No parecían ellos, vestidos con aquellas suntuosas corazas de bronce, pero los rostros de Dracón, Alexandre y Nereida destacaban entre los guerreros espartanos.

El director de los juegos de aquel año, un espartano muy mayor llamado Adrastos, se puso en pie para dar por inaugurados los juegos.

—Nuestras dos ciudades se enfrentan hoy por el honor y la fama de sus héroes. Estos chicos y chicas que apenas arrancan a la vida, tienen en sus manos el destino de su pueblo. Atenienses y espartanos, espartanos y atenienses, competid con valor, que vuestro clan no se sienta deshonrado por vuestros actos. Hoy inauguramos los cuadragésimos Juegos de la Guerra. Estos juegos han traído paz y prosperidad a nuestros pueblos. Que los benditos dioses de los griegos no protejan. Suerte y salud —terminó el anciano.

La multitud comenzó a gritar con todas sus fuerzas, parecían enfervorecidos, aquel era el acontecimiento más importante del año y todos lo aguardaban con impaciencia.

Tras el breve discurso, las comitivas nos pusimos a un lado y comenzaron los festejos. Primero un baile dedicado a Artemisa, en el que unas chicas vestidas de cazadoras bailaban mientras simulaban una cacería. Después un grupo de espartanos hizo malabares, saltaban, corrían y daban gigantescos saltos unos sobre otros. El tercer espectáculo fue una canción interpretada por medio centenar de voces. Por último, se produjo una representación teatral.

Durante las dos horas que duró el espectáculo, me olvidé de los últimos días, de las mil vicisitudes que habíamos tenido que superar para regresar a nuestro hogar y de la suerte de mi padre. Aquel espectáculo estaba hecho para entretener y que todos olvidáramos nuestras míseras vidas ante los destellos de grandeza de los magníficos Juegos de la Guerra.

42: Atenas, 10 de hecatombeón de 2200

Las medidas de seguridad del estadio eran muy estrictas, pero podíamos movernos libremente por el recinto. Después de la cena, que ambos grupos habíamos hecho por separado y en horarios diferentes, salimos en dirección a las habitaciones de Dracón y nuestros amigos espartanos.

La zona espartana era exactamente igual a la nuestra: un gran salón de entrenamiento, un cuarto para las chicas y otro para los chicos. El edificio tenía una sauna, un comedor y una piscina comunes.

Nos acercamos primero a la habitación de los chicos, y Pericles entró para preguntar por Dracón y Alexandre. Un par de minutos más tarde salieron con los espartanos. Después fuimos al cuarto de las chicas a por Nereida. Aprovechamos que el gran salón estaba desierto y en semipenumbra para conversar un rato.

Primero les contamos brevemente lo que nos había sucedido y cómo al final, gracias a la artimaña de nuestro defensor y al apoyo del pueblo, habíamos conseguido presentarnos a los Juegos de la Guerra.

—Espero que los miembros del Consejo de Ancianos no guarden más sorpresas para nosotros —comentó Pericles.

—Nosotros también lo tuvimos muy difícil. En cuanto llegamos, el Consejo nos pidió explicaciones. Afortunadamente mi padre intercedió por nosotros —dijo Dracón.

—¿Tu padre intercedió por vosotros? —le pregunté, extrañada.

—Sí. Expuso ante los miembros del Consejo que la mayor fidelidad que podíamos mostrar a Esparta era luchar por ella contra los enemigos atenienses —explicó Dracón.

A pesar de que las cosas estaba saliendo como las habíamos planeado, algo me decía que no sería fácil llevar a cabo nuestro plan. Si dábamos un paso en falso, tanto los espartanos como los atenienses intentarían frenarnos.

—Para disipar cualquier tipo de duda, debemos enfrentarnos mañana con todas nuestras fuerzas —dijo Pericles.

—Entonces tendremos que ganar los espartanos, para que nadie sospeche nada extraño —comentó Dracón burlonamente.

—Que gane el mejor —dijo Pericles, como si no le afectaran las palabras de su amigo.

Continuamos charlando una hora más, después cada uno volvió a sus habitaciones. Al día siguiente teníamos que levantarnos muy pronto para entrenar y era mejor que descansáramos un poco. Antes del amanecer nuestro entrenador nos llevaría a la pista para correr y practicar el lanzamiento de jabalina y el tiro con arco.

Observé el rostro de Dracón mientras nos separábamos en el pasillo principal. Sus ojos se clavaron por unos instantes en los míos y sentí un escalofrío que me recorrió toda la espalda.

Mientras me dirigía a mi habitación, venía a mi mente una y otra vez el rostro del espartano. Damara debió notar algo porque, en cuanto nos quedamos solas en nuestra habitación, me preguntó:

—Creo que te ha gustado ver de nuevo a nuestros amigos espartanos.

—Sí, estaba algo preocupada por ellos —le contesté, sin advertir su tono irónico.

—No dejas de mirar a Dracón, parece que te gusta mucho —insistió.

—Es un buen chico —le comenté.

—¿Un buen chico? Estás enamorada de él, ¿verdad? —intentó sonsacarme.

Aquellas palabras me pillaron por sorpresa. Nunca había amado a nadie antes, siempre había intentado alejarme de los chicos, no quería formar una familia y todas esas cosas que las mujeres atenienses estaban deseando hacer en cuanto cumplían mi edad.

—No sé si estoy enamorada. No te negaré que me gusta, pero tengo otras cosas más importantes en las que pensar —le contesté.

—Eso no quita que te guste. El amor es algo que nosotros no podemos controlar, yo cada vez estoy más enamorada de Alexandre —confesó Damara.

Me sorprendió su sinceridad. Ella siempre había sido más lanzada en este tipo de cosas, pero hasta hace un año, parecía que los chicos le eran totalmente indiferentes.

Cuando nos metimos en la cama, mi mente no dejaba de dar vueltas a todo ese asunto. El amor entre una ateniense y un espartano era imposible. Las leyes nos prohibían casarnos con un enemigo. En los pocos casos en los que había sucedido, los dos habían sido expulsados de sus clanes y condenados al exilio de por vida. No quería que algo así le sucediera a Dracón. Yo no me sentía muy arraigada a Atenas, pero sería injusto que en nombre del amor condenara a la persona a la que más quería al más terrible de los tormentos.

Apoyé la cabeza en la almohada y noté que me invadía un tranquilo letargo. En las últimas horas habíamos vivido situaciones muy intensas. Al día siguiente lucharíamos por la corona de laurel, pero lo que más temía era que el destino me

obligara a enfrentarme con Dracón a muerte. Recordé las palabras del oráculo. De alguna manera había sido elegida para cambiar la suerte de ambos pueblos. Lo único que debía hacer era confiar.

43: Atenas, 11 de hecatombeón de 2200

Platón nos sacó a todos de la cama y, sin desayunar, nos dirigimos a la arena del estadio. Después de las celebraciones, alguien había dibujado en el suelo las pistas de carreras y de lanzamiento de jabalina. Al otro lado del estadio se encontraban las dianas para el concurso de tiro con arco.

El primer día de los juegos siempre era más suave, nada que ver con el segundo, en el que los espectadores acudían fundamentalmente al estadio para saciar su sed de sangre.

El entrenador nos mandó que hiciéramos nuestros calentamientos y después competimos de dos en dos en las carreras de velocidad, obstáculos y relevos. Moses era uno de los mejores corredores masculinos y Damaris nuestra mejor corredora femenina.

Después de dos horas de entrenamientos, Platón formó los equipos que iban a competir.

—Damaris, Helena y Damara correrán en las carreras de relevos. Helena correrá los doscientos metros y Damara los cien; Damaris, los cuatrocientos, que es la más resistente. De los chicos, Moses y Narciso correrán obstáculos. En relevos competirán Pericles, Leónidas y Narciso; para los cien, Narciso; los doscientos los correrá Moses y los cuatrocientos, Pericles. Ya os diré cómo será la competición de la tarde. ¿Entendido? —preguntó el entrenador.

Asentimos con la cabeza, no había mucho que comentar. La decisión era suya, aunque me extrañó que a mis amigos y a mí nos diera tantas oportunidades de demostrar nuestra fuerza.

Antes del comienzo de los juegos de la mañana, nos dimos un baño tonificante y tomamos un desayuno ligero. No convenía que fuéramos con el estómago muy lleno a las carreras.

Después, vestimos nuestros trajes de atletas. Eran ajustados, con los símbolos de

nuestro clan y de la ciudad grabados en los laterales y en el pecho.

Esperamos dentro del edificio, al pie del gran túnel por el que saldríamos a la arena, hasta que se escuchó la música que anunciaba nuestro turno y desfilamos hasta el centro de la pista.

Después salieron los espartanos, que se situaron justo al lado.

Tras un breve discurso del padre de Dracón en nombre de los espartanos, nos dirigimos a una de las zonas de descanso, en la que nos tocaba esperar hasta que nos llamaran a competir.

La primera carrera era la de velocidad de cien metros. Mi amiga Damara calentó rápidamente en la zona de descanso hasta que uno de los árbitros le pidió que se acercara a la pista central.

Damara y la espartana se miraron desafiantes mientras se colocaban en posición de salida. De repente se hizo un silencio absoluto en el estadio, como si todas aquellas miles de personas estuvieran aguantando la respiración. Cuando el árbitro gritó la salida, las dos chicas derraparon un poco en la arena, pero enseguida comenzaron a tomar velocidad. Damara corría como nunca la había visto. Con todo el cuerpo en tensión, el rostro serio y sin dejar de mirar a la meta. La espartana iba a la misma altura, como si fuera imposible despegarse de ella. Damara dio una zancada un poco más grande en el último momento y logró sacar menos de un palmo de ventaja a su contrincante. Cuando traspasaron la meta, mi amiga había ganado por escasos centímetros.

El estadio estalló en júbilo. En los últimos años, los atenienses habían tenido que sufrir derrota tras derrota y esta victoria pírrica parecía emocionar a la gente. Los espartanos abuchearon a mi amiga hasta que regresó a la zona de descanso.

—¡Muy bien, Damara! —le dije mientras se sentaba. Todavía tenía la respiración agitada y la cara roja por el esfuerzo.

El entrenador me miró y, con un gesto brusco, bufó:

—¡Venga, Helena! Parece que estás dormida.

Me levanté de un salto y me apresuré hasta la marca de salida. A mi lado se encontraba una enorme espartana. Pensé que esa con cuatro o cinco zancadas recorrería los doscientos metros de la carrera, pero intenté no desanimarme. El valor está en nuestro interior y, si confiamos en nosotros mismos, podemos hacer cualquier cosa que nos propongamos.

Me situé en la salida. Miré brevemente a mi contrincante y ella me enseñó los dientes, como si de un animal rabioso se tratase. Lo cierto es que parecía más un chico que una chica, pero me había tocado correr contra ella me gustara o no.

Cuando el juez dio la salida, aproveché la ventaja que me daba mi mayor agilidad para salir antes que mi contrincante. Noté cómo los músculos de mis piernas se endurecían y mi pecho se llenaba del aire fresco de la mañana. Intenté no mirarla, sabía que si perdía tan solo un segundo en ver si estaba más atrasada o si estaba a mi lado, no tardaría en pasarme.

A pesar de la corta distancia, el recorrido se me hizo eterno. Mis piernas estaban dando el máximo y tenía la sensación de que los músculos me iban a reventar, pero al mismo tiempo notaba mi corazón acelerado y la agradable euforia que produce competir.

Observé la meta al fondo, apenas quedaban los últimos metros. Miré hacia abajo y vi el pie descalzo de mi contrincante un poco más adelantado que el mío. Intenté dar una zancada más grande, pero no igualé la de la gigantesca espartana.

¿Qué puedo hacer?, pensé en una milésima de segundo. Respiré hondo y di un salto. Noté que volaba algo más de dos metros y que mis pies caían justo en la línea de la meta. Me desplomé en el suelo y, por unos segundos, disfruté del placer de estar tumbada sobre la arena fresca.

44: Atenas, 11 de hecatombeón de 2200

Mientras me levantaba de la arena escuché las quejas del entrenador de los espartanos al árbitro. Este se dirigió hasta el jurado y les comentó la situación.

—La atleta ha saltado.

—No veo que eso importe mucho —dijo uno de los jueces de Atenas.

—Es una carrera, no una competición de salto —se quejó el entrenador.

—Su corredora es gigantesca —dijo de nuevo el juez.

—Sus piernas puede que sean más largas, pero su propio peso también le dificulta correr, sobre todo en la salida. Eso las iguala a las dos —comentó el entrenador.

Platón se dirigió hasta el jurado; *a priori* no parecía muy dispuesto a pelear por mí, pero cuando llegó a la altura de los jueces, frunció el ceño y su gran cabeza calva se arrugó de repente.

—Las reglas dicen que el primero que llegue, gana. Mi corredora dio un pequeño salto, pero fue la primera durante prácticamente toda la carrera, de hecho hubiera ganado sin dar ese salto —dijo mirándome con ojos desorbitados.

El público comenzó a bufar, gritar e insultar. Los jueces sabían que dar una segunda carrera a los atenienses podía alterar a los asistentes, por eso al final dieron por ganadora a mi contrincante. Estaba claro que los jueces se ponían del lado de los espartanos ante la mínima presión de estos.

Regresé a la zona de descanso furiosa. No podía creerme que todo ese esfuerzo hubiera sido en vano. Por desgracia, eran más importantes los intereses políticos que la justicia.

—No pasa nada —dijo Damara pasándome el brazo por la espalda.

Damaris salió para correr la carrera de cuatrocientos metros. Mis amigos la animaron, pero yo apenas levanté la cabeza hasta que comenzaron a correr.

Nuestra compañera salió como una exhalación y se mantuvo a distancia los primeros trescientos metros, después perdió algo de ventaja, pero todavía estaba a dos

cuerpos. Entonces intentó aumentar su velocidad en el último tramo, pero los pies de la ateniense chocaron con los de la espartana y perdió el equilibrio casi llegando a la meta. La espartana ganó con facilidad, mientras nuestra compañera yacía dolorida en el suelo. Los jueces no recriminaron a la espartana el haberse chocado con Damaris.

Un par de hombres salieron a atenderla. No tenía nada roto, pero sí una herida sangrante en el tobillo. La vendaron y llevaron en brazos hasta nuestra zona de descanso.

—Lo siento, Damaris —le dije a la chica mientras la sentaban en la silla. Ella me devolvió el gesto con una sonrisa forzada.

El entrenador estaba muy enfadado. Había perdido dos de las tres carreras y una de sus mejores corredoras estaba lesionada.

—Ahora les toca a los chicos, espero que para la carrera de relevos te encuentres mejor —le gruñó Platón a la chica, que afirmó con la cabeza, intentando disimular sus ojos llorosos.

Narciso salió de la zona de descanso para correr en la primera competición masculina. Era de piernas delgadas y cuerpo desgarrado. Se situó en la pista y tras la salida corrió como una verdadera liebre, quedando primero. Moses en cambio, y contra todo pronóstico, perdió la carrera de doscientos metros. Ahora le tocaba correr a Pericles.

Mi amigo caminó seguro hasta la pista. Su porte elegante encandiló enseguida a todo el público femenino. Se colocó en la posición de salida y miró a su amigo Dracón. En este caso, uno de nuestros amigos espartanos tenía que competir contra nosotros.

—Suerte —escuché que le dijo Pericles a Dracón.

—Lo mismo te deseo —contestó el espartano.

Se oyó la orden de salida y los dos jóvenes corrieron con todas sus fuerzas. Aunque Dracón era más alto y fuerte, los dos corredores se mantuvieron a la par hasta los últimos metros. Cuando atravesaron la meta, fue muy difícil asegurar quién de los dos había ganado.

Los jueces se reunieron con los árbitros y los entrenadores. Pericles miró a su amigo; en el fondo quería ganar, le conocía muy bien para imaginar otra cosa, pero tampoco le debía importar mucho que venciese Dracón.

Los jueces determinaron que el ganador era Dracón, seguramente presionados por los espartanos, que podían ser muy convincentes. Este me miró y sonrió. Yo le devolví la sonrisa antes de verle desaparecer en su zona de descanso. Ahora ya no teníamos dudas de que los jueces estaban de parte de los espartanos.

Las carreras de relevos eran las favoritas del público. Se permitía algo de contacto personal, sin llegar a agarrarse, pero lo suficiente para intentar desestabilizar al contrario.

Las chicas nos preparamos en la salida. Damaris parecía repuesta de la herida, pero sabíamos que no podría dar el cien por cien, por eso en lugar de la última, la

habíamos colocado la segunda. Damara saldría primero, después Damaris, y yo intentaría hacer un buen papel en el último tramo.

Nos colocamos en nuestros puestos. Damara hizo algunos estiramientos para preparar los músculos de las piernas y después se colocó en posición de salida. Cuando se escuchó el grito del árbitro, mi amiga corrió con todas sus fuerzas, pero sin lograr alcanzar en ningún momento a su contrincante. Cuando Damara le pasó el relevo a Damaris, las espartanas ya nos sacaban cuatro metros de distancia. Nuestra compañera, a pesar de la herida de la pierna, logró recortar algo de distancia, pero cuando me pasó el testigo, las espartanas aún nos sacaban un par de metros. Corrí con todas mis fuerzas, intenté superar el dolor, el cansancio y la sensación de asfixia al emplear el máximo de mi capacidad. Logré recortar un metro y medio la distancia. Apenas quedaban cuatro metros para la meta y nuestras piernas se pusieron a la par. Entonces noté que la chica me empujaba y mis pies perdían el equilibrio. La espartana llegó primero, mientras yo caía rodando a pocos centímetros de la meta.

El público ateniense estaba muy enfadado, sus esperanzas de ganar las pruebas de velocidad comenzaban a esfumarse. Únicamente quedaban los chicos y la carrera de obstáculos.

Se estaban preparando para los relevos. Leónidas sería el segundo en correr y Pericles el último. Frente a ellos estaban Dracón y Alexandre, junto a otro de sus compañeros.

Los primeros corredores se pusieron en la salida. En cuanto el árbitro dio la señal comenzaron a dar zancadas a toda velocidad. Tras la primera vuelta, Alexandre tomó el testigo unos segundos antes que Leónidas, pero mi amigo, que era más rápido que una centella, le sacó ventaja con facilidad. En la segunda vuelta Moses corría con algo de ventaja, pero en la entrega del testigo se produjo un error y este cayó al suelo. Pericles lo tomó con rapidez y comenzó a correr, pero Dracón ya había recuperado la desventaja y corría a un par de metros por delante. Los dos se esforzaron hasta el límite de sus fuerzas, pero en el último instante, Pericles sacó pecho y llegó primero.

Los atenienses aplaudieron eufóricos. Después de varias derrotas seguidas aquella victoria les supo a miel.

La última carrera del día era la de obstáculos, para esta corrían dos atletas por cada equipo. A causa de la lesión de Damaris, el entrenador nos escogió a otra chica y a mí.

Las vallas eran altas, sobre todo para mi estatura, pero estaba acostumbrada a saltar. En el otro bando estaba Nereida con otra espartana. Nos situamos en la salida y, cuando escuchamos el aviso, corrimos hasta el primer obstáculo. Todas lo superamos sin dificultad y sin que ninguna de nosotras destacara mucho. Poco a poco saltamos los diez obstáculos hasta llegar a la carrera final. Aceleré con todas mis fuerzas y logré sacar algo de ventaja al resto, llegando primera, seguida de Nereida, de mi compañera y por último, de la espartana.

Entre el público se escucharon los gritos de júbilo y abucheos habituales, pero el

ambiente se estaba caldeando y comenzaron los primeros enfrentamientos. Los soldados tuvieron que separar a los hinchas.

La última carrera de la mañana era la de obstáculos de los chicos. Pericles estaba muy cansado, por lo que el que salió en ese momento fue Leónidas y otro de los nuestros. Se prepararon en la línea de la salida frente a Dracón y Alexandre. Cuando el árbitro dio la señal, todos corrieron al límite de sus fuerzas. Saltaron las primeras cinco vallas muy igualados, pero en la sexta Alexandre tropezó y se cayó de bruces. Leónidas corrió y saltó a una velocidad increíble hasta que, en los últimos metros, los dos únicos con posibilidades de ganar eran Dracón y él.

El final del recorrido fue espectacular. Los dos estuvieron muy igualados, pero en el último segundo ganó Leónidas. Mi amigo se lanzó al suelo con los brazos en alto, mientras el estadio se estremecía en gritos de júbilo.

Cuando, minutos más tarde, se entregaron las primeras coronas de laurel, nos dimos cuenta de que nuestra primera actuación no había sido tan mala. Los espartanos habían conseguido más victorias, pero distaba mucho de las aplastantes palizas que nos habían dado en los Juegos de la Guerra de años anteriores. Los jueces estaban de su parte, por lo que el día siguiente serían aún más duros.

Desfilamos ante el público mientras nos dirigíamos hacia los pabellones para descansar un poco, reponer fuerzas y comer alguna de las exquisiteces que nos preparaban cada día.

Cuando entramos por el túnel vi a Dracón. Tenía el cuerpo sudoroso y sus músculos brillaban en la penumbra, iluminados por las antorchas de madera. Cruzamos una mirada, fueron unos segundos, pero pasé el resto del tiempo de descanso reproduciendo ese momento mágico en mi mente. Ya no había duda, estaba profundamente enamorada de un enemigo y eso era lo peor que podía sucederle a una ateniense.

45: Atenas, 11 de hecatombeón de 2200

El descanso pasó en un suspiro. Los masajistas intentaron ponernos a punto y después de la comida separamos algo más de media hora en nuestras camas, pero a las cuatro de la tarde estábamos de regreso en la arena. No habíamos podido ni intercambiar algunas palabras, tampoco hablar del plan del día siguiente, pero confiábamos en que todo saldría bien.

Salimos por el túnel hasta el estadio. Nos impresionó ver que a la gran multitud de la mañana se había unido otra aún más grande por la tarde. Muchos atenienses que no esperaban nada de sus candidatos no habían acudido al estadio por la mañana, pero ahora, después de algunas de nuestras victorias, de nuevo recuperaban la confianza en su equipo.

No puedo negar que yo misma me sentía muy orgullosa del resultado. Después de muchos esfuerzos y sacrificios habíamos vencido en varias carreras a los espartanos, recuperando parte de nuestra autoestima perdida.

Después del anuncio del inicio de los juegos de la tarde, sabíamos que la primera competición era la de tiro con arco. El entrenador nos reunió y, mirando a Damara, le dijo:

—Espero que no nos falles. No estamos ganando, pero al menos no sois el desastre que yo pensaba. Preparad los arcos. Tú, Leónidas, tirarás por los chicos.

Damara salió con la aljaba colgada a su espalda, llevaba toda la vida disparando flechas, pero la competición en los Juegos de la Guerra era muy estricta.

Las dos tiradoras se colocaron al lado del jurado. En el bando espartano participaba Nereida, una de las mejores arqueras que había conocido jamás. La competición estaría muy igualada, cualquiera de las dos podía ganar.

La primera en lanzar fue Damara. Tras la indicación del árbitro apuntó con el arco. Parecía tranquila, al menos desde la distancia a la que yo la veía.

La saeta silbó en mitad del silencio expectante de los graderíos y con un golpe

seco se hincó en la diana. Mi amiga había acertado prácticamente en el centro.

Nereida se colocó en la posición de disparo, el árbitro hizo la señal y la flecha acertó en el mismo centro de la diana. El público espartano la aclamó con fervor.

El segundo disparo fue igual de preciso que el primero, lo que complicaba a los jueces emitir un veredicto justo.

Damara alzó su arco por tercer vez, se tomó su tiempo en apuntar a la diana y cuando disparó, la flecha se desvió casi imperceptiblemente. Nereida aprovechó el tiro de su contrincante para ganar la partida. Su disparo fue perfecto.

Damara regresó a la zona de descanso algo apesadumbrada. Esperaba llevarse esa corona de laurel, pero lo importante era que en aquellos juegos los atenienses no estábamos haciendo el ridículo. Todavía podíamos ganar a los espartanos.

—Creo que mis flechas estaban descompensadas, para que se desviara la trayectoria —me dijo en un susurro.

—No te preocupes, ganaremos a pesar de todas las trampas —le contesté.

Leónidas sacó su arco y llegó hasta Alexandre, los dos se saludaron amistosamente y comenzaron a disparar. El primer tiro de Leónidas no fue lo suficientemente bueno, superándolo su rival, pero en los otros dos, nuestro amigo fue mucho más certero que su contrincante.

El lanzamiento de jabalina era la otra gran competición de la tarde. Platón se acercó a nosotros tras la prueba de tiro con arco y nos dijo:

—No ha salido del todo mal. No tenemos una buena lanzadora, pero tendremos que intentarlo contigo.

Me sorprendió su elección, yo sabía lanzar la jabalina, pero no era ni con mucho mi mejor arma. El chico seleccionado fue Pericles.

Me dirigí a la zona central, donde se llevaría a cabo la prueba. Las jabalinas eran muy ligeras y esperaba no hacer un mal papel, aunque mis brazos no eran muy fuertes. Competía contra mí la misma que me había tocado en la carrera de velocidad. Un verdadero gigante vestido de mujer.

La primera en lanzar fui yo. El lanzamiento no me salió muy bien y, aunque la jabalina superó la distancia mínima, era una marca fácil para la espartana.

La gigantesca competidora tomó una de las jabalinas como si fuera un mondadientes y la lanzó con todas sus fuerzas. La larga lanza llegó mucho más lejos que la mía, pero aún quedaban dos oportunidades más.

Mi segundo lanzamiento fue mucho mejor, casi alcancé la misma marca que había logrado mi contrincante. Ella tiró algo peor y yo quedé ganadora del segundo lanzamiento. El tercero era crucial para saber cuál de las dos se alzaría con la corona de laurel.

Apreté bien la jabalina. Me sudaban las manos y el corazón me latía con fuerza, después tomé impulso y solté la lanza después de impelirle toda la fuerza de la que fui capaz. La jabalina voló durante muchos metros, hasta hincarse en la posición más lejana hasta el momento.

La gigante se embadurnó las manos de serrín y después sopesó la jabalina. La tomó con firmeza y la lanzó con todas sus fuerzas. La jabalina subió muy alto y parecía que iba a superar mi lanzamiento, pero se quedó apenas a unos centímetros por detrás de la mía.

El público comenzó a aplaudir, mientras yo corría triunfante hacia nuestra zona de descanso. Todos mis compañeros me abrazaron y felicitaron.

Leónidas caminó lentamente hacia la marca. Se colocó en posición y, tras la orden del árbitro, lanzó su jabalina. Los tres lanzamientos fueron muy malos y Dracón lo superó con facilidad.

El tercer y último juego de la tarde era el lanzamiento de hachas. Pericles era el primero en tirar, y tuvo que elegir entre los cuatro modelos que tenía en la zona de descanso. Se decantó por una de doble filo. Su competidor sería el propio Dracón. Yo sabía que mi amigo era muy bueno con el hacha, pero el espartano era un guerrero tan completo que era difícil vaticinar quién de los dos ganaría.

Salieron a la zona de lanzamiento. Tenían que tirar el hacha, que esta diera en la diana y que se quedara clavada. Primero lanzó Pericles. Su tiro fue muy certero y tan fuerte que casi partió en dos la diana. Dracón lo miró sorprendido y le hizo un gesto admirativo. Después el espartano echó el hacha a su espalda y la lanzó con tal fuerza que el filo atravesó la diana. El segundo disparo fue igual de bueno por parte de los dos contrincantes; del tercero dependía el desempate.

Pericles lanzó su hacha con mucha puntería, pero con la mala suerte de que el arma no se quedó clavada y se cayó al suelo. Llegado su turno, Dracón lanzó con fuerza, consiguiendo vencer a mi amigo.

Después de la ceremonia de entrega de coronas de laurel, nos retiramos a nuestras habitaciones agotados pero contentos. Nuestro plan estaba funcionando a la perfección.

46: Atenas, 11 de hecatombeón de 2200

La victoria es embriagadora, pero cuando lo más importante no es ganar, te das cuenta de lo poco trascendental que puede llegar a ser. Tras la gran cena de gala, mis amigos y yo nos retiramos con la esperanza de ver a nuestros amigos espartanos antes del segundo día de juegos. Los pasillos estaban repletos de los miembros de ambas ciudades celebrando sus respectivas victorias, pero cuando llegamos a la zona de entrenamiento de los espartanos, el lugar estaba más despejado.

A los cinco minutos de esperar en silencio, vimos a nuestros amigos aparecer por el lado contrario. Vestían, como nosotros, la ropa de gala de las grandes ceremonias... aunque todos sabíamos que detrás de esa gran celebración únicamente había un preludio del salvaje combate a muerte que nos esperaba al día siguiente.

—Felicidades —dijo Dracón.

—Lo mismo digo —contestó, orgulloso, Pericles.

—Sois el equipo de atenienses que más coronas de laurel ha conseguido de los últimos años —dijo Dracón.

—A pesar de todo, los ganadores habéis sido vosotros —admitió Leónidas.

—¿Pensáis que sospechan algo las autoridades? —preguntó Alexandre.

—Yo creo que no —le contestó Pericles.

—Tenemos que estar prevenidos. Mañana lo desvelaremos todo cuando termine la prueba de supervivencia. Será un buen momento para hablar con el pueblo de ambas ciudades y explicarles lo que creemos que ha sucedido en los últimos años en los juegos. Hemos visto cómo los jueces estaban a favor de Esparta y creemos que nuestras flechas y lanzas han sido manipuladas —les dije, convencida.

Todos me miraron escépticos. No sería fácil persuadirlos a todos para que nos creyesen, pero no tendríamos una oportunidad mejor. La mayoría de los ciudadanos de Esparta y Atenas estarían reunidos en aquel estadio, y podríamos demostrarles que no siempre los jóvenes vivieron bajo la tiranía del Consejo de Ancianos y que nuestro

modelo de convivencia debía cambiar radicalmente.

Después de unos minutos charlando, Dracón me acompañó hasta la gran chimenea que permanecía encendida de día y de noche. A pesar de la proximidad del verano, aquel edificio era muy frío.

—Me gustó verte luchar por tu ciudad —dijo Dracón.

—Tú también lo hiciste muy bien... Sabes que te tengo en el corazón, ¿verdad? —me lancé, sin poder evitar ruborizarme.

—Yo... he estado pensando en cómo sería la vida junto a ti, pero no te he dicho nada. No quiero que sacrifiques todo lo que amas por un pobre espartano. Nuestro amor es imposible, pero eso no me impide seguir amándote —dijo Dracón, mirándome directamente a los ojos.

Nunca pensé que sería capaz de tanto, pero cuando tomó mis manos y permanecimos unos instantes notando la respiración del otro, mi vida se iluminó como una tarde lluviosa en la que de repente sale el sol. Sus grandes ojos verdes me recibieron como un valle fértil en el que dejar descansar mi desdichado corazón.

—Para el amor no hay nada imposible —le contesté. Después solté sus manos, firmes y calientes, y me reuní con mi amiga.

Mientras caminábamos juntas a nuestras habitaciones notaba que el corazón me latía desbocado. Nunca había sentido aquella euforia, en la que lo único que importa es pasar un segundo más con la persona a la que amas.

47: Atenas, 12 de hecatombeón de 2200

Cuando salimos a la arena, la multitud ya esperaba impaciente en los graderíos y en el amplio campo circundante. La prueba de supervivencia comenzaba y terminaba en el estadio, pero durante unas horas debíamos aguantar los ataques de nuestros enemigos hasta que únicamente quedaran cinco de cada equipo. La única arma que recibíamos era un cuchillo, pero en toda la zona en la que se celebraba el juego de supervivencia había provisiones y otras armas escondidas. También teníamos que enfrentarnos a cualquier bestia que hubiera en el recinto.

Aquella mañana no habíamos desayunado, tampoco comeríamos ni cenaríamos, el único alimento ingerido sería el que lográramos encontrar.

El director de los Juegos de la Guerra de aquel año, Adrastos, se puso en pie cuando los dos equipos llegamos ante él.

—Luchadores nobles de Esparta y Atenas, con esta prueba ya no demostraréis vuestra fuerza o velocidad, mostraréis vuestra resistencia ante la adversidad. La vida es un cúmulo inagotable de desdichas, por eso aprenderéis que únicamente os tenéis a vosotros mismos. Ningún concursante podrá ayudar a otro, aunque sea del propio equipo. Podréis matar a miembros de vuestro equipo para sobrevivir, aunque se os darán más puntos si son adversarios. El juego de supervivencia terminará cuando únicamente quede un máximo de diez de vosotros, cinco de cada equipo. Podéis usar todo tipo de armas a vuestro alcance, vuestra astucia e ingenio y, sobre todo, el poder de vuestros deseos de sobrevivir. Cuando termine la jornada, podréis regresar aquí; el equipo que tenga más supervivientes será el ganador.

Todos nosotros habíamos escuchado ese discurso en muchas ocasiones, pero no era lo mismo oírlo cuando el jefe de los juegos se dirigía directamente a ti.

Los concursantes realizamos el círculo ceremonial. No podíamos atacarnos unos a otros hasta salir del estadio, pero tendrían ventaja los que antes logran esconderse. El bosque estaba cerca, pero no se espesaba lo suficiente para desaparecer en él hasta

haber caminado algo más de un kilómetro. Todos nosotros sospechábamos que en este juego era donde los miembros del Consejo de Ancianos hacían las trampas. Era muy fácil eliminar a los jugadores de uno de los equipos lanzando sobre ellos todo tipo de animales salvajes o poniéndoles trampas.

Cuando el árbitro dio la salida, corrimos hacia el bosque a toda prisa, mientras que la gente gritaba desde los graderíos. Apenas pude ver qué hacía el resto de mis compañeros, el último al que logré entrever fue a Pericles, que se adentraba en uno de los lados de la arboleda. Un par de minutos más tarde, lo único que tenía ante los ojos era el follaje del bosque, y lo único que escuchaba era el ritmo acelerado de mi angustiado corazón. Le pedí a la Providencia que me guardara con vida, si esa era su voluntad, antes de acercarme al primer almacén de armas de la zona del juego.

Desde uno de los árboles observé a los lejos las armas dispuestas en una pequeña montaña. Al menos había un arco, dos hachas, dos espadas y una maza. También había escudos y una especie de zurrónes, que seguramente tenían agua y comida.

No pasaron ni unos segundos cuando uno de los chicos espartanos se acercó a toda prisa, tomó un hacha y un zurrón y empezó a correr.

De la maleza salió un segundo chico espartano que tomó una maza y comenzó a perseguir al primero. El pobre no llegó a la maleza, se enredó con su propio zurrón y cayó de bruces. El otro concursante se puso a su lado y de un golpe seco lo dejó sin vida. Los verdaderos Juegos de la Guerra acababan de comenzar y eran más terribles de lo que había imaginado.

48: Atenas, 12 de hecatombeón de 2200

Mi estrategia, como la de mis amigos, era intentar evitar la lucha, para reunirnos todos al anochecer ante el jurado y denunciar el fraude de los juegos.

Me dirigí al gran lago, necesitaba beber algo de agua. Aquel día era extremadamente caluroso y no resistiría sin al menos beber algo. Después de media hora de camino, llegué hasta el lago, que tenía una forma casi totalmente cuadrada. En uno de los lados, los árboles se adentraban hasta el agua. Pensé que ese era un buen punto para intentar beber sin que nadie me observara.

Estaba muy cerca de la orilla cuando escuché unas ramas que se partían a un lado, me lancé al lecho de hojas y esperé en silencio. Quería asegurarme de que nadie me había visto. Entre las raíces de un árbol vi un escorpión que pasaba frente a mi cara y se paraba unos segundos, como si observara el extraño montículo que mi cuerpo había formado bajo los arbustos. Comencé a sudar copiosamente, pero al final el escorpión siguió su camino y yo resoplé aliviada.

Miré hacia el lago y pude ver cómo una de las chicas atenienses se acercaba al agua para refrescarse. Apenas se había llevado un poco de agua a los labios cuando la inmensa espartana salió de entre los árboles y se lanzó sobre ella. Metió su cabeza bajo el agua hasta que la joven dejó de respirar.

En apenas una hora había presenciado dos muertes, una de un espartano y otra de una ateniense: como mucho quedábamos dieciocho concursantes. No sería tan fácil sobrevivir todas esas horas sin que nadie me encontrase. Decidí no beber en aquel lugar y me alejé más sigilosamente hacia el sur.

En una de las zonas más densamente pobladas vi un gigantesco árbol, pensé que sería buena idea trepar por él y esconderme entre sus hojas. Tras unos diez minutos de ascenso, me instalé en una gruesa rama bien tupida y me limité a esperar. Llevaba una hora descansando cuando, casi al pie del árbol, escuché algo. Cuando miré pude ver a un ateniense que, rodeado por dos espartanos, intentaba defenderse. Los dos

enemigos tenían espadas, pero el ateniense se defendía con su cuchillo. La lucha desigual no tardó en llegar a su esperado final. Mientras se defendía de uno de los espartanos, el otro lo atacó por el costado, atravesándolo con la espada. Después lo remataron entre los dos. Eso reducía el número de concursantes a diecisiete, que yo supiera.

En cuanto todo estuvo despejado, bajé hasta el cadáver y registré su zurrón. No tenía mucha comida, pero sí un trozo de pan que devoré en unos segundos.

Cuando me interné en la zona pantanosa, ya habían transcurrido cuatro horas desde el inicio del juego de supervivencia. Tenía que resistir otras cuatro y después intentar llegar hasta el estadio.

En la zona pantanosa era difícil avanzar sin hundirse en el fango, el secreto era pisar sobre las raíces de los árboles, aunque en un par de ocasiones estuve a punto de caer al barro.

Tras caminar durante media hora, escuché un ruido e intenté escalar un árbol próximo, pero no me dio tiempo. La gigantesca espartana se lanzó sobre mí y me hizo perder el equilibrio, me aferré a una de las ramas, pero la fuerza de la chica era increíble y mi cuerpo cedía poco a poco. Logré quitármela de encima mientras con los brazos me sujetaba a la rama, y la chica se precipitó al fango. Su cuerpo empezó a hundirse despacio, y cuanto más se movía, más rápidamente desaparecía. Por unos segundos sentí lástima por ella e incluso le arrojé una rama, pero todo fue inútil, diez minutos más tarde aquel fango marrón y verde la había absorbido por completo.

La cuenta seguía decreciendo; ya quedaban, según mis datos, dieciséis jugadores. Aún tenían que morir seis más antes de que el juego de supervivencia terminara. Me senté encima de una de las raíces y me eché a llorar. No había nada noble ni glorioso en matar a chicos de mi edad. Aquella era la peor experiencia de mi vida.

49: Atenas, 12 de hecatombeón de 2200

Cuando vi que el sol comenzaba a declinar me dirigí hasta el estadio. Era imposible que supiéramos cuántos de nosotros se mantenían con vida, aunque yo imaginaba que menos de doce o trece. Lo único que deseaba era que todos mis amigos estuvieran bien. Estaba llena de rasguños, hambrienta y absolutamente desesperada. La noche empezaba a refrescar y mi fino uniforme apenas me abrigaba.

Cuando llegué junto al lago, pude ver otros dos cadáveres más, lo que hacía ascender la cifra de muertos a al menos seis, y los supervivientes a, mínimo, catorce. Apenas había logrado alcanzar de nuevo los árboles, tras beber un poco de agua, cuando un gigantesco oso pardo se aproximó hasta mí. Cuando se puso en pie y comenzó a mover sus monstruosas garras, me quedé paralizada por el miedo, pero en ese momento escuché un silbido a mi espalda y, al volver a mirar al oso, pude contemplar dos flechas clavadas en su pecho. Permaneció en pie unos segundos, como si se resistiera a morir, pero al fin cayó desplomado.

—¿Estás bien? —dijo Damara abrazándome. Las dos estábamos magulladas y sucias, pero nunca me había alegrado tanto de ver a mi amiga.

Nos dirigimos hacia el estadio juntas, pero a cierta distancia, para que no nos pudieran acusar de ayudarnos la una a la otra. Cuando llegamos a la orilla del bosque, vimos a dos chicos luchando. Uno era Leónidas y al otro no lo conocíamos. Dudamos por unos instantes: si alguien nos veía ayudándolo, se podía volver en contra de nuestra misión. Leónidas logró esquivar a su contrincante, pero ambos rodaron por el suelo. Nuestro amigo se puso sobre el espartano, levantó su hacha y, justo en el momento en el que iba a descargarla sobre el otro jugador, otro espartano apareció de la nada y le hincó una espada entre los omóplatos. Nuestro amigo cayó muerto al instante.

Nosotras intentamos pasar entre la maleza en silencio, aunque yo no podía dejar de llorar. Llevaba toda la vida junto a Leónidas y ahora había desaparecido para

siempre.

Cuando llegamos al estadio, únicamente quedaban ocho espartanos y cinco atenienses. Entre nuestros amigos estaban Dracón, Pericles, Alexandre y Nereida. Antes de finalizar el juego de supervivencia debían morir al menos tres más. Si todos eran espartanos, el juego habría quedado en empate.

El público comenzó a gritar cuando nos vio entrar en el estadio. Muchos levantaban los banderines con los escudos de su clan o gritaban nuestros nombres. Algunos de nosotros ya nos habíamos convertido en favoritos.

Uno de los espartanos se lanzó contra Pericles, mientras dos chicas venían contra nosotras. Damara intentó abatir a su contrincante con el arco, pero no fue lo suficientemente rápida y la espartana se tiró sobre ella. Yo tuve que esquivar varios flechazos de la otra espartana, y el último me hirió en la pierna. Era un rasguño, pero lo suficientemente doloroso como para que me retorciera en el suelo. Cuando la espartana iba a disparar de nuevo una de sus flechas, me adelanté lanzándole mi cuchillo; era un riesgo, pues era la única arma que poseía. La espartana me miró con los ojos desorbitados cuando el puñal le acertó justo en el centro del pecho y cayó muerta.

Me levanté y le arrebaté su arco. A mi alrededor había varios luchadores. Me dirigí hacia mi amiga Damara. Su contrincante tenía un cuchillo rozando la garganta de mi amiga y estaba a punto de degollarla. Me acerqué por detrás para intentar separarla, pero con un golpe rápido, la espartana cortó el cuello de mi compañera, que, entre balbuceos, expiró. Aproveché mi posición de ventaja y, con lágrimas en los ojos, hincé mi cuchillo en la espalda de la espartana.

Pericles logró esquivar a su enemigo en dos ocasiones, pero la tercera vez este lo derribó y levantó el hacha contra él; estaba a punto de machacar su cabeza cuando Alexandre, sin dudarlo ni un segundo, mató al espartano...

En ese momento escuchamos trompetas y todo tipo de tambores. Creíamos que los juegos habían terminado al llegar al número máximo de jugadores supervivientes. Nos preparamos para dirigirnos al estrado y denunciar los planes del Consejo de Ancianos cuando medio centenar de soldados nos rodeó. Thanos apareció entre los soldados y nos miró con sus ojos totalmente turbados de odio. Entonces supimos que nuestro plan había fracasado.

50: Atenas, 12 de hecatombeón de 2200

Thanos gritaba encolerizado. En el estadio se hizo un silencio abrumador. Nuestros corazones se aceleraron descontrolados. Los fieros soldados espartanos nos miraron a través de sus cascos y pensé en escapar, pero no tenía adónde.

—¡Os maldigo, atenienses! Habéis corrompido estos juegos. Habíais acordado un final pactado con algunos espartanos. Esa es la más vil de las traiciones. Nuestros padres crearon estos juegos para preservar la paz, pero vosotros, los jóvenes, por vuestro egoísmo, nos precipitáis hacia la guerra.

Los soldados de Atenas se acercaron hasta nosotros. No rodearon para protegernos y el jefe de nuestro Consejo le dijo al espartano:

—No queremos la guerra, pero estáis en territorio ateniense y no podéis atacar o llevaros a ninguno de nuestros ciudadanos por la fuerza. Os pido que os marchéis con vuestro pueblo antes de que se produzca una matanza. Dentro de unos días os mandaremos la declaración de guerra. Que Zeus nos proteja y todos los dioses nos perdonen.

Los espartanos se echaron a un lado y Nereida, Alexandre y Dracón se pusieron detrás de ellos. Mientras los espartanos se retiraban, mis ojos buscaron los suyos, pero apenas logré verlos unos segundos. Nuestros pueblos volvían a estar en guerra. ¿Qué esperanza quedaba para nosotros?

EPÍLOGO

La guerra se cernía sobre nuestras dos ciudades. Los amigos se convertían para siempre en enemigos y lo único que podíamos esperar de la vida era sufrimiento y muerte.

Mi padre seguía desaparecido y ahora sería mucho más difícil lograr liberarlo. La ciudad de Atenas se preparaba para la guerra, almacenando toda la comida posible por si tenía que soportar un gran asedio, arreglando sus viejos barcos de guerra y entrenando a sus hombres.

Aquella tarde, cuando la contienda era ya inminente, me subí a la torre más alta de Atenas e intenté imaginar qué estaría haciendo Dracón en la otra ciudad. Esperaba que su padre no hubiera sido muy severo con él, aunque los espartanos eran mucho más duros con los jóvenes que los atenienses.

El verano había llegado por fin, pero en lugar de un tiempo de cosechas, fiestas y alegría, se convertiría en un terrible escenario de muerte y sufrimiento.

El oráculo me había dicho que salvaría a mi pueblo, pero lo cierto era que lo había llevado a una guerra feroz e inútil. Admiré cómo el sol desaparecía en el horizonte, mientras el cielo tomaba un hermoso tono rojizo. Intenté no imaginar que aquel cielo ensangrentado era el futuro de las dos grandes ciudades griegas. Esparta y Atenas, Atenas y Esparta, dos caras de una misma moneda.



MARIO ESCOBAR GOLDEROS (Madrid, España. 23 de junio de 1971), es un novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas. Publicó su primer libro *Historia de una Obsesión* en el año 2000.

Es director de la revista Historia para el Debate Digital, colaborando como columnista en distintas publicaciones.

Apasionado por la historia y sus enigmas ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos. Su primera obra, *Conspiración Maine* (2006), fue un éxito. Le siguieron *El mesías Ario* (2007), *El secreto de los Assassini* (2008) y *la Profecía de Aztlán* (2009). Todas ellas parte de la saga protagonizada por Hércules Guzmán Fox, George Lincoln y Alicia Mantorella. *Sol rojo sobre Hiroshima* (2009) y *El País de las lágrimas* (2010) son sus obras más intimistas.

También ha publicado ensayos como *Martín Luther King* (2006) e *Historia de la Masonería en Estados Unidos* (2009). Sus libros han sido traducidos a cuatro idiomas, en formato audiolibro y los derechos de varias de sus novelas se han vendido para una próxima adaptación al cine.

Notas

[1] Según Heráclito, el «pólemos» (la discordia, la lucha de contrarios) es la fuente de todas las cosas. <<

[2] «Adolescentes» en griego. <<